

AD A
8
CIÓN G

331



CONFERENCE CLAS

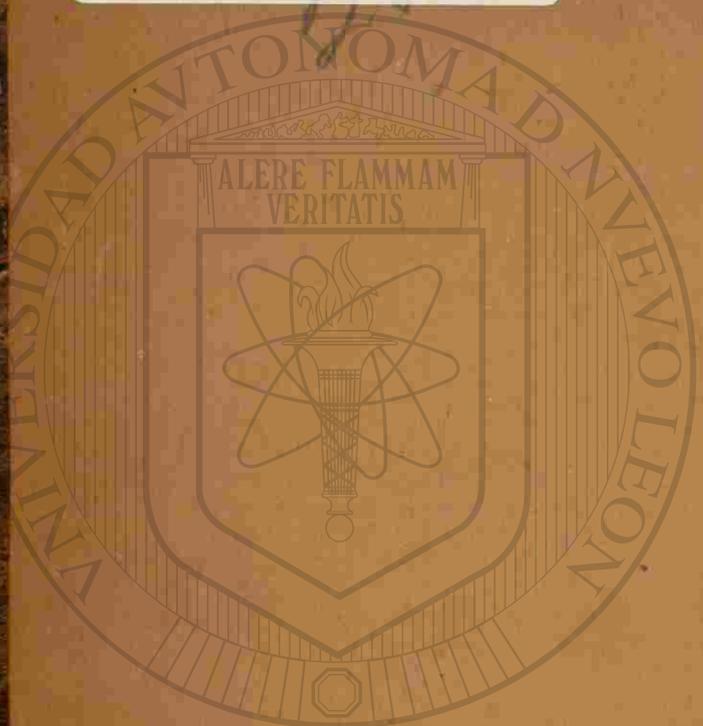


BT308

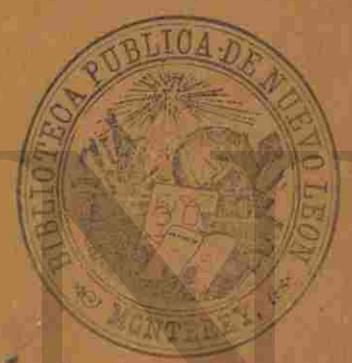
L3

C.2

331



*D. D. Benavides.
J. Angel Benavides*



Ex H to 488

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONFERENCIAS

EN

NUESTRA SEÑORA DE PARIS

SOBRE JESUCRISTO,

POR

EL R. P. HENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE

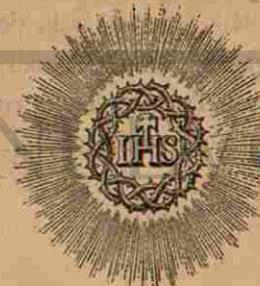
Año de 1846.

Traducidas del frances al castellano

por

M. R.

(Abogado.)



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

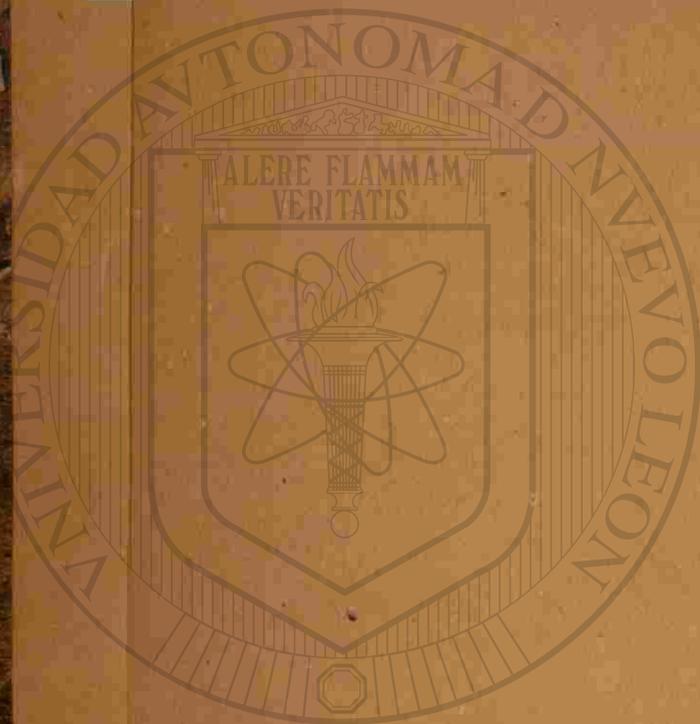
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 110525

GUADALAJARA.

Tipografía de Dionisio Rodríguez.

1850.

38138



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT 304
V M N
L 43

AL LECTOR.

EL R. P. Henrique Domingo Lacordaire es, sin duda, uno de los mas ilustres defensores del cristianismo en el presente siglo. La Providencia ha colocado á este hombre en el centro de la civilizacion europea, para que difundiendo por todas partes la luz de sus doctrinas, puedan, los que tienen la felicidad de conservar la fé católica, afirmarse mas en su creencia; y para que aquellos que la han perdido, logren volver al gremio de la Iglesia por el convencimiento de que la religion Católica, Apostólica, Romana es la única religion verdadera. El deseo, pues, de contribuir en lo posible al bien de mis conciudadanos, me hizo emprender la traduccion de las conferencias del P. Lacordaire del año de 1846, en que trata de Jesucristo. Estas conferencias pueden justamente considerarse como una obra maestra entre las de su clase y como el mas seguro antidoto contra la incredulidad.—M. R.

CENSURA.

ILLMO. SEÑOR.

He leído las conferencias del R. P. Lacordaire del año de 1846 sobre Jesucristo: nada encuentro en ellas opuesto á la doctrina católica, y entiendo que su publicacion por la imprenta en idioma castellano será utilísima, especialmente en el dia.—Guadalajara, Octubre 15 de 1850.

Pedro Espinosa.

Guadalajara, Octubre 15 de 1850.

Imprimanse: debiendo cotejarse el primer ejemplar por el Sr. aprobante, cuya censura y el presente decreto se pondrá en la primera foja, mandándose dos ejemplares á nuestra secretaria para el archivo. El Illmo. Señor Obispo de esta Diócesis así lo decretó y firmó.

El Obispo.

Dr. Francisco de P. Vereá,
Secretario.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIOGRAFIA DEL R. P. LACORDAIRE.



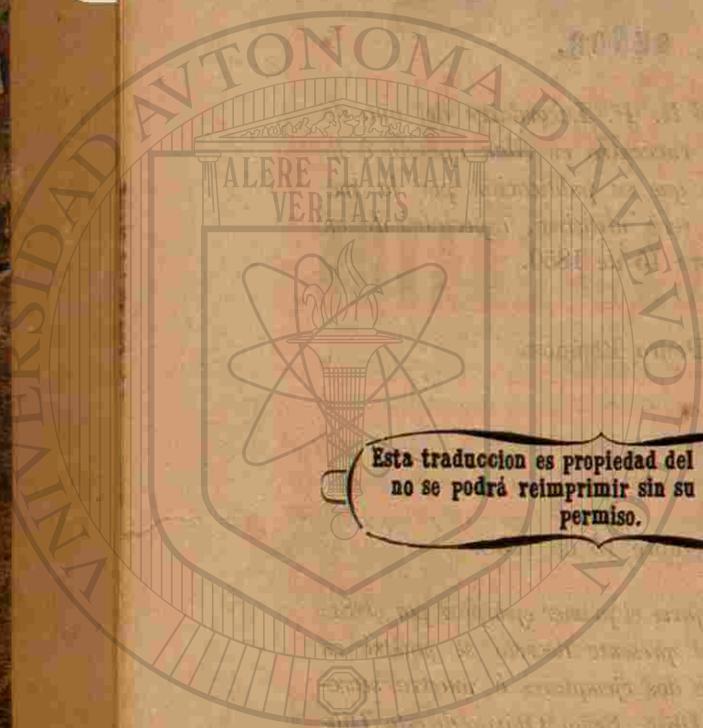
Cuando tanta celebridad adquiere en la vecina Francia el ilustre orador religioso cuyo nombre va al frente de este artículo; cuando sus sermones reúnen en torno de la cátedra cristiana las mas altas capacidades sociales, y se publican en diferentes idiomas en el mundo católico, hemos creído oportuno recoger algunos apuntes biográficos y dar á conocer á nuestros lectores la vida y vicisitudes de este hombre eminente.

Mr. Lacordaire ha cumplido ahora cuarenta y tres años (1). Nació en *Recey-sur-Orse*, pequeño pueblo del departamento de *Cote d'or*

Su infancia estuvo llena de azares, sin que dejase adivinar lo que habia de llegar á ser un dia. Nadie de cuantos lo conocian hubieran creído el gran destino que le estaba reservado. Mientras hacia sus estudios, blasonaba de incrédulo é impío, y se mofaba de sus mas religiosos compañeros. Decia con frecuencia que Dios era una mentira, y el catolicismo un embuste. Semejantes blasfemias llenaban

(1) Este artículo fué escrito el año de 1845; por consiguiente el P. Lacordaire tiene ahora cuarenta y ocho años. (RR. de la Voz de la Religion.)

Esta traducción es propiedad del traductor, y no se podrá reimprimir sin su respectivo permiso.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de aflicción á su tierna madre, que era una señora muy devota, y acarreaban también mas de un disgusto al futuro predicador.

Habiendo concluido su carrera de leyes, pasó á la corte, dejando en pos de sí lo que con mas dolor se abandona cuando es uno jóven: familia, amigos y tranquilidad.

Figurémonos un jóven de veinte años, vivo, franco, con un rostro lleno de inteligencia y animación y cierto aire de humildad y modestia en sus ademanes; unamos á estas cualidades las prendas de talento y nobleza de corazón; tal era Mr. de Lacordaire cuando se presentó en 1821 en el bufete de Mr. Guillemin, abogado distinguido de París. Llevaba una carta de recomendación de su amigo Mr. Rambourg, en la que, como nos cuenta el mismo Guillemin, después de elogiarle las brillantes cualidades de su recomendado, añadía: "Solo falta á este jóven una buena dirección."

Mr. Guillemin, á fuer de hombre piadoso y conocedor de los peligros que rodean al hombre en cierta edad, interesado además por las bellas prendas de su protegido, le propuso entrar en la *Congregación* y ponerle en relaciones con un amigo suyo; en una palabra: proporcionarle un confesor. ¡Mas cuál fué su asombro al oír contar al jóven con las mejillas encendidas de rubor, que no aceptaba su oferta, que él no creía, y por consiguiente no necesitaba confesores!

Pero aunque incrédulo, Lacordaire era la sinceridad misma, y amaba ardientemente la verdad. En medio de sus estudios, las cuestiones religiosas ocupaban vivamente su espíritu. La *fé* y la *duda* se hacían cruda guerra en el corazón de este jóven, que debía ser un día la honra del sacerdocio; y muchas veces después de acabada una discusión, se encerraba en las soledades de su alma para interrogarse á solas acerca de las materias sobre que versara la disputa. Por lo demás, justificaba plenamente las alabanzas que se hacían de su inteligencia, de su imaginación, y sobre todo, de la pureza de sus costumbres.

Pero dejemos hablar á Guillemin: "Continuaban nuestros trabajos profesionales, dice, cuando una mañana de Mayo de 1823, mi jóven colaborador entró en mi cuarto y me dijo con notable emoción: Voy á abandonaros.—¿Y por qué? le respondí; ¿acaso no os hallais bien conmigo?—Sí, señor: no dejo nuestro bufete por el de

otro. Pero os lo confieso, hace seis meses que estoy lidiando fuertemente conmigo mismo, y ya la incredulidad no tiene asiento en mi alma. Creo con tan profunda convicción que no hay medio para mí; voy á dedicarme enteramente á Dios; voy á hacerme sacerdote."

Y en efecto, algunos días después de esta tierna despedida, se encontraba el jóven abogado en el seminario de San Sulpicio.

Pero una vez sacerdote, aquella naturaleza ardiente, aquella alma apasionada que buscaba los peligros, y que acaso presentía el eminente lugar que le estaba destinado en el mundo de las ideas, creyó verse coartada en las funciones del sacerdocio. Entonces desfalleció como si le faltase espacio para estender el vuelo de su genio. Dirigió su vista á América, y resolvió marchar allá á predicar el Evangelio; pero el abate Lamennais, con quien se hallaba entonces íntimamente unido, le disuadió de este propósito.

En 1830 hallábase Lacordaire en uno de los colegios de París, cuando su amigo y maestro Lamennais le propuso tomar parte en la redacción del *Porvenir*. Lacordaire aceptó la oferta, contando además por colaboradores al abate Gervet y al conde Montalembert, que hoy se sienta en la cámara de los pares. Casi todos nuestros lectores tendrán noticia de aquella publicación, que tanto ruido hizo en Europa, y cuyas doctrinas vinieron al fin á ser censuradas por el Papa. Entre sus artículos mas elocuentes, descollaban los de Lacordaire por su energía, por su brillante colorido y grandes imágenes. Pero vista la mala acogida de parte del Pontífice, los indicados colaboradores hicieron juntos un viaje á Roma, y el *Porvenir* se suspendió.

Ahora entramos en una nueva era de la vida de Lacordaire. Había estado hasta aquí adherido á Mr. de Lamennais, cuyos principios filosóficos profesaba con ardor, y de repente se separa de él abiertamente, y publica sus *Consideraciones filosóficas sobre el sistema de Mr. de Lamennais*, obra notable en que espone los motivos de su separación, y en la que brillan seguramente sus eminentes cualidades como escritor y como filósofo.

Mas Lacordaire no podía satisfacerse con solo esta separación. Su entusiasmo religioso debía llevarle mas allá; y en efecto, muy pronto tomó el camino de Roma para hacer el noviciado en el convento de dominicos.

Ahora observemos cuántas metamorfosis había sufrido su noble entendimiento: al principio abogado, luego sacerdote, después escritor, periodista, y al fin fraile. Dotado de un corazón ardiente, de una imaginación viva, desde luego se agita, se inquieta y atormenta, como si se sintiese fuera de su elemento, como si le llamase una elevada misión.

Ya dominico, y después de haber consagrado un año al retiro, dió principio á sus sermones en la capilla del colegio Estanislao, y en 1835 los continuó en la Iglesia de *Notre-Dame*. Diez mil almas llenaban siempre la vasta nave de este templo para oírle: la multitud se sofocaba, y sitiaba el púlpito, á fin de no perder una de sus palabras.

Y á la verdad, Lacordaire es asombroso en su elocuencia. Reuniendo en sus labios la dulzura del Evangelio, y en sus ojos la centellante llama de las profecías, es grande, inspirado, sublime, y el orador sagrado mas poderoso de estos tiempos. Uno de los caracteres de su elocuencia, es la sencillez: careciendo de adornos y énfasis, se eleva con frecuencia hasta la sublimidad, distinguiéndose, sobre todo, por el calor de sus convicciones, y un gran sentimiento de la dignidad del hombre.

Pero además de su prodigioso talento, lo que hace que el padre Lacordaire ponga en movimiento las masas, es que usa del género de predicación mas análogo á nuestra época. Y seguramente hoy es necesario que la enseñanza cristiana se acomode al estado de la sociedad, que siga su movimiento y variaciones, y tome las formas propias para insinuarse en las masas, atendiendo al cambio intelectual de los espíritus. Por eso Lacordaire viene armado de una inflexible razón filosófica é histórica, cuando trata de investigar las pruebas del cristianismo, cuando pretende reconciliar el siglo con la doctrina evangélica, poner de acuerdo la razón con la revelación, y en fin, destruir el cisma levantado en nuestros días entre el entendimiento y la fé. En ésta gloriosa misión le sostiene su ardiente fé en la humanidad. Él cree en los progresos del género humano. Él conoce la grande influencia de las ideas sobre las sociedades actuales, su virtud, su fuerza, y por eso sube con ellas al púlpito, y las toma por sus armas de combate. Así dice: "Grande es el poder y la acción de las ideas en este siglo. ¿Quién podrá negarlo? Dos

«poderes hay en el mundo, el de los cuerpos y el de las ideas. Los «cuerpos matan; pero perecen y caen en polvo: las ideas matan también, sus golpes son mas funestos, pero no perecen. El poder de «los cuerpos se detiene ante otros cuerpos, ante el verdugo, ante una teja; hiere el verdugo, cae una teja, y el hombre deja de existir. Así el mas grande de los conquistadores, César, Napoleon, «una vez en el sepulcro, ya acabó: ya no se levantará; y su espada, «aquella espada ante la cual retrocedían las naciones despavoridas, «también duerme á su lado. Pero ¡ah! el hombre no muere enteramente: queda viviendo en sus ideas; ellas levantan la losa de su «sepulcro, y aparecen como un vapor sobre su tumba..... las ideas «llenan el mundo y gobiernan á la tierra."

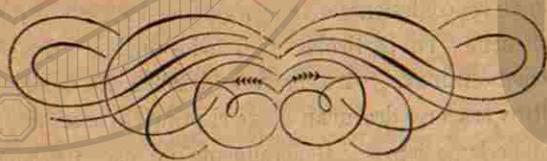
¡Qué bien se advierte que Lacordaire está verdaderamente á la altura de nuestra época, que comprende todas sus intenciones, todas sus tendencias!

Pero notemos sus palabras: hay en ellas algo de juvenil, de hirviente y arrebatado. Su estilo unas veces es el periodístico, otras veces el de la tribuna ó el foro: con frecuencia es una epístola, ó un capítulo de las confesiones de San Agustín, ó mas bien ninguno de estos elementos en particular, sino todos unidos. Hay en él una inspiración continua. Otros oradores escriben; Lacordaire improvisa. Otros oradores declaman desde el principio hasta el fin; Lacordaire no declama jamás. Generalmente no hace mas que hablar; solo que por intervalos, su mirada se enciende, sus labios tiemblan, su voz estalla...y entonces todo su auditorio se agita y se estremece.

Pero como nos dice él mismo en una notable memoria: "la elocuencia es hija de la pasión: es el sonido de una alma apasionada: «cread una pasión en un corazón, y la elocuencia brotará de él á «torrentes." He aquí el secreto del poder de este eclesiástico; es elocuente porque ama. Dos grandes pasiones se dividen su gran corazón, Dios y la humanidad. Ninguna otra cosa ha encontrado cabida en esa vida abstracta, en esa alma humilde, que necesita saber que la gloria de Dios está adherida á sus triunfos, para no asustarse de ellos. Y luego, para tener en sí ese soplo de vida que mueve á los hombres, como el viento mueve los árboles, para que la palabra humana rompa el hierro y derrita el acero, es menester

sentir algo del entusiasmo de los profetas, ser un Jeremias, llorando los infortunios de la hija de Sion, ó bien un Pablo cuando fué arrojado del caballo en el camino de Damasco.

Por lo demas, Lacordaire, pensador infatigable, lógico terrible, dialéctico casi sutil, y muchas veces poeta hasta el lirismo, puede colocarse, por su imaginacion y estilo, entre los mejores escritores de la época: mas por su elocuencia, no tiene rival en la cátedra cristiana. Lacordaire, como orador parlamentario, podia haberse elevado en este siglo á los mas altos puestos del Estado. Como sacerdote, pudiera haber aspirado á las primeras dignidades de la Iglesia. ¡Pero no ha querido ser mas que un pobre fraile! Así su poder, casi tanto como en su elocuencia, estriba en su virtud. ¡Ah! La virtud es como la fé. Es capaz de conmovier las montañas, y llevarse tras sí al mundo.—*Facundo de Goñi.*"



CONFERENCIAS

EN

NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

CONFERENCIA TRIGÉSIMA SÉTIMA,

DE LA VIDA INTERIOR

DE

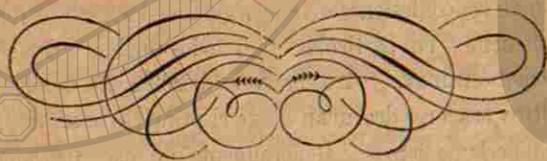
JESUCRISTO.

Monseñor. (1)=Sres.—El plan de nuestras conferencias os es al presente conocido. Yo, para probar la divinidad del cristianismo, no he ido á engolfarme en las profundidades de la metafísica, ni me he remontado tampoco á las regiones lejanas de la historia; he tomado por punto de partida un fenómeno vivo, palpable, que habita con nosotros hace siglos; lo he analizado: os he demostrado que ya sea con relacion á la inteligencia, ya con relacion á las costumbres y ya tambien con respecto á la sociedad, la Iglesia católica presenta un fenómeno único aqui abajo y por consiguiente divino. Por que todo lo que es humano es susceptible de multiplicacion, supuesto que lo

(1) Monseñor Affre arzobispo de Paris.

sentir algo del entusiasmo de los profetas, ser un Jeremias, llorando los infortunios de la hija de Sion, ó bien un Pablo cuando fué arrojado del caballo en el camino de Damasco.

Por lo demas, Lacordaire, pensador infatigable, lógico terrible, dialéctico casi sutil, y muchas veces poeta hasta el lirismo, puede colocarse, por su imaginacion y estilo, entre los mejores escritores de la época: mas por su elocuencia, no tiene rival en la cátedra cristiana. Lacordaire, como orador parlamentario, podia haberse elevado en este siglo á los mas altos puestos del Estado. Como sacerdote, pudiera haber aspirado á las primeras dignidades de la Iglesia. ¡Pero no ha querido ser mas que un pobre fraile! Así su poder, casi tanto como en su elocuencia, estriba en su virtud. ¡Ah! La virtud es como la fé. Es capaz de conmovier las montañas, y llevarse tras sí al mundo.—*Facundo de Goñi.*"



CONFERENCIAS

EN

NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

CONFERENCIA TRIGÉSIMA SÉTIMA,

DE LA VIDA INTERIOR

DE

JESUCRISTO.

Monseñor. (1)=Sres.—El plan de nuestras conferencias es al presente conocido. Yo, para probar la divinidad del cristianismo, no he ido á engolfarme en las profundidades de la metafísica, ni me he remontado tampoco á las regiones lejanas de la historia; he tomado por punto de partida un fenómeno vivo, palpable, que habita con nosotros hace siglos; lo he analizado: os he demostrado que ya sea con relacion á la inteligencia, ya con relacion á las costumbres y ya tambien con respecto á la sociedad, la Iglesia católica presenta un fenómeno único aqui abajo y por consiguiente divino. Por que todo lo que es humano es susceptible de multiplicacion, supuesto que lo

(1) Monseñor Affre arzobispo de Paris.

que algunos hombres han podido hacer en cierto tiempo y en un lugar determinado, otros hombres pueden repetirlo en otros lugares y en diversos tiempos. Asi es como hemos cambiado de táctica: en vez de partir de la base, hemos partido de la cima: en lugar de cabar en los cimientos de la pirámide, hemos fijado nuestra atención en la cabeza y su corona, comenzando por la parte mas visible para descender en seguida á lo que está mas oculto y que sostiene toda la masa. Un escritor de estos tiempos ha dicho: "El cristianismo es el mas grande acontecimiento que haya atravesado el mundo." Yo he dicho en otros términos y quiza mejor. El cristianismo es el mas grande fenómeno que se ha naturalizado en el mundo, el mas grande fenómeno intelectual, el mas grande fenómeno moral, el mas grande fenómeno social, en suma, es una cosa única, y por consiguiente, repito, divina.

Mas no habiendo efecto sin causa, ¿cual es la del fenómeno que nos ocupa? Despues de haber considerado lo que se presenta á nuestra vista, es necesario evidentemente considerar lo que ha producido el espectáculo, lo que es su razon y su sostén. ¿Quién ha hecho pues la Iglesia católica? ¿Quién ha fundado esa sociedad dominadora de los espíritus por la certidumbre, reguladora de las almas por las mas sublimes virtudes, bienhechora del género humano por los elementos nuevos que ha suministrado á la civilizacion? Quien ha formado, bajo una gerarquia enteramente espiritual y desarmada, ese cuerpo en que la conviccion, la santidad, la unidad, la universalidad, la estabilidad y la vida forman un tejido de una belleza sobre humana é incontestable? ¿Quién es el artista ó el obrero? ¿Es el tiempo, la casualidad? ¿Son muchos ó será uno solo? Es uno solo, si, uno solo, un hombre, es decir nada: la palabra de un hombre, es decir un viento que pasa. ¡Ved aqui el artista! Asi es como Dios ha querido que el fundamento de esa grande obra fuese una cosa como nosotros en la apariencia, y que nosotros tan débiles, tan vanos sostuviésemos sobre nuestras espaldas, como Atlas, el cielo y la eter-

nidad. ¿Quién es ese hombre? ¿Que denominacion tiene en la lengua y en los anales del género humano? Yo no necesito decíroslo: su nombre es bastante conocido y resuena por si mismo. Todos lo saben por amor ó por odio, y en diciéndoos Jesucristo, yo no soy mas, que el eco tardío de todos los siglos y de todos los espíritus. Jesucristo pues! Jesucristo! he aqui el artista! Él es el que ha fundado esa Iglesia cuya inefable arquitectura hemos admirado juntos, hablo de la Iglesia bajo su forma actual; por que la Iglesia ha existido sobre la tierra desde el dia en que Dios se ha comunicado á un hombre, y en que un hombre ha respondido con su corazon á Dios.

Hallado el artista, Sres, es necesario que estudiemos su historia, á fin de juzgarsi el obrero corresponde á la obra, y si despues de haber visto que ella es en si misma divina, su divinidad recibirá confirmacion con la vida de aquel. Pues bien, la primera cuestion que se presenta es saber en donde encontraremos los elementos de esa vida. El embarazo no es grande. Como todo hombre que ha vivido en una edad histórica y célebre por sus trabajos, Jesucristo tiene una historia, historia de que la Iglesia y el mundo estan en posesion, y que rodeada de innumerables monumentos, tiene por lo menos la misma autenticidad que cualquiera otra historia nacida sobre el mismo suelo, entre los mismos pueblos y en los mismos tiempos. Asi pues, como si queriendo estudiar la vida de Bruto y de Casio, abriría yo tranquilamente á Plutareo, abro el evangelio para estudiar á Jesucristo y lo abro con la misma tranquilidad. Ya verémas mas adelante si me he equivocado al admitir esta autenticidad previa; por ahora la supongo por que estoy en posesion de ella, á reserva de volver despues sobre nuestros pasos para comprobar por nosotros mismos los monumentos, y para asentarlos sobre una certidumbre digna, por su profundidad, del santo objeto de nuestras investigaciones. Yo tomo, pues, provisionalmente el Evangelio por mi título histórico. En cuanto á vosotros, reservad por vuestra parte, mientras lo tengais por conveniente, la cuestion de su auten-

ticidad y de su veracidad; este es un derecho que no contradigo, como tambien os considero bastante equitativos para que respeteis, á lo menos provisionalmente, en el Evangelio, la fé de veinte siglos y el peso natural de cosas que se ligan entre sí y á todo.

Jesús, Señor mio: hace diez años que yo hablo de vuestra Iglesia á este auditorio; en el fondo he hablado siempre de vos; pero hoy mas directamente llego á vos mismo, á esa divina figura que es diariamente el objeto de mi contemplacion, á vuestros pies sagrados que he besado tantas veces, á vuestras amabilísimas manos que me han tan frecuentemente bendecido, á vuestra cabeza coronada de espinas y de gloria, á aquella vida cuyo perfume he respirado desde mi nacimiento, que olvidé en mi adolescencia, que mi juventud reconquistó, y que mi edad madura adora y anuncia á todas las criaturas. O Padre! ó señor! ó amigo! ó Jesús! auxiliadme ahora con mas especialidad, pues que estando mas cerca de vos, conviene que mi lenguaje sea mas espresivo y que yo saque de mi boca palabras que den a conocer la influencia admirable que ejercéis sobre mí.

Hay dos vidas, la vida exterior y la vida interior. La vida exterior no sería nada sin la vida interior. Esta es el apoyo de la otra, y por consiguiente, si quiero estudiar la vida de Jesucristo, lo primero que debo hacer es estudiar su vida interior. ¿Pero qué cosa es la vida interior? La vida interior es la conversacion que uno tiene consigo mismo. Todo hombre conversa en el fondo de su alma, todo hombre se habla así mismo, y esta palabra que él se dice, es su vida interior, como la palabra que Dios se dice portoda la eternidad en el misterio de sus tres santas personas, es tambien su vida interior. Todo hombre, toda inteligencia tiene esta palabra interior, esta conversacion de sí para sí que hace su verdadera vida. El resto no es mas de una apariencia, cuando no es el producto de esta vida interior. Ella es la que constituye al hombre y la que le da todo su valor. Tal individuo lleva un manto de púrpura y no es mas que un miserable, porque la palabra que se dice á sí mismo es la palabra de un miserable; y

tal otro pasa por la calle, con los piés desnudos, hecho un ardrajo, que es un grande hombre, porque la palabra que se dice á sí mismo es la palabra de un héroe ó de un santo. El dia del juicio revelará las engañosas apariencias del exterior; conocido entonces el coloquio misterioso de cada hombre, comenzará la historia. En cuanto al presente, nosotros pasamos como nos es posible de la vida exterior á la vida interior, porque si no nos hubiera sido dado el don de juzgar del interior por el exterior, si nuestra vida exterior no fuera una transpiracion permanente de nuestra vida interior, no seriamos los unos para con los otros sino espectros, pasaríamos sin vernos como máscaras que se cruzan en la noche. Por fortuna, y á Dios gracias, hay respiraderos por donde se escapa nuestra vida interior á cada momento, y el alma tiene sus poros como la sangre tiene los suyos. La boca es la primera y la mas ilustre de las vias que llevan el alma fuera de su invisible santuario: hablando con los labios es como el hombre comunica mejor la palabra secreta que es su verdadera vida. Y aunque todo hombre hable del interior al exterior, no obstante hay algunos en quienes la manifestacion de sí mismos es mas indispensable, mas imperiosa, mas auténtica. Estos son los que se presentan al mundo con doctrinas destinadas por ellos á convertirse en leyes. Porque la primera réplica que el mundo les hace es esta: Quiénes sois vosotros? qué decis de vosotros mismos? Lo que los sacerdotes de Jerusalem enviaron á decir á Juan Bautista al desierto: „Tu quis es,” quid dicis de te ipso? (1) Ante todo, pues que eres un hombre distinto de los otros, dínos lo que eres, lo que afirmas de tí mismo: quid dicis de te ipso?

Y no es poca cosa, Sres, el obligar á un hombre á que diga lo que es, ó lo que él cree ser. Porque la palabra soberana del hombre, la sola palabra que va á decir de sí mismo y sobre sí mismo decidirá de todo. Esta será la base de donde se ha de partir para juzgarlo. Será necesario que todas las ac-

(1) S. Juan Cap. 1. vers. 22.

ciones de su vida, desde aquel momento, estén en armonía con la respuesta dada á la pregunta: „Quid dicis de te ipso?” Y por consiguiente, apareciendo Jesucristo en medio de los hombres trayéndoles leyes nuevas, una sociedad nueva, ha debido sufrir la necesidad de decir lo que era, y con esta necesidad la prueba indefectible que le es anexa. Sus amigos y sus discípulos son los primeros á quienes ha debido manifestarse, diciéndoles lo que pensaba de sí mismo. Qué les ha dicho?

Un día en Cesaréa de Philipo los interrogó de esta manera: *Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Y ellos le respondieron. Los unos dicen que Juan Bautista, los otros que Eliás, y los otros que Jeremias, ó uno de los Profetas. Y vosotros, replicó Jesucristo, quien decís que soy yo? Entonces Simon Pedro le dijo: vos sois Cristo hijo de Dios vivo. Jesucristo lejos de rechazar esta palabra como una blasfemia, la acepta como una verdad que lo conmueve y responde á Pedro: Bienaventurado tú Simon, hijo de Juan, porque no es la carne ni la sangre la que te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y añade al momento como en recompensa de la fé de su discípulo: Yo te digo que tu eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* (1)

De esta suerte Jesucristo se presenta á sus discípulos como el hijo de Dios, no como el hijo de Dios en el sentido en que lo somos todos, sino como el hijo de Dios en el sentido verdadero y propio, sin lo cual él no hubiera manifestado á su apóstol, en términos tan singulares por su energía, el gozo que le causaba su confesion. En otras circunstancias se expresa aun mas claramente con ellos, si es posible. Felipe le dice: *Señor haznos ver al Padre, y esto nos basta.* Esta solicitud, desagrada á Jesucristo, quien le contesta: *Qué! tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve*

(1) S. Mateo Cap. 16, vers: 13, 14, 15, 16, 17, 18.

á mí, ve tambien al Padre, cómo puedes tu decir háznos ver al Padre? No creis vosotros que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? (1) Y en otra ocasion queriendo siempre expresar mas su filiacion divina decia á un discípulo todavia incierto: *Dios ha amado tanto al mundo que ha dado por él á su hijo único El que cree en él no será condenado; mas el que no cree en él será condenado, porque no cree en el nombre del hijo único de Dios.* Jesucristo se consideraba pues, como el hijo de Dios sin semejante y sin segundo, en un sentido tan extricto que él estaba en su padre y su padre estaba en él, y que verlo á él era ver á su padre.

Esto es en cuanto á los amigos y los discípulos. Pero fuera de los amigos y de los discípulos, hay otro tribunal ante el que es preciso se presente toda doctrina nueva, este es el pueblo. Despues de haber hablado en secreto á aquellos que se han escogido, es necesario salir de su aposento, comparecer en público, hablar á hombres de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones, á hombres que no han reposado sobre el pecho del maestro, que no han recibido la educacion de la amistad, que no saben lo que se les quiere, que oponen á la palabra doctrinal mil pasiones mezcladas con mil preocupaciones. Jesucristo lo ha hecho: él ha oido bramar la multitud al rededor de sí, y no ha vacilado sobre la respuesta que debia darle. *Hasta cuando, se le grita, tendrás tú nuestra alma suspensa? Si tu eres el Cristo dínoslo abiertamente.* Jesucristo les responde: *os lo digo y no me creis: las obras que yo hago en nombre de mi padre estas dan testimonio de mí* (2) *Mi padre y yo somos una misma cosa.* (3) A esta palabra que lo dice todo, los judios toman piedras para apedrearlo, y Jesus les dice: *Yo os he mostrado muchas obras de mi padre, por cual de estas obras me apedreais?* los judios le responden: *Por ninguna de tus buenas obras, sino á causa de*

(1) S. Juan Cap. 14. vers. 8, 9, 10.

(2) Ibid. Cap. 10 vers. 24 25

(3) Ibid. ver. 30.

la blasfemia, y porque tú siendo hombre te haces á ti mismo Dios.

(1) El language de Jesucristo, tal cual lo usaba con el pueblo para enseñarle el origen y la mision de su nuevo Señor espiritual, era pues un language exento de toda violencia y de toda oscuridad. El le decia sin temor esta palabra terrible: Ego et Pater unum sumus.

Pero sobre el pueblo, masa confusa, cuya voz es la voz de Dios y tambien la voz de la nada; encima del pueblo que es á la vez la mas grande y la mas pequeña autoridad, se eleva en la calma, la vigilancia y el respeto de sí mismo, la mas alta representacion del derecho y de la verdad. Cada nacion tiene una magistratura suprema que reúne en su seno la gloria y las luces del país, y allí es donde finalmente tiene que comparecer toda doctrina, que pretende dominar haciendo violencia aparente ó real á las tradiciones recibidas. Jesucristo no podia escapar á esta ley general del orden humano. El es citado ante el consejo de los Ancianos, de los Sacerdotes y de los Príncipes de la Judea. Despues de oír deposiciones mas ó menos inconsistentes, el gran sacerdote en fin quiere presentar la cuestion en su verdadero punto de vista; se levanta y dirige al acusado esta solemne interpelacion: *Yo te conjuro por el Dios vivo á que nos digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios.* (2) Jesucristo sin conmoverse le responde estas dos palabras: *Ego sum.—Yo lo soy.* Y añade inmediatamente para confirmar su confesion con la magestad del discurso: *Yo lo soy, y vosotros vereis al hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y viniendo sobre las nubes del cielo.* (3) Entonces el gran sacerdote despedaza sus vestiduras: *Qué necesidad tenemos de testigos, esclama, vosotros acabais de oír la blasfemia; qué pensais de esto?* (4) Y todos lo juzgan digno de muerte. Se le conduce ante el presidente romano, quien no ha-

- (1) S. Juan Cap. 10 vers. 32. 33.
 (2) S. Mateo Cap. 26 ver. 63.
 (3) S. Marcos Cap. 14 ver. 62.
 (4) Ibid, vers. 63 64.

llando motivos para su condenacion, lo quiere absolver; mas los príncipes del pueblo insisten: *Nosotros tenemos una ley, y segun la ley él debe morir, porque se ha hecho el hijo de Dios.* (1) Pilato comprende tan bien lo que oye que su oído romano y por consiguiente religioso, se horroriza; toma á parte á Jesucristo y le pregunta con sobresalto de donde es: *Unde es tú?* (2) Jesucristo se calla; confirma con su silencio todo lo que se le acusa haber dicho de sí mismo, y que ha dicho efectivamente. El pueblo espectador de su suplicio, comprende su condenacion en el sentido en que ha sido pronunciada; él lo insulta hasta en la muerte con estas irrisiones significativas: *Ah, tu que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo; si eres hijo de Dios desciende de la cruz.* (3) Y cuando las tinieblas cubren la tierra, cuando las rocas se hacen pedazos, cuando el velo del templo se rompe, y cuando toda la naturaleza advierte á la humanidad que alguna cosa grande y extraordinaria está pasando, los espectadores y el centurion romano se hieren el pecho diciendo: *Verdaderamente hijo de Dios era este!* (4) Y el apóstol S. Juan termina su evangelio con estas palabras; *Estas cosas están escritas para que vosotros creais que Jesus es el Cristo, el hijo de Dios.* (5)

Asi, en presencia de sus amigos, en presencia del pueblo, en presencia de los magistrados, en su vida, en su muerte, en todas partes Jesucristo se proclama el hijo de Dios, hijo único, hijo igual á su padre, uno con su padre, existiendo en su padre y su padre en él. Tal es el testimonio que da de sí mismo, su respuesta á la fastuosa interpelacion: *Quid dicis de te ipso?* Y qué respuesta Sres.! Qué! un hombre, un ser de carne y hueso, que no solamente tiene delante de sí las debilidades

- (1) S. Juan Cap. 19 ver. 7.
 (2) Ibid. ver. 9.
 (3) S. Mateo Cap. 27 ver. 40.
 (4) Ibid vers. 54.
 (5) S. Juan Cap. 20 ver. 31.

de la vida, sino las debilidades de la muerte, un hombre! él osa llamarse Dios! es el primer ejemplo en la historia. Ningun personaje histórico, ni antes ni despues, ha pretendido ser Dios. La idolatría tenia mil Dioses; pero tenia un Dios supremo del que ninguno otro era igual, y cuando la mas vil adulacion decretaba la apoteosis á emperadores convencidos de todo crimen por su vida, y de toda nada por su muerte, ninguno veía en el incienso ofrecido á sus cenizas mas que una figura poética, la última adulacion de la esclavitud para con la tiranía. Mahoma, venido al mundo para reemplazar el reinado de los ídolos, no se ha llamado Dios, sino un simple enviado de Dios. Y si queremos remontarnos mas allá de la idolatría en la investigacion de las mas soberbias imposturas, no descubriremos en el fondo de la India mas que narraciones sin sustancia, siglos sin fecha, un abismo informe, en donde el ojo no descubre ningun mortal auténtico bastante atrevido para llamarse Dios formalmente y sin frases, por estas dos inefables palabras: *Ego sum*. El hombre no es susceptible de una mentira tan audaz; sería una estravagancia demasiado inverosímil.

Sería ademas una estravagancia inútil: porque á qué conduciría? Para que puede servir el anunciarse uno como Dios? Quereis vosotros establecer leyes, fundar un imperio? Esta es una ambicion humana, y yo concibo que no os conduciréis como filósofos; porque todo el que conoce la historia sabe que el que obra como filósofo, está seguro de quedarse solo sobre su pedestal. Un hombre profundo en la ambicion no se conducirá jamas así. Dios es la piedra angular de todo edificio que debe tener alguna duracion. Su nombre aun invocado por la impostura, es un cimiento eficaz, y era natural que antes y despues de otros, Jesucristo se diese por enviado de Dios. Los hombres han aceptado con frecuencia esta idea: ellos creen de buena gana en la intervencion de la divinidad en los negocios humanos, y su fé engañada bajo este respecto en la aplicacion, no lo es jamas en cuanto á la realidad de una Provi-

dencia eternamente atenta á su suerte. Jesucristo, llamándose el hombre de Dios, hubiera, pues, dicho alguna cosa verosímil y útil; mas el título mismo de Dios, la apoteosis de sí por sí, no hacia otra cosa con relacion á sus proyectos que aumentar dificultades. Le era indispensable en lo de adelante el sostener en todas sus acciones el personaje del infinito; era necesario que en su muerte misma diese pruebas de su naturaleza divina, y que su tumba hablase de él como la eternidad. Era esto humanamente factible?

Añadid otra consideracion, relativa al estado de las creencias religiosas entre los judios. Ese pueblo no tenia en su ley mas de un solo dogma explícito: todos los otros, aunque los poseía en sus tradiciones, estaban como encubiertos y carecian de relieve. La unidad de Dios, grabada por principio de las tablas del Sinaí, era para él el dogma por excelencia, el que recordaba y contenia todos los demas, tales como la creacion, la caida del hombre, la inmortalidad del alma. Tocarlo aun de lejos, era tocar á Moises, al Sinaí, á todos los recuerdos de Israel, á todos sus hábitos, á todos sus respetos. Ahora pues, el tomar Jesucristo el título de hijo de Dios, aun sin romper la unidad divina, no entraba naturalmente en los oidos de ese pueblo acostumbrado por su legislador y por sus profetas, á no reconocer otro Dios que al que lo habia sacado del Egipto, y que le habia repetido tan frecuentemente: *Yo soy el único Dios verdadero, tú no adorarás á otro mas que á mí*. (1) Si pues Jesucristo decia una falsedad llamándose Dios se creaba sin razon dificultades insuperables.

Pero en fin dejemos estas reflexiones preliminares, y veamos en que parte nos encontramos de la vida objeto de nuestros estudios. Cualesquiera motivos que tuviese Jesucristo para no llamarse Dios, él se ha llamado Dios: he aquí el hecho. Antes de averiguar si hablaba la verdad, se presenta una cuestion intermedia, la de saber si al decir que era Dios creía lo que decía.

(1) Exodo Cap. 20 vers. 2, 3.

Entre la afirmacion y la realidad, entre decir y ser, se coloca la cuestion de la buena fé y de la sinceridad. Jesucristo creía en su divinidad? Estaba él íntimamente convencido de este dogma de que hacía la base de su enseñanza y por el cual murió? Era sincero, ó bien, perdonadme la expresion, era un impostor? No podemos ya dar un paso en su vida sin haber antes disipado esta duda. La humanidad toda entera, sin distincion de tiempos, de lugares, de pueblos, de leyes, de religiones, se divide en dos líneas, en una de las cuales cada hombre señala él mismo su lugar: la línea de los impostores y la línea de los hombres sinceros. Con demasiada frecuencia los primeros han gobernado á los segundos; mas su imperio tarde ó temprano se hace traicion á sí mismo, y la sinceridad es para el hombre una necesidad que lo honra, para el error un aroma que lo hace menos amargo, para la verdad una corona que se busca en ella desde luego. Sepamos pues ante todo si Jesucristo lleva esta corona, si está ungido con este aroma, si tiene este honor sin el cual no hay verdadero honor. Qué pensar de ello Sres? Lo deberémos colocar en la línea de los impostores ó en la línea de los hombres sinceros? Era él de aquellos que han cubierto su ambicion con velos sagrados é hipócritas, ó bien de los que han preferido á todo, aun al éxito feliz, el honor de una palabra sin tacha, y que han tomado por divisa la divisa de los macabeos: *Moriamur in simplicitate nostra.*—*Muramos mas bien en nuestra sencillez!* (1)

Esta es la cuestion.

Esta cuestion se decide por el carácter del hombre, y siendo así yo podría decir que la causa está juzgada en favor de Jesucristo. Porque ningún personaje mas venerable se ha levantado sobre el horizonte de la historia: el simple transcurso del tiempo lo ha puesto arriba de todo, no dejando aparecer nada que pueda aproximársele. Por confesion de todos, aun de aquellos que no creen en él, Jesucristo es un hombre de

(1) Macabeos cap. 2 vers. 37.

bien, un sabio, un escogido, un incomparable carácter. El ha hecho tan grandes cosas, cosas tan santas, que sus enemigos mismos prestan homenaje, á cada momento, á su obra y á su persona.

Es verdad que en el último siglo hubo un escritor que tomó por divisa, designándolo, esta horrible frase: *Destruid al infame!* Mas esta palabra, Sres., no ha podido salvar el siglo que la ha pronunciado: ella se ha detenido temblando en los linderos del nuestro, y despues, ninguna boca humana, aun entre aquellas que no son respetadas, ha osado repetir esta palabra de una guerra impía. Ella ha quedado sepultada en la tumba del primero que la dijo, y ella aguarda, despues del juicio de una posteridad que ha llegado ya, el juicio mas severo de la posteridad futura.

Yo podría pues detenerme aquí, supuesto que nada hay superior al juicio universal del género humano, y supuesto que toda demostracion se debilita ante un juicio que procede del sentido comun de todos los hombres. Mas quiero proporcionaros el placer de analizar el carácter de Jesucristo, y de investigar por qué armonía de bellezas morales este carácter resalta infinitamente sobre los mas ilustres de todos los tiempos.

Ahora bien, el carácter humano se compone de tres elementos: la inteligencia que es el asiento de los pensamientos: el corazon que es el asiento de los afectos ó de las inclinaciones: la voluntad que lo es de las resoluciones. La fusion de estos tres elementos, es la que determina por su medida todo tipo moral y la que le da su verdadero valor. No debemos buscar en otra parte el secreto de la perfeccion que observamos en el héroe del Evangelio. Sin duda que para aquellos que lo creen Dios, la divinidad es sobre todo y penetra todo el tegido visible, aunque sin cambiar nada en la naturaleza del alma ni tampoco en la naturaleza del cuerpo. Jesucristo no tiene en sí, para constituir su fisonomía, sino pensamientos, afectos y resoluciones; pero en un equilibrio tan perfecto y con tales gra-

daciones que le dan un encanto indefinible, y que es precisamente lo que se trata de conocer.

Yo no os engañaré, Sres., si os digo que su inteligencia tenía por don y por signo lo que llamamos el sublime. El sublime es la elevación, la profundidad y la sencillez concentradas en un solo foco y emitidas á la vez. Cuando se anuncia al viejo Horacio que su hijo ha huido del combate en que se decidía la supremacía entre Alba y Roma, y que viendo su indignación se le dice para aplacarlo: „Qué queriais que hiciese contra tres?” El anciano responde esta palabra tan célebre: „Qué muriese!” La palabra es sublime: es el grito del deber salido instantáneamente de una grande alma, que nos eleva derrepente sobre todas las debilidades que hablan en nosotros contra el sacrificio de nosotros mismos. Nada es mas sencillo; pero nada es mas elevado ni mas profundo. Dios ha dado al hombre la facultad de alcanzar el sublime en sus acciones y en sus escritos; mas estos son momentos raros y fugitivos. Los mas grandes hombres han sido sublimes cuatro ó cinco veces en su vida, como Cesar cuando decia al barquero que lo conducía en medio de una tempestad: „Qué temes? llevas á Cesar.” La sencillez falta demasiado frecuentemente en las mas bellas acciones, ó bien cuando son sencillas, no nos arrebatan bastante alto, ó no contienen en su seno una profundidad que dé suficientemente en que pensar. Lo mismo sucede en nuestros escritos. No es raro encontrar en ellos armonía, gracia, belleza, pudiendo muy bien considerarse como un rio que nos conduce por entre riberas amenas y llenas de flores. Nos dejamos llevar de este atractivo leyendo, sin advertirlo, páginas enteras. Repentinamente y como por acaso, los cabellos se erizan, la respiración se hace difícil, la piel se contrahe, y un frio puñal penetra hasta el fondo del alma... Es el sublime que ha aparecido. No es mas de una aparición momentánea y por este motivo nos saca de nuestro estado natural, haciéndonos una especie de violencia imprevista y corta. No sucede lo mismo con Jesucristo. Sus acciones y sus pa-

labras están marcadas con una elevación, una profundidad y una sencillez continuas, que hacen que el sublime esté como naturalizado en ellas y que no nos causen ya admiración, sin perder no obstante cosa alguna de su imperio sobre el alma. Por esto es que despues de tantas obras maestras de los mas famosos literatos, el Evangelio ha venido á ser un libro único en el mundo, un libro reconocido inaccesible á la imitación. *Bienaventurados los pobres de espíritu* (1) dice Jesucristo. ¿Qué cosa mas sencilla? Y no obstante cómo nos vemos de improviso encima de la tierra! El angel que arrebató á Habacuc y lo llevó desde su campo hasta Babilonia no fué mas rápido. Tres palabras han bastado para trastornar nuestras ideas sobre la bienaventuranza, sobre el valor de las cosas mundanas, sobre el objeto de la vida, para apartarnos de la codicia terrestre, y hacernos cerner alegremente, como el águila, arriba de los reinos y de los imperios. *¡Bienaventurados los pobres de espíritu!* se repetirá por todo el mundo; el alma que haya entendido una vez esta frase volverá á ella sin cesar y encontrará siempre una mano oculta que la arrebatara. La meditación descubrirá, profundizandola, tesoros inagotables, una economía social nueva que cambiará las relaciones de los hombres entre sí, que ennoblecerá el trabajo y las penas, que abolirá la esclavitud y hará de la pobreza una profesion tan útil como santa. Tal es el Evangelio, es decir Jesucristo, desde su principio hasta su fin, y no se puede definir mejor aquella soberana inteligencia, sino diciendo que habia recibido de Dios el don de la sublimidad continua.

Por lo regular los grandes ingenios consumen toda la fuerza de que están dotados en sus mismos pensamientos, y no pueden dar á su corazón mas de un impulso debil y secundario. Esto es sobre todo notable en los fundadores de imperios y de doctrinas, hombres frios, soberbios, dueños de sí mismos, que miran á la humanidad en un grado muy inferior á ellos, y que la

(1) San Mateo, cap. 5. ver. 3.

agitan en el secreto de sus designios, como el viento agita un campo de trigo que ya está maduro y solamente aguarda la mano del cegador. La concepcion de sus planes los absorbe; el buen éxito los corrompe justificando su orgullo: los reveses los cesasperan, y todo los impele al desprecio del género humano que para ellos no es sino un pedestal en pie ó por tierra. Aun cuando no descieran tanto en la degradacion del corazon, no les es permitido elevar tan alto su facultad de amar como su facultad de concebir. La mirada del águila no es dada por la naturaleza al ojo de la paloma. Se notan estas gradaciones hasta en los escritores. Racine, perdonadme estas comparaciones, Racine es tierno; Corneille lo es mucho menos, porque su genio se aprocsima mas al sublime. Se siente en él algo de heroico y de duro, como en aquellos Romanos de quienes él mismo ha dicho:

Et je rends grâce au ciel de n'être pas Romain,
Pour conserver encore quelque chose d'humain.

Pues bien, Jecucristo, bajo este respecto, es una escepcion para siempre memorable y sin esperanza de ser reproducida, si no es de lejos, en aquellos que lo toman por maestro de su alma. Él ha llevado el poder de amar hasta la ternura, y hasta una ternura nueva que ha sido necesario crearle un nombre, y que forme un género aparte en el análisis de las afecciones humanas: quiero decir la uncion evangélica. Jecucristo ha sido tierno con todos los hombres: Jecucristo ha dicho de ellos estas palabras: *Todo lo que vosotros hiciereis al mas pequeño de mis hermanos, es á mí mismo á quien lo habreis hecho*: (1) Palabras que han sembrado en el mundo la fraternidad cristiana y que diariamente aun producen el amor. Él ha sido tierno con los pecadores: se sentaba á su mesa, y cuando el orgullo doctrinal le echaba esto en cara, respondia: *Los sanos no tienen necesidad de médico sino los enfermos*. (2) Si descu-

(1) S. Mateo, Cap. 25. ver. 40.

(2) S. Mateo Cap. 9. ver. 12.

bre un publicano subido sobre un árbol para verlo, le dice: *Zaqueo, descende presto porque es menester hospedarme hoy en tu casa*. (1) Si una muger pecadora se acerca y se atreve hasta á verter perfumes sobre su cabeza, con grande escándalo de una numerosa concurrencia, le infunde confianza con esta inmortal alocucion: *Muchos pecados le son perdonados, porque ella ha amado mucho*. (2) Si se le presenta una muger adúltera, para obtener una sentencia que lo comprometa por su dulzura misma, responde: *El que de entre vosotros se encuentre sin pecado arrójele la primera piedra*. (3) Él ha sido tierno para con su patria ingrata y parricida, y viendo de lejos sus murallas lloraba diciendo: *Jerusalen! Jerusalen! que matas los profetas y apedreas aquellos que á tí son enviados, ¿cuántas veces quise allegar tus hijos como la gallina allega sus pollos debajo de las alas y no quisiste?* (4) Él ha sido tierno con sus amigos, hasta el grado de lavarles los piés y permitir á un hombre sumamente jóven que reposase sobre su pecho en uno de los momentos mas solemnes de su vida. Aun en el suplicio, él ha sido tierno para con sus verdugos, y elevando su espíritu hácia su padre decia: *Padre, perdonalos porque no saben lo que hacen*. (5) Ninguna vida presenta sobre la tierra un tegido igual de luz y de amor. Cada palabra de Jecucristo es un acento de ternura y una revelacion sublime; en el momento mismo en que nos abre con su mirada las puertas del infinito, nos estrecha con sus brazos sobre su seno. Vuela el hombre con el pensamiento; pero es al mismo tiempo detenido por la caridad.

Y, cosa que no debemos olvidar, la ternura de Jecucristo, aunque sin límites va acompañada de una pureza sin tacha. Es difícil á los que han recibido un alma sensible á los afectos del amor, el contener este don precioso en castos y puros lími-

(1) S. Lucas, Cap. 19 ver. 5.

(2) Ibid. Cap. 7. ver. 47.

(3) S. Juan, Cap. 8. ver. 7.

(4) S. Mateo, Cap. 23. ver. 37.

(5) S. Lucas Cap. 23. ver. 34.

tes; esta dificultad es objeto de un combate supremo en el cual se veria el hombre tentado algunas veces ó á que le pesase poseer semejante don, ó á desear en su uso alguna mas libertad. Jesucristo no ha conocido esta pena: lleva su amor en un vaso tan puro, que la sombra misma de la duda no se aproxima á su corazon, y que diez y ocho siglos de una posteridad que ha buscado sus defectos, no se han atrevido á decir una palabra que indique sospecha contra su virtud. El carácter de su ternura es el ser inefablemente casta.

Queda Sres., una cosa que considerar para que acabemos de apreciar como es debido el carácter de Jesucristo, y para que concluyamos en seguida, de su carácter su sinceridad. Una inteligencia sublime, un corazon tierno, no bastan para constituir una voluntad capaz de grandes resoluciones. La voluntad es un mundo á parte, en que la debilidad, á despecho de nuestras miras y de nuestras afecciones, lleva con demasiada frecuencia el timon. El carácter de Jesucristo, bajo este respecto, es la certidumbre absoluta de sí mismo. Nadie se ha propuesto un fin mas difícil: queria ser reconocido como Dios, amado como Dios, servido como Dios, adorado como Dios: parece que su voluntad debiera algunas veces doblegarse bajo una carga tan pesada, y que á lo menos debia recurrir Jesucristo á todos los medios humanos capaces de asegurar el éxito de tan gigantesca ambicion. Nada de esto, Sres., Jesucristo ha despreciado todos los medios humanos, ó mas bien se ha abstenido de ellos.

La política ocupa el primer lugar entre los medios de esta clase. Ella es el arte de apoderarse en un momento oportuno, de la tendencia de los espíritus, de reunir opiniones é intereses que buscan satisfaccion, de presentir lo que quiere un pueblo que no siempre tiene un conocimiento exacto de lo que desea, de constituirse, con ayuda de las circunstancias, su representante natural, y de impelerlo un dia sobre una pendiente que nos llevará con él por cincuenta años. Tal es la política, arte ilustre, de que se puede usar en bien ó en mal, y que es la fuente de las vicisitudes felices ó desgraciadas de

las naciones. Jesucristo se hallaba admirablemente colocado para hacerse el instrumento de una revolucion que habria servido á sus designios religiosos. El pueblo á quien debia su origen, habia perdido, bajo el yugo de los romanos los restos de su antigua nacionalidad: el odio á Roma habia llegado al colmo, y cada dia los desiertos y las montañas de la Judea veian formarse bandadas libertadoras al mando de patriotas dotados de audacia ó de consideracion. Estos movimientos eran auxiliados por profecías célebres, que habian anunciado con mucha anticipacion al pueblo judio un caudillo y un salvador. La relacion de estas ideas y de estos intereses con el nuevo reino cuya próxima llegada anunciaba Jesucristo, era manifiesta. Sin embargo, lejos de aprovecharse de estas circunstancias y servirse de ellas para sus designios, las desprecia enteramente. Se le pregunta, para sondearlo, si se debia pagar tributo al César; se hace llevar una moneda, é informándose de quien es el tipo é inscripcion responde friamente. *Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.* (1) Él va mas lejos. Anuncia la ruina temporal de su nacion: habla contra el templo, objeto de la veneracion religiosa y patriótica de los judios, y predica abiertamente que no quedará de aquel piedra sobre piedra; lo que fué causa de que se pusiese esta queja en el número de las acusaciones intentadas en su contra ante la suprema magistratura.

Su doctrina muy favorable al pueblo y á los pobres era á propósito para conciliarse una gran popularidad, lo que es un resorte admirable para las revoluciones. Obtiene en efecto tal ascendiente sobre el pueblo que se le quiere elegir rey de Israel; mas huye para evitar este honor y despedaza entre sus manos un arma que el vulgo de los grandes hombres hubiera estimado como un don del cielo y su tácita aprobacion,

Despues de la política viene la fuerza que es su apéndice, pero que se le puede considerar independientemente de las causas que la comunican de ordinario. En nada se empeña

(1) S. Mateo, Cap. 22. ver. 21.

mas Jesucristo que en disuadir á sus discípulos de atenerse á la fuerza y hacer uso de ella. Los envía, dice, como corderos; les anuncia toda suerte de aficciones sin darles otro socorro, mas que la paciencia, la dulzura y la humildad. Si olvidados de sus lecciones, invocan el fuego del cielo sobre una ciudad que no los habia recibido los reprende por no conocer *de que espíritu son* (1) En el momento de su prision, cuando podria haberse defendido y cuando un apóstol saca la espada, Jesucristo le dice: *Mete tu espada en la vaina. El caliz que me dió el Padre no lo he de beber yo?* (2) Mientras otras doctrinas piden á la victoria su sancion, (insensatas no saben que la victoria es movable y la conciencia es inmutable) Jesucristo escoje la cruz por su estandarte, y protesta contra todos los triunfos de la fuerza por el triunfo de su suplicio.

Él desdeña igualmente la ciencia y la filosofia, estos medios mas nobles y mas verdaderos de producir la conviccion. Se rodea de barqueros en lugar de rodearse de sábios, y evitando aun la apariencia de una organizacion cientifica y filosófica de su doctrina, la comunica por medio de parábolas y de sentencias sueltas. Deja á sus discípulos y á su Iglesia el cuidado futuro de mezclarle razonamientos y de ordenar todas sus partes.

En fin, aun la habilidad mas vulgar parece serle desconocida: él hace de su muerte, del tiempo en que la fé de su divinidad habrá recibido de ella tan terrible golpe, y en que no existirá ya para sostener á los suyos, tiende digo, con su muerte un lazo á la fé de sus discípulos prometiéndoles que resucitará, y fundando la confirmacion de toda su vida en esta prueba que no puede terminar, no siendo Dios, sino por una innoble supercheria ó por un estrepitoso mentis.

Yo no conozco, Señores, otros medios humanos de fundar algo sobre la tierra, que los que acabo de analizar: la política.

(1) S. Lucas, Cap. 9 ver. 55.

(2) S. Juan, Cap. 18. ver. 11.

la fuerza, la ciencia, la filosofia, la habilidad. Jesucristo se ha abstenido de todos sin escepcion, y sin embargo no ha carecido una sola hora, un solo momento, de confianza en sí mismo, de certidumbre absoluta de sí. Este continuo abstenerse de medios humanos, es presisamente lo que prueba hasta el último grado su firmísima resolucion y la energia todo-poderosa de su voluntad. No obstante, nada se hace sin medios, sin instrumentos. ¿Cuál era pues el medio ó el instrumento de Jesucristo? ¡Ah! señores, cuál era? No lo veis? Era el mismo, su fuerza interior, la conversacion que tenia dentro de sí, la posesion segura de su esencia. Los hombres tiemblan porque se ven así mismos; Jesucristo no temblaba porque se veia también. Sabia que su palabra sencilla como era, era *el camino, la verdad y la vida*: (1) la sembraba en el corazon de todos los hombres como el labrador siembra el trigo. El labrador no necesita tampoco de la política, de la fuerza, de la ciencia, de la filosofia, de la habilidad: tiene el trigo, la tierra y el cielo; abre la mano y hecha la vida. Y mientras la política humana sigue su curso, mientras la fuerza combate con la fuerza, mientras la ciencia gasta á la ciencia, mientras la filosofia de hoy entierra á la filosofia de ayer, y que el hábil es cogido en sus propias redes, el trigo caido de la mano de Dios á la mano del hombre y de la mano del hombre al seno de la tierra, el trigo sembrado, crece, enverdece, madura, se le recoge, se le come y la humanidad vive! Así hacia Jesucristo: así hace todo el que cré firmemente tener de Dios la verdad; él vive con ella primeramente, en seguida la siembra, y el mundo, *que es el campo* (2), el mundo vive por la verdad á su vez.

Resumamos, Señores. He aquí el carácter de Jesucristo, tal como el Evangelio nos lo ha revelado: con relacion á la inteligencia, sublimidad continua: respecto al corazon, ternura esta é inefable: en cuanto á la voluntad, certidumbre absolu-

(1) San Juan, cap. 14, ver. 6.

(2) San Mateo, cap. 13, ver. 38.

ta de sí mismo. Ahora bien, este carácter es incompatible con el vicio innoble que no me atrevo ni aun á nombrar; tan lejos está de vuestro pensamiento. Jesucristo era sincero porque era un espíritu sublime; era sincero porque su corazón estaba abierto para todos los hombres como un santuario de ternura y de castidad; era sincero porque tenía la certidumbre absoluta de sí mismo, porque tenía fé en su palabra, porque creía en sí. Jesucristo, como el Evangelio, que no es otra cosa mas que él, Jesucristo era la sinceridad misma, y el encanto tan fuerte que se experimenta mirándolo y escuchándolo, proviene del esplendor de su fisonomía moral que pasa todo entero al exterior.

Y bien! me direis, Jesucristo era sincero, y qué mas? otros muchos lo han sido. Poco á poco, Señores, pensadlo bien. Jesucristo siendo sincero, creía lo que decía: él decía que era Dios; lo ha dicho á sus discípulos y á sus amigos, lo ha dicho al pueblo, lo ha dicho á la magistratura suprema de su país: ha sido sentenciado y ha muerto por esta afirmación: luego creía que era Dios. Mas no podía creerlo si no lo era, porque es imposible engañarse uno sobre un hecho de conciencia tal como el de su propia personalidad, á menos de estar loco; Jesucristo no estaba loco y era sincero: luego era Dios. Aquí por una escepcion que depende de la naturaleza misma de la cosa, la cuestion de sinceridad se confunde con la cuestion de la realidad. Y no es este un descubrimiento mio propio, no es una vana investigacion de mi espíritu. Hace mucho tiempo, Señores, que gravando el Evangelio en el entendimiento de los que lo leen atentamente, la sinceridad de su héroe, persuade de su divinidad sin otro argumento. Mientras la Iglesia católica, hija y esposa de Jesucristo, demuestra la divinidad de su fundador por la divinidad de su propio carácter, el Evangelio obrando de otra manera, prueba á los hijos de la Iglesia la divinidad del que la ha fundado. Y esta impresion es comun á edades bien diversas, á las tres edades del hombre, tan natural es ella y tan fundada está sobre la verdad.

A los doce años, en la flor de nuestra vida, se nos ha leído el Evangelio, se nos ha hablado de Jesucristo: su palabra nos ha parecido muy sencilla, muy dulce, muy amable; hemos creído en ella con la sencillez, la dulzura y la amabilidad de nuestra propia alma. Mas con demasiada frecuencia se disminuye esta primera impresion y aun se borra enteramente; la razon se engrandece con sus derechos reales, las preocupaciones del exterior penetran en nosotros, las pasiones del interior se enardecen al sol de nuestros años, y Jesucristo cae poco á poco del altar en que lo habian colocado nuestras primeras adoraciones. Este periodo dura algun tiempo. Los años pasan sobre nuestra cerviz, hasta el día en que la razon, hecha mas personal y mas fuerte, hace que nos avergonzemos de nuestra fé á lecciones sin autoridad, y en que nuestras mismas pasiones, ilustradas por su dominacion, nos impelen por laxitud á instintos de arreglo, de deber y del mas grande respeto hácia nosotros mismos. Es una hora bendita entre las otras, la hora en que entramos en el órden por la libertad misma, por aquella divina libertad de la juventud que la Providencia nos ha preparado y que ninguna ley puede arrebatarnos. Si cae entonces el Evangelio en nuestras manos y lo leemos por segunda vez, no es raro que Jesucristo nos afecte de nuevo, y con un imperio que no le disputaremos ya, porque nosotros mismos se lo hemos dado en una edad en que no hay otra cosa que alegue contra él mas que pasiones juzgadas é ignorancias vencidas. Esta segunda lectura del Evangelio, Señores, es la que hacemos juntos.

Hay otra lectura que podemos llamar tercera, menos feliz que las dos primeras, porque es mas tardía, pero que presta á Jesucristo el tributo del hombre en su madurez, y que ha producido confesiones dignas de eterna memoria. Mientras el siglo diez y ocho se complacia en ultrajar al hijo de Dios, se encuentra en el seno mismo de aquel colegio que lo atacaba, un hombre que no creía mas que los otros, un hombre tan célebre como los otros, mas célebre que todos, con escepcion de

uno solo, y que tuvo sobre ellos el privilegio de sentir impulsos sinceros. Dios lo quería así para no dejar su nombre sin testimonio entre aquellos mismos que trabajaban en destruir su reinado. Este hombre pues, en el colmo de su gloria, iniciado por el estudio en los siglos pasados, y por su vida en el siglo del que era un ornamento, tuvo que hablar de Jesucristo en una profesión de fé, en la que quería resumir todas las dudas y todas las certidumbres que sus meditaciones sobre las cosas religiosas habían dejado en su espíritu. Después de haber tratado de Dios de una manera digna, aunque confusa, habla del Evangelio y de Jesucristo. Allí, aquella alma fluctuante entre el error y la verdad, pierde repentinamente su perplejidad, y con una mano firme como la de un mártir, olvidando su época y olvidándose á sí mismo, el filósofo escribe la página de un teólogo, una página que debía ser el contrapeso de la blasfemia: *Destruid al infame*, y que termina con estas palabras que todas las bóvedas de la cristiandad repetirán hasta la última venida de Jesucristo: “Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.”

Podría creerse que la fuerza de esta confesión no sería eclesidada, ya se considere la capacidad del génio que la había escrito, ó la autoridad de su falta de creencia, la gloria de su nombre y las circunstancias del siglo que había sido condenado á sufrirla. Nada de esto, Sres. Otro hombre, otra elocuencia, otra gloria, otra incredulidad, otro siglo, otra confesión se han encontrado, y mas grandes todas estas cosas tomadas juntamente, si no es que lo sea también cada una tomada con separación, que el hombre, la elocuencia, la gloria, la incredulidad, el siglo y la confesión que acabáis de oír. Nuestra edad pues se abre con un hombre que ecseidió á todos sus contemporáneos, y que nosotros que hemos venido al mundo mas tarde, no hemos podido igualar. Conquistador, legislador, fundador de un imperio, tuvo un nombre y un pensamiento que están aun presentes en todas partes. Después de

haber ejecutado, sin pensarlo, la obra de Dios, desapareció concluida esta, y se ocultó como un astro apagado en las aguas profundas del Océano Atlántico. Allí sobre una roca gustaba recordar los sucesos de su vida, y remontándose á otros personajes con quienes tenía derecho de compararse, no pudo dejar de descubrir, sobre el teatro ilustre de que hacía parte, una figura mas grande que la suya. La contempla con frecuencia, porque la adversidad abre paso en el alma á rayos de luz que la prosperidad no discierne. La figura volvía siempre; fue preciso juzgarla. Una de las noches de aquel largo destierro que expiaba las faltas de lo pasado é iluminaba el rumbo del por venir, el conquistador decaído pregunta á uno de sus pocos compañeros de cautiverio, si podría decirle lo que era Jesucristo. El soldado se escusa; había tenido demasiado que hacer desde que estaba en el mundo para ocuparse de esta cuestión. “Qué! replicó dolorosamente el interlocutor, tú has sido bautizado en la Iglesia católica y no puedes decirme, á mí, sobre esta roca que nos devora, lo que era Jesucristo? Pues bien, yo te lo diré.” Y abriendo entonces el Evangelio, no con la mano, sino con un corazón lleno de su espíritu sublime, se pone á comparar á Jesucristo con él mismo y con todos los mas grandes hombres de la historia: observa las diferencias características que ponen á Jesucristo á parte de toda la humanidad, y después de un torrente de elocuencia que ningún Padre de la Iglesia hubiera desaprobado, terminó con estas palabras: “En fin, yo conozco á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre.”

Esta proposición. Señores, resume todo lo que yo he querido decir de la vida interior de Jesucristo, y la impresión que experimenta tarde ó temprano todo hombre que lee el Evangelio conciensudamente. Vosotros que sois jóvenes todavía, vosotros vivireis; vosotros vereis á los sábios, á los literatos, á los príncipes y á sus ministros; vosotros presenciareis elevaciones y ruinas; hijos del tiempo, el tiempo os iniciará en los secretos del hombre, y cuando los conozcais, cuando ten-

gais la medida de lo que es humano, un dia quizá, descendiendo de las alturas á que aspirais, direis á vuestro turno; Yo conozco á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre.

Un dia tambien gravará la Francia estas palabras sobre la tumba de su gran capitan, y brillarán allí con un esplendor mas inmortal que el sol de las Pirámides y de Austerlitz.

CONFERENCIA

TRIGÉSIMA OCTAVA. DEL PODER PÚBLICO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Sres.—Jesucristo nos ha dado su palabra de que era Dios: él ha probado la sinceridad de su palabra por su carácter: luego era Dios. Pero es esta toda la prueba de su divinidad? Sin duda, la palabra, es decir la afirmacion de sí mismo es la primera manifestacion de los seres dotados de inteligencia; sin duda, el carácter, es decir la espresion de sí mismo por la fisonomía moral, es la segunda manifestacion natural de los propios seres; pero esto es todo? no hay nada mas allá? Y aun cuando bastase esta demostracion para las relaciones vulgares que los hombres tienen entre sí, seria ella suficiente cuando se trata de las comunicaciones de Dios para con los hombres? No, evidentemente no. Porque en fin, es necesaria cierta penetracion para juzgar del carácter de una persona, se necesita tambien tiempo; en un día no se descubre por entero una fisonomía moral, y cuando Dios aparece, Sres., cuando hace tanto como venir al mundo, es manifesto que á la primera vez debe haber en su aparicion alguna cosa que escluya la duda, que escluya el debate, que escluya el tiempo, que es-

cluya aun la ciencia, alguna cosa que sea capaz de reconocerse por todos y al instante, alguna cosa, en una palabra, que sea el poder público de Dios y revele infaliblemente su presencia y su accion. Así como ecsiste para la soberanía temporal una espresion cierta de su magestad, así tambien debe haber para Dios un modo eminente y propio de él, por el cual, llegando á mostrarse, toda inteligencia, á menos de una rebeldía insensata, se doblegue y diga: él es. Cuál es este modo de manifestacion que yo he llamado el poder público de Dios? En qué consite? Jesucristo lo ha poseido? Cuáles son las objeciones á que da lugar y la respuesta que las destruye? Tal es, Sres., el vasto campo que vamos á recorrer el dia de hoy.

Ningun ser puede manifestarse sino por los elementos que contiene en sí y que constituyen su naturaleza. Ahora, todo ser, sea el que fuere, no contiene sino tres elementos, la sustancia, la fuerza y la ley: la sustancia que es lo esencial del ser, la fuerza que es su actividad, la ley que es la medida de su accion. Si echamos una mirada sobre el último de los seres, sobre el ser tan próximo de la nada cuanto sea posible, encontraremos en él estos tres elementos. Así el átomo tiene una sustancia, una cosa que se sostiene, que se mueve, una cosa que no podemos analizar, pero que hemos llamado con un nombre misterioso, que quiere decir lo que está debajo y que sostiene todo lo que está encima. El átomo tiene una fuerza de resistencia: para quitarlo de su lugar se necesita un movimiento, por ligero que sea, y sin este movimiento él permanecerá allí. Tiene una fuerza de cohesion por la cual sus partes se mantienen juntas, una fuerza de afinidad por la que atrae hácia él otros átomos, porque esa es su vocacion, como la vuestra es engrandeceros. Tiene una fuerza pasiva por la cual recibe la luz, el calor y todos los fluidos de que su vida oscura, pero sábia y profunda, tiene necesidad. En fin, su sustancia y su fuerza están arregladas por una ley; él no está solo en el mundo, está ligado con otros seres, sufre influencias como se sufre la suya; tiene una medida en su accion, como los otros tienen una medida en su accion sobre él. Sustancia, fuerzas,

gais la medida de lo que es humano, un dia quizá, descendiendo de las alturas á que aspirais, direis á vuestro turno; Yo conozco á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre.

Un dia tambien gravará la Francia estas palabras sobre la tumba de su gran capitan, y brillarán allí con un esplendor mas inmortal que el sol de las Pirámides y de Austerlitz.

CONFERENCIA

TRIGÉSIMA OCTAVA. DEL PODER PÚBLICO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Sres.—Jesucristo nos ha dado su palabra de que era Dios: él ha probado la sinceridad de su palabra por su carácter: luego era Dios. Pero es esta toda la prueba de su divinidad? Sin duda, la palabra, es decir la afirmacion de sí mismo es la primera manifestacion de los seres dotados de inteligencia; sin duda, el carácter, es decir la espresion de sí mismo por la fisonomía moral, es la segunda manifestacion natural de los propios seres; pero esto es todo? no hay nada mas allá? Y aun cuando bastase esta demostracion para las relaciones vulgares que los hombres tienen entre sí, seria ella suficiente cuando se trata de las comunicaciones de Dios para con los hombres? No, evidentemente no. Porque en fin, es necesaria cierta penetracion para juzgar del carácter de una persona, se necesita tambien tiempo; en un día no se descubre por entero una fisonomía moral, y cuando Dios aparece, Sres., cuando hace tanto como venir al mundo, es manifiesto que á la primera vez debe haber en su aparicion alguna cosa que escluya la duda, que escluya el debate, que escluya el tiempo, que es-

cluya aun la ciencia, alguna cosa que sea capaz de reconocerse por todos y al instante, alguna cosa, en una palabra, que sea el poder público de Dios y revele infaliblemente su presencia y su accion. Así como ecsiste para la soberanía temporal una espresion cierta de su magestad, así tambien debe haber para Dios un modo eminente y propio de él, por el cual, llegando á mostrarse, toda inteligencia, á menos de una rebeldía insensata, se doblegue y diga: él es. Cuál es este modo de manifestacion que yo he llamado el poder público de Dios? En qué consite? Jesucristo lo ha poseido? Cuáles son las objeciones á que da lugar y la respuesta que las destruye? Tal es, Sres., el vasto campo que vamos á recorrer el dia de hoy.

Ningun ser puede manifestarse sino por los elementos que contiene en sí y que constituyen su naturaleza. Ahora, todo ser, sea el que fuere, no contiene sino tres elementos, la sustancia, la fuerza y la ley: la sustancia que es lo esencial del ser, la fuerza que es su actividad, la ley que es la medida de su accion. Si echamos una mirada sobre el último de los seres, sobre el ser tan próximo de la nada cuanto sea posible, encontraremos en él estos tres elementos. Así el átomo tiene una sustancia, una cosa que se sostiene, que se mueve, una cosa que no podemos analizar, pero que hemos llamado con un nombre misterioso, que quiere decir lo que está debajo y que sostiene todo lo que está encima. El átomo tiene una fuerza de resistencia: para quitarlo de su lugar se necesita un movimiento, por ligero que sea, y sin este movimiento él permanecerá allí. Tiene una fuerza de cohesion por la cual sus partes se mantienen juntas, una fuerza de afinidad por la que atrae hácia él otros átomos, porque esa es su vocacion, como la vuestra es engrandeceros. Tiene una fuerza pasiva por la cual recibe la luz, el calor y todos los fluidos de que su vida oscura, pero sábia y profunda, tiene necesidad. En fin, su sustancia y su fuerza están arregladas por una ley; él no está solo en el mundo, está ligado con otros seres, sufre influencias como se sufre la suya; tiene una medida en su accion, como los otros tienen una medida en su accion sobre él. Sustancia, fuerzas,

ley, todo esto está en un átomo y todo esto está en Dios que es el padre del átomo. Dios es la plenitud de la sustancia, la plenitud de la fuerza, la plenitud de la ley; él es la sustancia infinita, la fuerza absoluta, la ley eterna. Es aun mas que esto: es el centro de todas las sustancias, que él ha creado y que conserva: el centro de todas las fuerzas que parten de él y vuelven á él: el centro de todas las leyes, de las que es el principio, la sancion y la magestad.

Siendo así constituidos los seres desde el átomo hasta Dios, todo ser puede manifestarse triplemente, por su sustancia, por su fuerza ó por su ley. Por su sustancia: como los cuerpos aparecen á nuestra vista; por su fuerza: como el alma se revela á nosotros; por su ley: como los astros, aun invisibles, se hacen presentir por el astrónomo con ayuda del movimiento general que los gobierna, teniéndolos ó arrebatándolos lejos de nuestras miradas. Y por consiguiente Dios mismo puede manifestarse como sustancia, como fuerza y como ley, como centro de todas las sustancias, de todas las fuerzas y de todas las leyes. Porque si un átomo está en la posesion magnífica de revelarse, si desde el fondo de su polvo y de su nada, hiere nuestros ojos, entra en nuestras academias, solicita nuestros debates, agota durante siglos nuestra ciencia, cuanto mas tendrá Dios el derecho y el poder de mostrarse? Un ser que no se muestra es como si no existiese. Porque la vocacion de todos los seres, sin escepcion, es aparecer, figurar en un teatro y obrar, y así como no se obra sin manifestarse, así tambien manifestarse es vivir. Y si Dios es la vida, él no está evidentemente ocupado sino en una cosa, que es manifestarse, iluminar, conquistar, en una palabra, ser en todas partes lo que es, el rey de las sustancias, el rey de las fuerzas, el rey de las leyes.

Es verdad que al presente nos oculta su sustancia, pudiendo decir con el profeta: *Vos sois verdaderamente un Dios escondido* (1) Pero si no nos permite en la tierra la vision directa de

(1) Isaias. Cap. 45. ver. 15,

sí mismo, no es por impotencia ni por capricho, sino por consideracion á nuestra libertad y por el comercio que quiere mantener con nosotros. Si desde un principio hubiéramos visto su sustancia, el esplendor irresistible de esta manifestacion habria arrebatado á nuestra alma sus libres movimientos; ella habria adorado á Dios necesariamente, siendo así que la adoracion que Dios quiere y que tiene el derecho de querer, es una adoracion libre y de amor que salga de nuestro corazon y que enternezca el suyo. Era pues necesario que Dios se manifestase sin deslumbrarnos y sin hacernos esclavos de su belleza; era necesario, por decirlo así, que loviésemos sin verlo, que estuviésemos ciertos de su presencia, sin ser oprimidos por ella, y por esto nos ha ocultado su sustancia dejándonos toda su luz, como el sol cuando aparece entre nublados que disminuyen su esplendor, quedando él siempre visible en medio del cielo.

Si la manifestacion de Dios por su sustancia habria sido demasiado fuerte para nuestra libertad, hay otro inconveniente en que no se manifestase sino por su ley. La ley de Dios es la verdad, es decir el conjunto de todas las relaciones necesarias y posibles, de todas las relaciones increadas y de todas las relaciones creadas. Revelándonos la verdad, se nos revela Dios mismo, pero bajo una forma que nos permite facilmente desconocerlo, porque separamos la verdad del fondo vivo que la sostiene, y porque hacemos de ella una especie de creacion y de ídolo de nuestro espíritu, ó bien aun porque no pudiendo en ciertos casos acatarla como el prodneto de nuestra inteligencia, la rechazamos como una cosa indiferente que nos ofende y nos engaña. No hay duda en que Dios puede elevar la verdad hasta la profecía, anunciando de lejos las relaciones que se establecerán con el trascurso del tiempo, entre cosas é imperios cuyo nombre no ecsiste todavia; mas la profecía necesita tiempo para cumplirse y verificarse; hasta el último momento ella queda suspensa en la historia como un sueño indigno de nuestra atencion, y si se refiere á acontecimientos demasiado cercanos pierde su fuerza perdiendo su anterioridad. Aun en el estado profético, la verdad no podria pues ser el signo instantá-

neo de la presencia divina: de esta suerte, mientras que la manifestacion de Dios por su sustancia seria demasiado absoluta, la que nos da de sí por su ley, es decir por la verdad, es demasiado débil para convencernos inmediatamente.

Resta á Dios la fuerza para revelarse con un esplendor que no dé ni un exeso de luz, ni una claridad demasiado escasa.

Mas la fuerza misma, Dios la posee y puede ejercerla en tres ordenes diferentes, en el orden fisico, que contiene todos los reinos de la naturaleza, en el orden moral, que es el conjunto de las cosas del alma, en el orden social que comprende el alma y el cuerpo del hombre, colocados bajo las leyes de la unidad. Ahora, Dios ha aplicado visiblemente su fuerza por Jesucristo á los dos últimos ordenes, es decir al alma y á la sociedad, como lo hemos visto en nuestras conferencias anteriores, cuando tratamos de las virtudes reservadas á la accion de la doctrina católica, y de los efectos sociales producidos por esa misma doctrina, hija de Jesucristo. Sin embargo, este signo de divinidad no podia ser la aureola inmediata y repentina de Jesucristo, cuando apareciendo por la primera vez en medio de los hombres, tenia que presentarles sus credenciales á nombre del padre de quien se decia el único y augusto hijo. La conversion del alma, su elevacion á las mas inaccesibles virtudes exigen tiempo y la cooperacion del hombre mismo; la fundacion de una sociedad visible, dotada de los privilegios de la unidad, de la univesalidad, de la estabilidad, de la santidad, exige un tiempo mas grande todavia, y la cooperacion de una multitud innumerable de hombres diseminados en diversos tiempos y lugares. Dios no cria una sociedad de un dia para otro; no convierte una alma de un dia para otro; y cuando por ventura hace este último prodigio, el que ha sido el objeto de este mismo prodigio, el que tiene de él una íntima conviccion, no llega á ser de luego á luego una antorcha que alumbre al mundo con el espectáculo de su virtud. La obra misteriosa de Dios permanece invisible mucho tiempo: el escogido del Señor oculta como S. Pablo, la gracia divina en el seno del desierto, y aun cuando pa-

ra él se convirtiera el desterto mismo en la multitud, los hombres pasarian dias enteros al lado de aquella alma trasfigurada antes de reconocer en ella los signos de la regeneracion divina.

Qué modo eminente de manifestacion, Sres., le queda pues á Dios? Cuál será su tipo característico é inimitable? Cuál el relieve público de su fisonomia en el espacio y en el tiempo? Le queda su fuerza fisica, ó en otros términos, su soberania sobre la naturaleza, soberanía que no encuentra en la materia y en el orden que son su teatro, ninguna libertad que respetar, y por consiguiente ninguna cooperacion que solicitar y aguardar, sino solamente una inmensa energía cuya sumision instantánea anuncia el dueño del cielo y de la tierra á todo hombre que no teme encontrar á Dios. Lo peculiar de este acto soberano, es no exigir en el espectador ni estudios, ni ciencia, ni preparativo alguno que requiera tiempo ó esplicacion, sino solamente buena fé. Él es tan extraño á todos los procedimientos humanos, que produce á lo menos la confusion si no produce la conviccion, y que el rebelde no tiene mas que el silencio contra la esclamacion del hombre recto: *Digitus Dei est hic!* (1) Asi es que las lenguas humanas, órganos misteriosos de la verdad, han dado un nombre singular al acto por el cual Dios ejerce su soberanía sobre la naturaleza y manifiesta instantáneamente su presencia á los hombres; ellas lo han llamado *milagro*, es decir el acto admirable por excelencia, el acto que constituye el poder público de Dios.

Pero Jesucristo lleva sobre su frente este signo de la fuerza absoluta? Ha hecho milagros? Ha ejercido el poder público de Dios?

Un dia Juan Bautista manda á sus discípulos para preguntarle: *Eres tú el que debe venir ó bien será necesario que esperemos á otro?* Jesucristo les responde: *Id y anunciad á Juan lo que habeis oído y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muer-*

(1) Exodo. Cap. 8. ver. 19.

tos resucitan, á los pobres es anunciado el Evangelio. (1) Es decir que Jesucristo, aquel hombre en quien hemos reconocido el mas admirable carácter que haya señalado la historia, no teme dar por prueba de su mision y de su divinidad toda una serie de hechos milagrosos obrados por él. Y en efecto, de un extremo á otro de sus páginas, el Evangelio es un tejido de palabras sencillas que penetran hasta el fondo del alma y de palabras prodigiosas que trastornan la naturaleza hasta en sus fundamentos. En vano se quiere separarlas y ver dos obras en una sola obra, el Evangelio resiste este análisis que pretende estraer de su seno la sustancia moral con menosprecio de la sustancia milagrosa, arrebatár al taumaturgo el apoyo del sabio, y al sabio el apoyo del taumaturgo. Ambas se mantienen estrechamente unidas contra los sutiles esfuerzos de la incredulidad; la doctrina apoya el milagro, el milagro justifica la doctrina, y el Evangelio recorre el mundo con un carácter invencible de unidad que no sufre ni obtiene para Jesucristo sino un odio absoluto, ó una total adoracion.

Esta unidad, para quien reflexiona con algun cuidado, es por sí sola una demostracion. Con todo, pasmada la incedulidad de no poder dividir á Jesucristo, varía de medios y pregunta con ansiedad: Es pues cierto que Jesucristo ha dado vista á los ciegos, que ha hecho andar á los cojos, que ha vuelto la salud á los leprosos, el oido á los sordos y la vida á los muertos? Es verdad que ha obrado como Señor de la naturaleza, y que diariamente, á los ojos del pueblo, á la luz del sol, su dedo creador ha probado que una virtud divina residia en él? Será verdad todo esto? No hay una horrible mentira ingerida en la sinceridad de aquella vida?

Señores, el Evangelio es de un tiempo histórico; es una historia. Lo milagros de Jesucristo han tenido su verificativo en las plazas públicas, á presencia de una multitud innumerable de hombres de diversas condiciones, delante de enemigos numerosos y encarnizados. Ellos eran la base de una ense-

(1) S. Lucas. Cap. 7. vers. 20 y 22.

ñanza que dividia todo un país, y que bien pronto dividió el universo. Si á pesar del carácter de veracidad que hace del Evangelio un libro á parte, sospechais de su testimonio, como si fuese la obra de los que creían en Jesucristo, no podeis, por una razon contraria, sospechar de las relaciones y de las impresiones de los que no creían en el nuevo maestro, y que perseguian en todo el mundo á sus discípulos, sus doctrinas y hasta su nombre. Un debate público se habia empeñado; un hombre se habia llamado Dios; él habia muerto por haberlo dicho; su nacion, dividida sobre su tumba, protestaba una parte contra su sangre, y la otra invocaba esa misma sangre derramada, que encontraba adoradores por todas partes. Habia en esto un interes supremo y una suprema publicidad. Ahora, la publicidad es un poder que estrecha á los enemigos de una causa á pronunciarse abiertamente, y á concurrir, mal de su grado, á la formacion auténtica de una historia que detestan y que querrian anonadar. Vano esfuerzo, la publicidad los oprime: es necesario que hablen, y que, aun calumniando, digan bastante claro la verdad para que ya no pueda perecer. Esto es, Señores, lo que salva la historia. No hay cosa en el mundo en que se ponga mas cuidado: los opresores de los pueblos y los opresores de Dios, en nada trabajan mas ardientemente como en impedir que exista la historia; apelan para sofocarla, al silencio de los cuatro vientos del cielo; encierran su victima en los muros estrechos y profundos de los calabozos; ponen al rededor cañones, lanzas, todos los aparatos del amago y del terror; mas la publicidad es mas fuerte que todo imperio; ella arrastra áun á los mismos que la execran tanto: ella los obliga á hablar; los cañones se desvian, las lanzas se abaten y la historia queda en pie!

Así ha pasado, Señores, la historia de los milagros de Jesucristo. Ha pasado por en medio de sus enemigos mismos, por en medio de los fariseos que habian crucificado á Jesucristo, por en medio de los racionalistas paganos que crucificaban su

memoria. Era necesario que los judíos decidieran, ante una publicidad que llenaba la tierra, se explicasen sobre la vida milagrosa de Jesucristo: era necesario que pronunciasen un sí ó un no, y el no, no han osado decirlo, porque nadie en el mundo, desde que él habla, puede proferir una mentira absoluta sobre hechos públicos. La mentira absoluta no es posible en el orden de la historia, como el error absoluto no es posible en el orden de la especulación. Los judíos han desnaturalizado los milagros de Jesucristo, no los han negado. Han escrito que Jesucristo se había robado en el templo el nombre incommunicable de Dios, y que con ayuda de este nombre soberano mandaba á la naturaleza. Esta explicación está consignada en los monumentos más serios de su tradición, y esto es todo lo que han podido contra la memoria acusadora de Jesucristo, contra esa sangre de que todo el universo les hacía cargo y les hace todavía. Mas qué otra cosa podían hacer? La publicidad domina á los hombres que han sido testigos de vista: ella se cambia en tradición sobre su tumba, y los persigue de edad en edad, de justicia en justicia, hasta su última posteridad.

Los racionalistas paganos han venido á su vez á comentar la historia de Jesucristo. Es verdad que no habían tenido parte en su suplicio, no era su sangre la que los horrorizaba; pero con su sangre había Jesucristo derramado por el mundo una verdad que anonadaba la razón de los sabios: podían los sabios perdonarle? Ellos, pues, tuvieron también que dar de su vida un texto crítico, y se sirvieron para apocarla, de todos los recursos que podían presentar las tradiciones y las discusiones de su tiempo. Qué han dicho de los milagros de Jesucristo? Qué dice de ellos Celso, Porfirio, Juliano, hombres por siempre ilustres por haber sido, desde los primeros siglos de la era cristiana, los heraldos del hijo de Dios en los oficios incomparables de la enemistad? Han negado que Jesucristo haya hecho obras maravillosas en apoyo de su doctrina? Ni ellos, ni los judíos lo han negado; solamente han hecho de él un hábil mágico. Porqué un mágico y no un sa-

bio? Qué necesidad había de tan estraña expresión? La historia existía, Señores, y se podían desnaturalizar los milagros de Jesucristo, pero no negarlos.

Queda pues sentado, por el testimonio mismo de los enemigos de Cristo, que su predicación ha sido acompañada de prodigios sobrehumanos. Mas no debemos separar estos motivos exteriores de fé, por graves que sean, del carácter íntimo del Evangelio y de Jesucristo. Todo se liga en un edificio, desde la base hasta la cima. Si Jesucristo ha sido de una naturaleza sincera, como lo hemos demostrado, de una naturaleza caracterizada con el rasgo de una superioridad divina, su sinceridad y su superioridad producen la confianza sobre sus milagros, como sobre las afirmaciones puras que ha hecho de sí. Si Jesucristo no ha mentido diciendo que era Dios, con más fuerte razón no ha mentido obrando como Dios. Porque es más vergonzoso, más contrario á la sinceridad obrar prestigios, es decir, (perdonadme la expresión, mas esta misma expresión por su fuerza, manifiesta el desprecio de la humanidad por los prestigios,) es más vergonzoso, digo, ser un juglar que ser un impostor. El impostor no emplea más de su palabra para engañar; el juglar agrega á ella viles manipulaciones destinadas á deslumbrar los ojos de espectadores ignorantes. Esto es mentira sobre mentira, indignidad sobre indignidad. Y por esto las lenguas humanas, hábiles para espresar el desprecio, han criado el odioso nombre de juglar para designar á todo hombre que tiene la audacia de llamar al prestigio en socorro de la impostura.

La superioridad de Jesucristo no es menos favorable á la realidad de sus milagros, que su sinceridad. Ningun hombre grave y profundo usará jamás de prestigios para apoyar una enseñanza doctrinal. Porque qué cosa es el prestigio? Es el empleo de una fuerza desconocida á la ciencia del tiempo en que se vive. Mas la ciencia no tarda en venir, ausente un momento, ella es inevitable en el curso de la humanidad; un

dia se alza radiante y volviendo su luz investigadora sobre lo pasado, juzga de todo, pesa todo, examina todo, y mientras que da á las obras verdaderas del genio ó de la divinidad su última sancion, reduce á polvo las pueriles prácticas que habían sorprendido la buena fé de generaciones inespertas. Así es que nada grande se ha fundado en la tierra sobre el prestigio; toda obra de alguna fuerza y dignidad, aun cuando no esté del todo esenta de mentira, ha tomado en alguna cosa antigua y verdadera su porcion de solidez. Mahoma es de esto un memorable ejemplo. Autor de una revolucion religiosa en un pais que no estaba ilustrado por la ciencia, ha empleado para el triunfo de sus doctrinas, todos los medios humanos, fuera del prestigio, porque el prestigio no es un medio humano. Acabo de leer el Alcoran todo entero. A cada veinte páginas, Mahoma se propone la cuestion de los milagros; se objeta ó se le objeta que no los hace, ni una sola vez se atreve á decir que los ha hecho ó que los hará. Elude constantemente la cuestion: invoca á Abraham, á Moises, á todos los patriarcas, cita tal pasage de su vida en que Dios lo ha protegido, tal victoria que ha coronado sus armas y justificado su doctrina: afirma siempre que Dios es Dios y que Mahoma es su profeta: he aquí todo. Y no es una pequeña muestra de su habilidad y aun de su ingenio, ese desprecio del prestigio y la firmeza que manifiesta respecto de las ideas de providencia, y respecto de los recuerdos tradicionales.

Y quereis que Jesucristo, el autor del Evangelio, haya descendido á las mas viles imitaciones de la omnipotencia de Dios, que haya pasado el tiempo de su mision pública engañando á sus contemporáneos con simulacros tan vergonzosos como impotentes! Quereis que tan miserables arterías hayan producido la conquista de tantas convicciones, conquista la mas maravillosa que se haya operado en el género humano! Esto no es posible. El sentido comun habla tan alto, como la historia contra semejante suposicion. La vida pública de Jesucristo corresponde á su vida interior, y su vida interior confirma su vi-

da pública. Él se ha llamado Dios, él ha creido que es Dios, él ha obrado como Dios, y precisamente porque esta posicion es de una fuerza admirable, ha sido necesario tentar contra ella los últimos esfuerzos; la historia, como el buen sentido habla demasiado alto en favor de Jesucristo, y ha sido necesario recurrir á la metafísica y á la física para arrancarle, al menos, el cetro de los milagros. Veamos si se ha conseguido.

Se nos han dicho dos cosas. Primero: Jesucristo no ha hecho milagros, porque es imposible hacerlos. Segundo: importa poco que Jesucristo haya hecho milagros, porque todo el mundo puede hacerlos, todo el mundo los ha hecho, todo el mundo los hace.

Primeramente Jesucristo no ha hecho milagros, porque es imposible hacerlos. Y por qué? Porque la naturaleza está sometida á leyes generales que hacen de su cuerpo una armoniosa y perfecta unidad en que cada parte corresponde al todo, de manera que violada en un solo punto, pereceria toda entera á la vez. El órden, aunque se deriva de Dios, no es una cosa arbitraria que se puede destruir ó cambiar cuando se quiere: el órden escluye el desórden necesariamente, y ningun desórden mas grande podria concebirse en la naturaleza, como la accion soberana que tuviese la facultad de romper sus leyes y su constitucion. El milagro es imposible bajo estos dos puntos de vista: imposible como desórden: imposible porque una violacion parcial de la naturaleza seria el aniquilamiento de ella.

Es decir, Señores, que es imposible á Dios manifestarse por la accion única que anuncia pública é instantáneamente su presencia, por un acto de soberanía. Mientras que el último de los seres tiene derecho de hacerse conocer en el seno de la naturaleza por el ejercicio de la fuerza que le es propia; mientras que el grano de arena, llamado al crisol de un químico responde á sus interrogaciones por signos característicos que lo clasifican en los registros de la ciencia, á Dios solo le será prohibido el manifestar su fuerza en la me-

didá personal que lo distingue y que hace de él un ser á parte! No solamente no se habrá Dios manifestado, sino que le será imposible para siempre el manifestarse, en virtud misma del orden de que es creador: Obrar es vivir, mostrarse es vivir, comunicarse es vivir; pero Dios no puede obrar, dejarse ver, comunicarse, esto le está prohibido. Confinado en el fondo de su eternidad, sorda y oscura, si lo interrogamos, si le suplicamos, si clamamos á él, no puede respondernos, suponiendo que pueda respondernos, mas que esto: "Qué queréis! Yo he dado leyes; pedid al sol y á las estrellas, pedid al mar y á las arenas de sus riberas; en cuanto á mí, mi destino está cumplido, yo estoy en una completa quietud y no soy mas que el servidor contemplativo de las obras de mi diestra."

Ah! Señores, no es así como hasta ahora la humanidad entera ha comprendido á Dios. Ella lo ha comprendido como un ser libre y soberano; y aunque no haya tenido siempre un conocimiento exacto de su naturaleza, á lo menos, jamas le ha negado el poder y la bondad. Siempre y en todas partes, segura de estos dos atributos de su padre celestial, ha hecho subir hácia él su inestinguible súplica; ella le ha pedido todo y le pide diariamente de rodillas, la luz del espíritu, la rectitud del corazón, la salud del cuerpo, la cesacion de los males que la afligen, la victoria en la guerra, la prosperidad en la paz, la satisfaccion de toda necesidad en los cielos y en la tierra.

Hay aquí alguna pobre muger que apenas oye lo que digo. Esta mañana de rodillas á la cabecera de su hijo enfermo, abandonada de todos y no teniendo pan para pasar el dia, ha cruzado sus manos y ha ocurrido al que hace madurar el trigo y que cria la caridad; ella le ha dicho: "Señor socorredme, daos prisa á socorrerme." Y en el momento mismo en que yo hablo, innumerables voces se elevan hácia Dios de todos los puntos de la tierra para pedirle cosas en que la naturaleza sola nada puede y respecto de las cuales, esas almas es-

tán persuadidas de que Dios lo puede todo. Quién pues se engaña aquí? Quién se engaña, el metafísico ó el género humano? Y cómo es que la naturaleza, nos induce á menospreciarla á ella misma y á confiar en Dios? Porque no es la ciencia la que nos enseña á orar; nosotros oramos apesar de la ciencia, y como no hay en el universo otra cosa mas que ciencia, naturaleza y Dios, si oramos á despecho de la ciencia, es necesario que la naturaleza ó Dios sea quien nos enseñe á orar y á creer con todo nuestro corazón en los milagros de la omnipotencia y de la bondad divina. Y por lo que hace á la naturaleza, que ella pierda ó que gane á consecuencia de esta elevacion ó atraccion del hombre hácia su criador, que ella deba perecer ó no, segun el sistema del sofista, cada vez que Dios la toque con su dedo omnipotente, esto debe ser para nosotros el último de nuestros cuidados. Sin embargo, por consideracion á cierta clase de entendimientos, yo probaré que el milagro no destruye, como se pretende, el orden natural.

La naturaleza, como lo he dicho ya, se reduce á tres elementos: las sustancias, las fuerzas y las leyes. Las sustancias son esencialmente variables, cambian de forma, de peso, se combinan y se separan á cada momento. Las fuerzas lo son tambien; aumentan y disminuyen, se acumulan ó se desunen. Solo son inmutables las leyes matemáticas que gobiernan á la vez á las fuerzas y á las sustancias, y de las que depende todo el orden del universo. La movilidad de las fuerzas y de las sustancias, difunde el movimiento y la vida en la naturaleza; la inmutabilidad de las leyes matemáticas, mantiene en ella un arreglo que no falla jamas. Sin las primeras, todo estaria muerto; sin las segundas, todo seria un caos. Bajo este supuesto, qué es lo que Dios hace cuando hace un milagro? Toca al principio del orden universal que es la ley matemática? No, Sres., nada de esto. La ley matemática pertenece á la region de las ideas, es decir, á la region de lo eterno y de lo absoluto; Dios no puede tocar á

ella porque sería tocar así mismo. Pero obra sobre las sustancias y sobre las fuerzas, sobre las sustancias que son creadas, sobre las fuerzas que tienen su origen en su suprema voluntad. Semejante á nosotros que, sometidos á las combinaciones generales de la naturaleza, sacamos no obstante de nuestra vitalidad íntima, movimientos contrarios en apariencia á las reglas de la pesantez, Dios obra en el universo como nosotros obramos sobre nuestro cuerpo. Él aplica donde conviene la fuerza que es necesaria para producir un movimiento escepcional: este es un milagro, porque él solo, en el depósito infinito de su voluntad, que es el centro de todas las fuerzas creadas y por crear, puede tomar bastantes elementos para obrar súbitamente hasta ese grado. Si le place detener el sol, para servirme de la espresion vulgar, opone á su fuerza de proyeccion, una fuerza que la contrabalancea, y que en virtud misma de la ley matemática produce el reposo. No le es mas difícil detener el movimiento total del universo.

Lo mismo sucede con los otros milagros; esta es una cuestion de fuerza, cuyo uso, lejos de herir el órden fisico, lo que sería muy poca cosa, contribuye á él, y ademas mantiene sobre la tierra el órden moral y religioso, sin los cuales no existiría el órden fisico.

Destruida esta objecion, Señores, démonos prisa á contestar la segunda. Se nos ha dicho que el milagro no prueba nada, porque todas las doctrinas han tenido milagros en su favor, y porque con ayuda de cierta ciencia oculta, es fácil hacerlos.

Yo niego resueltamente que haya alguna doctrina histórica, es decir, fundada á la luz de la historia por hombres auténticamente conocidos, que posea por base hechos milagrosos. Por lo que hace al tiempo presente, no tenemos de esto un solo ejemplo; nadie á nuestra vista entre tantos institutores del género humano cuyo espectáculo se nos presenta diariamente, ha osado prometernos el ejercicio de un poder superior al poder vulgar de que disponemos nosotros mismos. Ninguno de nuestros contemporáneos se ha

presentado en las plazas públicas curando ciegos y resucitando muertos. La estravagancia no se ha mostrado sino en las ideas y en el estilo, ella no ha ido mas lejos. Retrocediendo del presente siglo hasta Jesucristo, nadie en la innumerable multitud de heresiarcas famosos, ha podido lisonjearse de mandar á la naturaleza y de poner bajo la proteccion del milagro las inspiraciones del orgullo sublevado. Mahoma, herege é infiel á la vez, no lo ha intentado tampoco; ya lo he dicho y el Alcoran lo dirá mejor á quien quiera tomarse el trabajo de leer ese plagio de la Biblia, hecho por un discípulo de retórica de la Meca. Mas allá de Jesucristo, en los siglos á que alcanza la historia, que queda, dejando á un lado á Moises y á los profetas, es decir á los mismos antepasados de Jesucristo? Tomarémolos en consideracion algunos hechos singulares de la Grecia y de Roma? Hablarémolos de aquel agorero que cortó, segun Tito-Libio, una piedra con una nabaja de afeitar, ó bien de aquella vestal que hizo mover un navio tirando de él con una cuerda atada á su cintura, ó del ciego curado por Vespaciano al ser elevado al imperio? (1) Estos hechos, como quiera que sean, son hechos aislados y no sirven de base á ninguna doctrina; no han provocado en el mundo ningun debate, y nada han establecido; no son hechos doctrinales. Ahora, aquí se trata de milagros fundadores de doctrinas religiosas, únicos de que debamos ocuparnos; porque evidentemente, si Dios se manifiesta por actos de soberanía, esto debe ser por una gran causa, digna de él y digna de nosotros, es decir, por una causa en que se trate de los destinos eternos de la humanidad. Esto es lo que pone fuera de discusion todos los hechos aislados, tales como los referidos en la vida de Apolonio de Thyana.

Este personaje es del primer siglo de la era cristiana, y su vida ha sido escrita mucho mas tarde por un filósofo de A-

(1) Sobre la falsedad de tales milagros puede verse el *Tratado histórico y doctrinal de la verdadera religion de Bergier*, tomos 4.º y 5.º

lejandro llamado Philóstrato, que ha querido hacer de ella una imitación del Evangelio y de Apolonio mismo una copia de Jesucristo. De este diseño resultó una fisonomía muy singular y sumamente curiosa, pero esto es todo. Qué ha hecho doctrinalmente Apolonio de Thyana? En dónde están sus escritos, sus obras sociales, la huella de su paso sobre la tierra? Él ha muerto al otro día de su nacimiento. Aun cuando, en lugar de algunos hechos equívocos hubiera removido las montañas durante su vida, no sería esto más de una curiosidad literaria, un accidente, un hombre, nada.

En dónde están las doctrinas fundadas á la luz de la historia sobre hechos milagrosos? En qué parte de la historia se encuentra otro poder distinto del de Jesucristo, otros milagros que no sean los suyos, y los de los Santos que lo han adoptado por maestro y que han tomado en sus doctrinas la fuerza de continuar lo que él había comenzado? Nada aparece en el horizonte: Jesucristo queda solo, sus enemigos, cercándolo con un ataque inmortal, no pueden oponerle más que dudas; pero no pueden oponer un hecho igual á él ó siquiera análogo á él.

Pero á lo menos no existen en la naturaleza fuerzas ocultas que nos han sido descubiertas después, y de que Jesucristo se apoderaría en otro tiempo? Yo nombraré, Sres., esas fuerzas ocultas, á las que se hace alusión, las nombraré sin temor; se les llama fuerzas magnéticas. Yo podría desear embarazarme de ellas cómodamente, pues que la ciencia no las reconoce todavía y aun las proscribe. Sin embargo, quiero más bien obedecer á mi conciencia que á la ciencia. Invocáis pues vosotros las fuerzas magnéticas; en horabuena. Creo en ellas sincera y firmemente: creo que se han hecho constar sus efectos, aunque de una manera incompleta todavía y que lo será probablemente siempre, por hombres instruidos, sinceros y aun cristianos: creo que estos efectos en la generalidad de los casos, son puramente naturales; creo que el secreto de ellos no se ha perdido jamás sobre la tierra, que se ha transmitido de edad en edad, que ha dado lugar á una

multitud de acciones misteriosas cuya huella es fácil reconocer, y que en la actualidad solamente ha abandonado la oscuridad de las transmisiones subterráneas, porque el presente siglo ha sido marcado con el signo de la publicidad: yo creo todo esto. Si Sres., por una preparación divina contra el orgullo del materialismo, por un ataque á la ciencia, que data del tiempo más remoto á que se pueda llegar, Dios ha querido que existan en la naturaleza fuerzas irregulares, irreducibles á fórmulas precisas, casi incapaces de hacerse constar por los procedimientos científicos. Él lo ha querido á fin de probar á los hombres tranquilos en las tinieblas de los sentidos, que aun prescindiendo de la religión, quedan en nosotros visos de un orden superior, vislumbres espantosas del mundo invisible, una especie de crater por donde nuestra alma rompiendo por un momento los lazos terribles que la unen al cuerpo, vuela á los espacios que no puede sondear, de los que no conserva memoria, pero que le indican bastante que el orden presente oculta un orden futuro ante el cual el nuestro no es más que la nada.

Todo esto es cierto, yo lo creo; pero es cierto también que esas fuerzas oscuras están comprendidas en tales límites, que desde luego se advierte no haber en ellas soberanía alguna sobre el orden natural. Sumergido en un sueño facticio, el hombre ve al través de cuerpos opacos, á ciertas distancias; indica remedios propios para aliviar y aun para curar las enfermedades del cuerpo; parece saber cosas que no sabía, y que olvida al instante que despierta; ejerce por su voluntad un grande imperio sobre aquellos con quienes está en comunicación magnética: todo esto es penoso, trabajoso, todo está mezclado con incertidumbres y con humillaciones. Es un fenómeno de vision más bien que de operación, un fenómeno que pertenece al orden profético y no al orden milagroso. En ninguna parte se ha visto una curación súbita, un acto evidente de soberanía. Aun en el orden profético nada hay más miserable.

Parece que esta vision de un género extraordinario debería á lo menos revelarnos alguna cosa de ese porvenir que podría lla-

marse el porvenir presente. Nada de esto. Qué ha predicho el magnetismo despues de cincuenta años? Qué nos dice de lo que sucederá, no ya de aquí á mil años, no ya de aquí á pasado mañana, sino solo de lo que sucederá mañana por la mañana? Todos los que disponen de nuestros destinos están vivos; ellos hablan, ellos escriben, ellos ponen en movimiento resortes sensibles: y bien, que se nos diga el resultado cierto de su accion sobre un solo negocio público. Ah! el magnetismo que debería cambiar el mundo, no ha podido ni aun llegar á ser un instrumento de policía; confunde á la imaginacion tanto por su esterilidad cuanto por su estravagan-
cia. No es un principio, es una ruina. Asi, á las márgenes desoladas del Eufrates, en el lugar en que estuvo Babilonia y en donde se elevó aquel monumento famoso que debía llevar hasta el cielo, para hablar como Bossuet, el testimonio del antiguo poder de los hombres, el viajero encuentra restos heridos por el rayo y como sobrehumanos por su grandeza. Se inclina, toma en sus manos ávidas un ladrillo mutilado; discierne en él caractéres que fueron sin duda la escritura primitiva del género humano; mas en vano hace esfuerzos para leerla; el fracmento sagrado vuelve á caer de sus manos sobre el coloso calcinado por el fuego: no es ya mas de una teja quebrada, que menosprecia la curiosidad misma.

Yo miro á todas partes, Sres., y no veo mas que á Jesucristo.

No obstante, quizá me direis todavia: Si Jesucristo ha hecho milagros durante su vida y aun en los primeros tiempos de su Iglesia, por qué no los hace ahora? Por qué ya no hace milagros? Ah! Sres., él los hace aun diariamente; pero vosotros no los veis? Él los hace con menos prodigalidad, porque el milagro moral y social, el milagro que exigia tiempo está ya realizado y se halla á vuestra vista. Cuando Jesucristo ponía los fundamentos de su Iglesia, le era necesario obtener la fé respecto de una obra que no hacia mas que comenzar, hoy día está hecha aunque no acabada: vosotros la veis, la tocais, la comparais, la medis, vosotros juzgais si es obra humana. Pa-

ra qué, pues, ha de prodigar Dios el milagro con quien no ve el milagro? Para qué os habia yo de llevar, por ejemplo, á las montañas del Tirol, á que vieseis allí prodigios que cien mil de nuestros contemporáneos han visto hace quince años? Para qué he de tomar en la cantera una piedra cuando la Iglesia está edificada? El monumento de Dios está en pié: toda fuerza ha tocado á él: toda ciencia lo ha examinado: toda blasfemia lo ha maldecido; miradlo, él está ahí. Él está suspendido hace diez y ocho siglos entre el cielo y la tierra, como dice el conde de Maistre: si no lo veis, que es lo que habeis de ver? Los judios decian tambien á Jesucristo en una parábola célebre: *Resucitad á uno de los muertos.* Y Jesucristo les decía: *Si no creis á Moises y á los profetas tampoco creereis aun cuando alguno de los muertos resucitare.* (1) La Iglesia es Moises, la Iglesia ha existido en todos los profetas, la Iglesia es el milagro vivo: quien no ve á los vivos cómo ha de ver á los muertos?

CONFERENCIA

TRIGESIMA NONA.

DEL ESTABLECIMIENTO

DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Sea que consideremos la vida interior de Jesucristo ó bien su vida pública, él ha vivido como Dios. Pero vivir no es mas que el primer acto de la vida;

(1) S. Lucas. Cap. 16 ver. 31.

marse el porvenir presente. Nada de esto. Qué ha predicho el magnetismo despues de cincuenta años? Qué nos dice de lo que sucederá, no ya de aquí á mil años, no ya de aquí á pasado mañana, sino solo de lo que sucederá mañana por la mañana? Todos los que disponen de nuestros destinos están vivos; ellos hablan, ellos escriben, ellos ponen en movimiento resortes sensibles: y bien, que se nos diga el resultado cierto de su accion sobre un solo negocio público. Ah! el magnetismo que debería cambiar el mundo, no ha podido ni aun llegar á ser un instrumento de policía; confunde á la imaginacion tanto por su esterilidad cuanto por su estravagan-
cia. No es un principio, es una ruina. Asi, á las márgenes desoladas del Eufrates, en el lugar en que estuvo Babilonia y en donde se elevó aquel monumento famoso que debía llevar hasta el cielo, para hablar como Bossuet, el testimonio del antiguo poder de los hombres, el viajero encuentra restos heridos por el rayo y como sobrehumanos por su grandeza. Se inclina, toma en sus manos ávidas un ladrillo mutilado; discierne en él caractéres que fueron sin duda la escritura primitiva del género humano; mas en vano hace esfuerzos para leerla; el fracmento sagrado vuelve á caer de sus manos sobre el coloso calcinado por el fuego: no es ya mas de una teja quebrada, que menosprecia la curiosidad misma.

Yo miro á todas partes, Sres., y no veo mas que á Jesucristo.

No obstante, quizá me direis todavia: Si Jesucristo ha hecho milagros durante su vida y aun en los primeros tiempos de su Iglesia, por qué no los hace ahora? Por qué ya no hace milagros? Ah! Sres., él los hace aun diariamente; pero vosotros no los veis? Él los hace con menos prodigalidad, porque el milagro moral y social, el milagro que exigia tiempo está ya realizado y se halla á vuestra vista. Cuando Jesucristo ponía los fundamentos de su Iglesia, le era necesario obtener la fé respecto de una obra que no hacia mas que comenzar, hoy día está hecha aunque no acabada: vosotros la veis, la tocais, la comparais, la medis, vosotros juzgais si es obra humana. Pa-

ra qué, pues, ha de prodigar Dios el milagro con quien no ve el milagro? Para qué os habia yo de llevar, por ejemplo, á las montañas del Tirol, á que vieseis allí prodigios que cien mil de nuestros contemporáneos han visto hace quince años? Para qué he de tomar en la cantera una piedra cuando la Iglesia está edificada? El monumento de Dios está en pié: toda fuerza ha tocado á él: toda ciencia lo ha examinado: toda blasfemia lo ha maldecido; miradlo, él está ahí. Él está suspendido hace diez y ocho siglos entre el cielo y la tierra, como dice el conde de Maistre: si no lo veis, que es lo que habeis de ver? Los judios decian tambien á Jesucristo en una parábola célebre: *Resucitad á uno de los muertos.* Y Jesucristo les decia: *Si no creis á Moises y á los profetas tampoco creereis aun cuando alguno de los muertos resucitare.* (1) La Iglesia es Moises, la Iglesia ha existido en todos los profetas, la Iglesia es el milagro vivo: quien no ve á los vivos cómo ha de ver á los muertos?

CONFERENCIA

TRIGESIMA NONA.

DEL ESTABLECIMIENTO

DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Sea que consideremos la vida interior de Jesucristo ó bien su vida pública, él ha vivido como Dios. Pero vivir no es mas que el primer acto de la vida;

(1) S. Lucas. Cap. 16 ver. 31.

el segundo acto de la vida es sobrevivirse. Porque toda vida tiene un objeto, y el cumplimiento ó verificativo de este objeto es el que nos sirve para juzgar de aquella. Por consiguiente, no basta el haberos probado, aun con evidencia, que la vida interior de Jesucristo y su vida pública han tenido un carácter divino; pues que si esta vida no ha alcanzado su objeto, si no ha dejado algo tras de sí, sea cual fuere la opinion que por otra parte podamos formar, ella ha sido vana. Es necesario que Jesucristo, despues de haber vivido como Dios, se haya sobrevivido como Dios, si no, todo lo que podremos concluir de la desproporcion entre su vida y los efectos de su vida, es que ha sido la mas magnífica y la mas inesplicable nada que ha aparecido hasta ahora. Mas para sobrevivirse como Dios, qué ha debido hacer Jesucristo? Ninguna otra cosa mas que llenar el objeto de su vida, tal como lo habia públicamente anunciado y descrito, que era fundar aquí abajo el reino de Dios. *Y despues que Juan fué preso, dice el evangelista San Marcos, vino Jesus á la Galilea, predicando el Evangelio del reino de Dios, y diciendo: Pues que el tiempo se ha cumplido, y se ha acercado el reino de Dios: haced penitencia y creed al Evangelio.* (1) Y enviando á sus discípulos á tomar su parte en el apostolado, trazaba su mision de esta suerte: *Y en cualquiera ciudad en que entrareis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante: y curad á los enfermos que en ella hubiere y decidles: Acercádose ha á vosotros el Reino de Dios. Mas si en la ciudad en que entrareis, no os recibieren, salid á sus plazas y decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros; sabed no obstante, que se acercó el Reino de Dios* (2) Y cual era el reino de Dios predicado por Jesucristo como siendo el fin de su venida al mundo? Era el mismo, en tanto que debia ser reconocido como Dios, amado como Dios, adorado como Dios, fundador y gefe de una sociedad universal de la

(1) San Marcos cap. 1, vers. 14 y 15.

(2) San Lucas, cap. 10, vers. 8, 9, 10 y 11.

cual seria su divinidad la piedra angular por la fé, el amor y la adoracion. Y bien, Señores, se ha realizado esa obra? Jesucristo vivo y muerto ha fundado sobre la tierra un reino del cual es Dios? Ha fundado el reino de las almas? Es él entre nosotros el solo y único Rey de las almas? Yo no tengo necesidad de demostrarlo: hace diez años que os espongo sus maravillas, y aun cuando no lo hubiera hecho, está á vuestra vista ese reino espiritual, un gran número de vosotros sois miembros y subditos suyos; es una cosa que habla por sí misma y superior á toda demostracion. Si, existe sobre la tierra, en esta tierra de cieno y de tránsito, un reino de las almas en que Dios es servido en espíritu y en verdad, en donde se combate contra la carne, la sangre y el orgullo, en donde nada se asemeja á lo que hay en otra parte, y del cual es Jesucristo el autor, el gefe, el Rey, el Dios. Y como el ángel del Apocalipsis, espectador del último triunfo de este imperio, ha cantado su gloria de antemano por esta única palabra lanzada en medio del estupor de los mundos: *Factum est.* (1)—*Es hecho!* asi, desde ahora yo, discípulo de Cristo, hijo del reino de Dios, adorador del Rey de las almas, digo á vosotros: *Factum est,—Es hecho.*

No es pues del hecho de lo que se trata entre nosotros; él está demostrado, es palpable, está aquí, y yo puedo concluir: despues de haber vivido como Dios, Jesucristo se ha sobrevivido como Dios. Mas no será inutil haceros ver cuanto exede esa obra á toda fuerza criada, y haré lo posible por conseguirlo esponiendoos la doble dificultad que Jesucristo tenia que vencer. Llamaré á la una dificultad privada y á la otra dificultad pública: su esplicacion ocupará la hora que Dios me permite consagraros.

La primera condicion del reino de las almas y de su establecimiento, era obtener fé en su fundador, es decir que Jesucristo llegase á ser para una innumerable multitud de hom-

(1) Apocalipsis, cap. 11, vers. 15.

bres la regla de todos sus pensamientos, y que, abdicando ellos lo que consideran como mas necesario y profundo, que es la inteligencia propia, aceptasen como suya la inteligencia de Jesucristo, hasta poder decir con San Pablo: *No soy yo, es Jesucristo quien vive en mí.* No quiere decir esto, Señores, que Jesucristo para establecer su reinado por la fé, exija de nosotros el sacrificio absoluto de nuestra razon, pues que él mismo es la razon suprema, no siendo la nuestra mas que un reflejo de la suya, segun está espresamente escrito en el Evangelio de San Juan. Mas debia exigir de nosotros el sacrificio de nuestro espíritu propio, que es cosa muy distinta del sacrificio de nuestra razon. En verdad, la razon no está en nosotros en el estado puro; si estuviera en el estado puro, iluminados con una luz única é igual, caminariamos con la mas perfecta unanimidad. En lugar de esto, aunque participando de la razon única y universal, sin lo cual no seriamos inteligencias, mezclamos á ella debilidades, oscuridades, hábitos, resoluciones adoptadas, mil circunvalaciones misteriosas que cortan sus grandes caminos, disminuyen su claridad y hacen de la razon una cosa estrecha y personal que llamamos espíritu propio. Este espíritu propio, resultado de nuestra servidumbre y de nuestra libertad, es el que divide á los hombres en la casa de su común madre, y no les permite fundar aquí abajo por sí mismos, la santa república de la verdad. En efecto, estamos apegados doblemente al espíritu propio: lo estamos porque la razon constituye el fondo de él, y porque nada hay mas justo que atenerse á la razon; pero acaso lo estamos aun mucho mas por el carácter particular que nos distingue y que se compone de las innumerables impresiones que el flujo y refluo de la inteligencia han depositado en nosotros, desde el primer día en que hemos usado de la admirable facultad de ver, de oír, de juzgar, de raciocinar y de sentir. Pues bien, por la fé en Jesucristo, necesaria á la constitucion del reino de las almas, debemos abdicar este espíritu propio que nos es tan natural y tan querido; es necesario que subordinemos nuestra

razon á la razon superior de Cristo, que rompamos el molde personal mas ó menos falso y estrecho, que nos hace ser lo que somos, para entrar en el molde ancho y profundo de donde ha salido el Evangelio, y que es la inteligencia misma de Jesucristo.

Este sacrificio, Señores, nos es infinitamente penoso, porque para apartarnos de las tendencias de nuestra naturaleza, hiere lo mas delicado de nuestro ser espiritual. Nos es tambien penoso por otro motivo. No solamente queremos conservarnos tales como la naturaleza y la libertad nos han formado, sino que quereinos ademas imponer respeto á los otros, ser sus modelos, sus maestros y crear un reino de las almas del que seamos nosotros los reyes. Por poco elevada que sea la inteligencia que el hombre ha recibido del cielo, esa es su inclinacion: tanto en el órden del espíritu como en los demas órdenes de accion el hombre quiere reinar. Si ha sido favorecido por lo que se llama nobleza, quiere ser rey de la nobleza: si la fortuna es su patrimonio, quiere ser rey de la fortuna; si el poder le ha cabido en suerte, quiere ser rey del poder; en fin, si el talento es el don que se le ha comunicado, quiere ser rey del talento. Este último imperio es el mas codiciado de todos, y los reyes mas absolutos no estan contentos, si no precisan á toda inteligencia á que se eclipse delante de la suya. Cuando, pues, Jesucristo exige de nosotros que sacrifiquemos nuestro espíritu propio á su soberana razon, exige la abdicacion del cetro que mas apetecemos; entra en una conjuracion que tiene por objeto precipitarnos del trono mas legítimo á que podamos aspirar. Porque, que cosa mas legítima que reinar por la inteligencia, por ese don que no dimana de la casualidad, ni de la eleccion y trabajo de los otros, sino de nuestro propio fondo, sembrado por la naturaleza y cultivado por nosotros mismos? Y cuanto mas lo poseemos, ya sea por la ciencia, ya por la filosofia, tanto mas nos sentimos irritados contra ese que se llama el Cristo, que nada menos pretende, sino poner su espíritu en lugar del nuestro, hacernos respirar su pensa-

miento y hablar su palabra. He aquí el secreto, Señores, de la aversion de tantos sabios y filósofos contra Jesucristo: estas son gentes que no quieren ser destronadas y es muy natural que no quieran serlo.

Sin embargo ha sido necesario, que todos los que en diez y ocho siglos hemos querido ser hijos de Jesucristo, consintiesemos en ser destronados, en hacernos pequeños, en ser enseñados no solamente en nuestra infancia, sino aun en el fin de nuestra vida, y que cargados de años y de honores, despues de haber gobernado á los hombres bajo otros aspectos que los del espíritu, en nuestros últimos momentos, próximos á comparecer delante de Dios, abdicásemos todavia ese reinado del entendimiento tan caro al orgullo, para descansar como hijos en Jesucristo y suplicarle nos lleve con sus dos benditas manos al solio del Espíritu puro y eterno, que es Dios su padre.

Ningun otro sobre la tierra, ningun otro, Sres., ha obtenido esa suprema dictadura del entendimiento. Los tiranos han oprimido el pensamiento humano impidiendo su manifestacion; pero no lo han gobernado jamas: él escapa á todos los resortes de la mas sabia administracion. Los sabios han fundado escuelas, mas escuelas efimeras cuyas leyes han desconocido los discípulos mismos: deberá esto causarnos admiracion? El discípulo del sabio es hombre como él: adora el pensamiento del maestro hasta el dia en que el suyo, madurado por una legítima ingratitud, le proporciona alcanzar los honores de la enseñanza, y señalar su puesto en la historia de las mudables dinastías de la sabiduría. Las sectas religiosas, sobre un terreno mas sólido, casi no han tenido mejor éxito. La heregia nos vuelve el espíritu propio, el cisma nos vuelve el espíritu propio; el protestantismo nos vuelve el espíritu propio: todas esas doctrinas lejos de encadenar la fé, han tenido por objeto su emancipacion. El mahometismo, como antiguamente la idolatria, no ha podido constituir una autoridad doctrinal, y abandona por consiguiente á sus fieles á los azares de su propia direccion. Cualquiera otro que no sea Jesucristo

nos deja ó nos devuelve nuestro espíritu, y en esto precisamente consiste el embeleso eterno del error. Qué es lo que se nos dice en la actualidad? Qué es lo que el presente siglo, incierto de sus miras y casi igualmente incapaz de resolucion asi para el bien como para el mal, exige de Jesucristo en un tono suplicante? No es aflojar los lazos de su imperio, excluir ciertos artículos de la antigua constitucion cristiana, revisar el pacto primitivo del Evangelio, y ajustar en fin una transaccion entre el tiempo y la eternidad? Mas Jesucristo se rié de estos deseos frágiles que no provienen de una entera obediencia á su adorable razon; entre él y nosotros no puede haber otra cosa mas que él ó nosotros, la abdicacion de nuestro espíritu propio ó el reinado de nuestro espíritu propio: esto es lo que hay que tomar ó que dejar del todo.

No basta á Jesucristo poner su espíritu en lugar del nuestro; rey de nuestra inteligencia, no se halla todavia sino al principio de su intento; él quiere algo mas que el pensamiento quiere nuestro amor. Y que amor Dios mio! un amor que sea losumo del amor humano, y ante el cual desaparezca toda historia de amor. Y á fin de que juzgueis del prodigio que hay en esto, examinad de cerca la dificultad que nosotros mismos tenemos en ser amados mientras vivimos.

Apenas comienza á desarrollarse en nosotros la sensibilidad, cuando ya buscamos en los compañeros de nuestra adolescencia, simpatias que se apoderen de nuestro corazon y lo saquen de su amada y triste soledad. De ahí proceden, en la historia de todas las vidas generosas, aquellos primeros tiempos, aquellos recuerdos antiguos que ningun otro puede borrar y que hasta la última vejez, dejan en nuestra alma un perfume de lo pasado. Con todo, á pesar de la fuerza de esas amistades juveniles, el simple curso de los años suspende el progreso de ellas; nuestros ojos haciendose mas consistentes, se hacen tambien menos sensibles á las bellezas de nuestra edad; algo que no es ya propio de la infancia nos libra de ese

primer encanto que ningun otro igualará quizá, pero que ya no satisface á nuestro corazon. La amistad se resfria convirtiéndose en una confianza grave y civil, y nuestra alma que ha subido un grado en la escala de la vida, necesita de un nuevo atractivo que la subyugue llenándola enteramente. Diré yo el nombre de ese atractivo? Y por qué no lo he de decir? Hay dos cosas ante las cuales, con la ayuda de Dios, no retrocederé jamas: el deber y la necesidad. Es una necesidad de mi discurso que pronuncie el nombre demasiado profano del segundo afecto del hombre: lo pronuncio pues y digo: el hombre que gravita de la adolescencia hácia la edad madura, necesita de un atractivo que satisfaga á la vez su juventud y su fuerza, la necesidad de reproducirse y del porvenir; Dios le ha preparado el amor que debe, si es verdadero, es decir puro, acabar la educacion de su vida y hacerlo digno de tener una posteridad. Pero, ó debilidad de nuestra naturaleza! bien pronto los cuidados de la virilidad pliegan nuestra frente, grabando las arrugas en ella, un testimonio honorífico al pensamiento: qué mas se necesita? Incapaces de obtener en lo sucesivo la reciprocidad de una embriaguez apaciguada ya para nosotros, y que no tiene bastantes ilusiones con que alimentarse, descansamos en una afeccion mas tranquila, mas serena, dulce aun, pero que no merece ser comparada con el embeleso de esa pasion que he nombrado ahora mismo con su nombre propio.

No obstante, los recursos del alma humana no han llegado á su término; hija del amor eterno, el fuego divino de su origen la inspirará hasta el fin. Con las primeras sombras de la vejez, penetra en nuestro corazon el instinto de la paternidad, y toma posesion del vacio que han dejado en él sus precedentes afeciones. No es esta una decadencia, guardaos de creerlo asi; despues de la mirada de Dios sobre el mundo, nada hay mas bello que la mirada del anciano sobre el niño, mirada tan pura, tan tierna, tan desinteresada, y que señala en nuestra vida el punto mismo de la perfeccion y de la mas grande semejanza con

Dios. El cuerpo se postra con la edad, el espíritu se abate tambien; pero la facultad de amar permanece en todo su vigor. La paternidad es tan superior al amor como el amor es superior á la amistad. La paternidad corona la vida; y seria ella el amor completo y sin tacha, si del hijo al padre hubiera una correspondencia igual á la que hay del amigo para con el amigo y de la esposa para con el esposo. Pero no es asi. Cuando somos niños se nos ama mas de lo que nosotros amamos, y llegando á viejos, amamos á nuestra vez, mas de lo que somos amados. No hay en esto un motivo de queja. Vuestros hijos emprenden el camino que vosotros mismos habeis seguido, el camino de la amistad, el camino del amor, ejemplos eficaces que los hacen no corresponder al amor que sus padres han tenido por ellos. Es honroso al hombre el volver á encontrar en sus hijos la misma ingratitud que él tuvo para con sus padres, y morir, imitando á Dios por un amor desinteresado.

Pero es verdad tambien, que buscando el amor por toda nuestra vida, no lo obtenemos jamas sino de una manera imperfecta, que hace padecer infinitamente á nuestro corazon. Y aun cuando lo hayamos obtenido estando vivos, qué nos queda del amor despues de la muerte? Yo veo que una oracion propicia nos sigue mas alla de este mundo, que un recuerdo piadoso pronuncia aun nuestro nombre; mas bien pronto el cielo y la tierra dan un paso, sobreviene el olvido, el silencio nos cubre, ninguna playa envia ya sobre nuestra tumba la brisa celeste del amor: se acabó, se acabó para siempre, y tal es la historia del hombre en el amor.

Me engaño, Sres., hay un hombre cuya tumba es guardada por el amor; hay un hombre cuyo sepulcro, no solamente es glorioso, como ha dicho un profeta, sino tambien amado. Hay un hombre cuya memoria, despues de diez y ocho siglos no se ha borrado en lo mas mínimo; que diariamente renace en el pensamiento de una multitud innumerable de hombres, que es visitado en su cuna por pastores y por reyes, que le

traen á competencia el oro, el incienso y la mirra. Hay un hombre cuyas pisadas sigue una porcion considerable de la humanidad sin cansarse jamas, y que aun habiendo desaparecido, se ve seguido por esa multitud en todos los lugares de su antigua peregrinacion, sobre las rodillas de su madre, al borde de los lagos, en lo alto de las montañas, en los senderos de los valles, bajo la sombra de los olivos, en el secreto de los desiertos. Hay un hombre muerto y sepultado cuyo sueño se vela y el momento de despertar se aguarda, cuya palabra despues de tantos años vibra todavia y produce mas que amor, ella produce virtudes que fructifican en el amor. Hay un hombre pendiente hace siglos de un patíbulo, y á este hombre, millones de adoradores lo desprenden cada dia del trono de su suplicio, se ponen de rodillas ante él, se prosternan lo mas bajo que pueden sin sonrojar se, y allí, por tierra, le besan con indecible ardor los piés ensangrentados. Hay un hombre azotado, crucificado, muerto, que una indefinible pasion resucita de la muerte y de la infamia, para colocarlo en la gloria de un amor que no desfallece jamas, que encuentra en él la paz, el honor, el gozo y hasta el éstasis. Hay un hombre perseguido en su suplicio y en su tumba por un ódio inestinguible, y que exigiendo apóstoles y mártires de toda posteridad que nace, encuentra apóstoles y mártires en el seno de todas las generaciones. Hay un hombre en fin, y el único, que ha cimentado su amor sobre la tierra, y ese hombre eres tú ó Jesus! tú que has tenido la dignacion de bautizarme, ungirme, consagrarme en tu amor, y cuyo solo nombre abre mis entrañas en este momento y arranca de ellas este acento que me turba á mí mismo y que antes no me era conocido.

Quien pues de los grandes hombres es amado? Quién lo es entre los guerreros? Es Alejandro, Cesar, Carlomagno? Quién entre los sabios? Es Aristoteles ó Platon? Quién de los grandes hombres es amado? Quién? Nombradme uno solo; nombrame un hombre muerto que haya dejado el amor

sobre su tumba. Mahoma es venerado por los musulmanes; él no es amado. Jamas un sentimiento de amor ha tocado lijeramente el corazon del musulman que repite su maxima. "Dios es Dios y Mahoma es su profeta." Un solo hombre ha hecho á todos los siglos tributarios hácia él de un amor que no se estingue; rey de las inteligencias, Jesucristo es tambien rey de los corazones, y, por una gracia que confirma la que solo es propia de él, ha dado á sus santos el privilegio de producir igualmente en la memoria de los hombres un recuerdo piadoso y constastante.

Mas á pesar de lo que os he manifestado, no he concluido todavia la esposicion de los elementos que constituyen el reino de las almas. Jesucristo, siendo Dios, no debia contentarse con una fé inalterable y un amor inmortal; debia exigir ademas la adoracion. La adoracion es el anonadamiento de sí mismo ante un ser superior, y esta pasion, Señores, no nos es desconocida: se encuentra como todas las otras en el fondo de nuestra naturaleza, en donde hace un papel mas importante de lo que acaso pensais. Todos mas ó menos, no nos hagamos ilusiones, todos queremos ser adorados. El deseo innato de la adoracion es el que ha producido todas las tiranías. Os admirais algunas veces de que un príncipe anude infinitas intrigas para eximirse de las leyes divinas y humanas, de que añada la violencia á la astucia, de que vierta arroyos de sangre y vaya en derechura á la ecsecracion del género humano: os preguntais con que objeto. Ah! Señores, con el objeto muy natural de ser adorado, de ver á todo pensamiento sometido al suyo, á toda voluntad conforme con su voluntad, á todo poder, á toda ley, á todo derecho, á toda obligacion emanando de él, y al cuerpo mismo del hombre encorvado como un esclavo ante su cuerpo mortal. Ved aquí el fondo de nuestro corazon como el fondo de Satanás. Pero por un contrapeso que era debido á esa horrible enfermedad del orgullo, no podemos desear la adoracion para nosotros mismos, si no es abominando al mismo tiempo el adorar á otro. ¹De

aquí proviene la execración que se tiene al depotismo. La humanidad abatida por un poder que desconoce toda ley, concentra en sí misma su sorda indignación y aguarda el día inevitable de la debilidad; llegado este se levanta y destruye en un momento á la vil criatura que la habia menospreciado hasta el punto de exigirle el incienso. Un grande Orador ha dicho en una tribuna célebre: "No hay mas que un paso del Capitolio á la roca Tarpeya." Yo diria con tanta verdad, aunque no con la misma elegancia: del altar al cieno no hay mas que un paso. Todo el que es adorado, cae tarde ó temprano, por la mano popular, del trono de la majestad divina usurpada: la indignación pública lo arrastra con la cuerda al cuello y lo condena á un oprobio eterno. Asi lo quiere la historia, esa autoridad encargada de la promulgación de los juicios de Dios sobre el orgullo del hombre.

Con todo eso Jesucristo es adorado. Hombre mortal y muerto, ha sabido conquistar una adoración que subsiste y de la cual no hay otro ejemplo en el mundo. Qué emperador ha conservado sus templos y sus estatuas? Qué se ha hecho toda aquella multitud de Dioses creados por la adulación? El polvo de ellos no existe ya, y la memoria que sobrevive es una ocasión para que el pensamiento admire la extravagancia de los hombres y la justicia de Dios. Solo Jesucristo ha quedado en pie sobre sus altares, no en un rincón del mundo, sino por toda la tierra y entre las naciones célebres por la cultura del entendimiento. Los mas grandes monumentos del arte abrigan sus santas imágenes; las ceremonias mas magníficas reúnen los pueblos á la sombra de su nombre; la poesía, la música, la pintura, la escultura agotan sus bellezas hablando de él y ofreciéndole un incienso digno de la adoración que los siglos le han consagrado. Y sobre qué trono se le adora? Sobre una cruz. Qué digo sobre una cruz! Se le adora bajo la humilde apariencia del pan y del vino. Aquí el pensamiento se confunde enteramente. Parece que ese hombre como que se complace en abusar de su extraño poder y en pros-

ternar á la humanidad toda entera, haciendo que doble la rodilla ante los simulacros mas vanos. Abatido por su suplicio á un punto mas bajo que la muerte, ha hecho de la afrenta misma el solio de su divinidad, y no contento con este triunfo, ha querido que reconociésemos su suprema esencia y su eterna vida por una adoración que desmiente á nuestros sentidos. Se puede concebir algo del éxito que ha tenido semejante valentía?

Es verdad que muchas manos han intentado echarlo abajo de sus altares; mas la impotencia de ellas solo ha servido para confirmar su gloria. A cada ultraje se ha engrandecido mas; el talento lo ha protegido contra el talento, la ciencia contra la ciencia, el imperio contra el imperio; se ha hecho de armas entre todas las armas que se han alzado contra él, y cuando se le creía por tierra, el mundo lo ha visto levantado, tranquilo, sereno, Señor de todo, adorado.

Asi ha fundado el reino de las almas por una fé que nos cuesta el sacrificio de nuestro espíritu propio, por un amor que sobrepuja á todo amor, por una adoración que no hemos otorgado mas que á él, triple misterio de una fuerza que nos revela su divinidad y que nos la revelará mucho mejor, cuando hayamos visto la dificultad pública que se oponia al establecimiento de ese reino sobrenatural.

El lugar, Señores, estaba ocupado cuando Jesucristo vino al mundo; el lugar estaba ocupado porque jamas está vacío. Aunque no hubiera pretendido establecer entre él y nosotros sino relaciones secretas, una especie de culto oscuro, este designio habria encontrado tarde ó temprano, temores y zelos que se habrian manifestado por una resistencia pública. Pero estaba lejos Jesucristo de querer ocultar su reinado bajo de tierra: él habia dicho: *Lo que oís á la oreja, predicadlo sobre los tejados;* (1) y él mismo, enemigo de toda iniciación misteriosa, habia constantemente hablado y obrado á la vista

(1) S. Mateo, Cap. 10, ver. 27.

de la muchedumbre y de la autoridad. Quería un reinado visible, una constitución social de su doctrina, un sacerdocio reconocido, templos, leyes, derechos, y por consiguiente era inevitable que encontrase en su camino el establecimiento religioso y político que le había precedido. Este establecimiento tenía dos nombres; se llamaba la idolatría y el imperio romano. La idolatría era el culto que reunía el universo bajo una misma forma religiosa; el imperio romano era el poder que gobernaba á toda la humanidad conocida, con corta diferencia. La una y el otro eran incompatibles con el establecimiento del reinado de Jesucristo, y ese reinado no podía comenzar sino aboliendo la idolatría como una falsa religion, y modificando el imperio romano para acomodarle á las leyes promulgadas por el Evangelio.

Hasta ahora, quizá, habéis considerado la idolatría como una organizacion religiosa fácil de trastornar: os engaÑais. De todos los cultos que se han aposeñado del hombre, no hay ninguno, escepto el cristianismo, que haya tenido mas estension y solidés que la idolatría. Esto depende de que las tres grandes pasiones del hombre son servidas en ella á medida del deseo. Cuáles son esas tres grandes pasiones? La primera, os vais á pasar, la primera es la pasion religiosa, la necesidad de tratar con Dios. Si, Señores, la pasion religiosa va en nosotros al frente de todas, aun delante de la del placer. Porque el placer solo afecta á los sentidos que son frágiles, que se consumen pronto, que se cansan de sí mismos, mientras que la necesidad religiosa, especie de hambre divina, tiene su origen en lo mas profundo de nuestro ser, y allí se alimenta con la meditacion de todas las miserias que nos disgustan sin cesar de la vida presente. El orgullo, así mismo, no viene sino despues; por vivo que sea, está sujeto en la tierra á infinitas humillaciones para que no secunde y lleve delante de sí en nuestra alma, un afecto mejor y mas dulce, el que nos aproxima á Dios y nos hace buscar en su grandeza nuestra propia dignidad. La religion es la primera y mas antigua a-

miga del hombre; aun cuando le da que sentir, la respeta todavia y mantiene con ella secretas intimidades. Que el estado de nuestro pais, Sres., no os cause ilusion con respecto á esto; pues no porque en Francia haya algunos millones de hombres embrutecidos en un ateismo práctico, debeis crér que ese es el estado natural del género humano. Esto es consecuencia de circunstancias extraordinarias, y la misma Francia, á pesar de la irreligion de una parte de sus hijos, no ha dejado un solo dia de llevar en su seno glorioso una multitud de almas que sirven á Dios ardientemente y que honran su fé con obras conocidas de toda la tierra.

Mas la idolatría, á pesar de sus apariencias poco doctrinales daba satisfaccion á la necesidad religiosa: tenia templos, altares, un sacerdocio, sacrificios, oraciones, ceremonias públicas y pomposas, un estado muy grande en el mundo; y los andrajos de su mitología encubrian aun bastantes recuerdos de Dios, para que el alma hubiera estado enteramente en ayunas y sin alimentos.

Lo admirable era que dando pabulo la idolatría á las inclinaciones elevadas de nuestra naturaleza, no desdeñaba las mas abyectas y las alimentaba con actos religiosos. Yo no se que arte profundo habia amalgamado á Dios con la materia, á la religion con el deleite, y hacia descender del mismo altar, pensamientos graves y estímulos vergonzosos. La idolatría tenia todo en sus dioses; los deseos eran complacidos enteramente por medio de los oráculos; que artificio tan ingenioso para que los Dioses á su vez fuesen obedecidos! Añadid á esto que la tercera pasion del hombre, el orgullo de la dominacion, tenia tambien en este culto, sabio por su degradacion misma, una amplia satisfaccion. La idolatría no era distinta del imperio; el Príncipe, el Senado, ó el Pueblo disponía de la magistratura sacerdotal, nombraba los pontífices, arreglaba las ceremonias, se complacía en ocultar la toga de sus cónsules bajo el manto de sus dioses. La religion era tambien la patria. Se veían marchar igualmente delante de la repúbli-

ca las fasces y los altares: las fasces, símbolo de su justicia y de su poder, los altares, símbolo de la alianza misteriosa que enlazaba los destinos del Estado con los destinos mismos de los dioses.

No, vosotros no os representareis jamás bastante bien la fuerza de esa institución. Ah! si una ceremonia pagana reviviera á vuestros ojos; si pudieseis ver á Roma subiendo al templo de Júpiter Capitolino, á ese pueblo, á esas legiones, á ese senado, á todos los recuerdos patrióticos subiendo con ellos, y todos juntos llevando á los dioses la nueva victoria de Roma! si oyeseis el silencio y el ruido de la unanimidad, el murmullo de las pasiones convencidas de su derecho y satisfechas con su triunfo, tanto el orgullo como el deleite, tanto el deleite como la religión, lo elevado y lo abyecto, el cielo y la tierra, todo á la vez, todo en un solo día y en una sola acción: si hubierais visto y oído esto, vosotros mismos quizá, sucumbiendo á esa total embriaguez de las facultades humanas, vosotros habríais por un momento encorvado la cabeza y adorado en las manos de Roma á los antiguos dioses del mundo!

No obstante era necesario no adorarlos, era necesario destruirlos: esa era la órden de Jesucristo. Era necesario destruirlos en todo el universo, pues que todo el universo era subdito de la idolatría. Y qué se presentaba para poner en lugar de ellos? Un hombre humillado hasta el suplicio de los esclavos: un hombre salido de un país sobre el que los Romanos vertían á torrentes el ridículo y la opresión; un judío, y un judío crucificado! Ved lo que unos pescadores de la Judea llevaban á Roma, al Capitolio, para reemplazar la estatua de Júpiter Capitolino! Juzgad Sores. La ignominia en lugar de la grandeza, la penitencia y la mortificación en lugar del placer. La penitencia y la mortificación, qué palabras! Apenas me atrevo después de diez y ocho siglos de naturalización, á pronunciarlas sin disfraz ante vosotros cuyos oídos están nutridos con el lenguaje del Evangelio; y sin embargo era preciso hablar á

los Romanos de penitencia y mortificación! Era preciso decirles: os traemos una religión toda pura y toda santa, fundada sobre la inmolation del cuerpo por la castidad, y no solo por la castidad, que no es mas que la abstinencia de un placer, sino por el odio directo de los sentidos. Venimos con la vara en la mano, á enseñaros á tratar á vuestro cuerpo como á un esclavo, porque es en efecto el esclavo de las mas viles inclinaciones, y porque no podeis librar de él á vuestra alma, sino conteniéndolo con el respeto y los castigos de la esclavitud. Era preciso decir estas cosas á un pueblo envanecido con siete siglos de arrogancia y de dominación, sumergido en los sentidos tanto como en el orgullo, y que estaba habituado á encontrar en sus dioses, que se pretendían destruir, la justificación de su espléndida ignominia. Mas Jesucristo lo había mandado: su órden fué promulgada, obedecida, adoptada, y el reinado de los ídolos cayó ante el reinado de la Cruz, á despecho del imperio romano.

El imperio romano era solidario de la idolatría; pero tenia otro lado por el cual no era menos enemigo del establecimiento cristiano. Ese imperio se había fundado lentamente á fuerza de prudencia y concatenación en sus resoluciones, de valor en sus ejércitos, de abnegación en sus gefes, hasta el día en que, hecho dueño del mundo, se doblegó bajo el peso mismo de su grandeza, y perdió en la corrupción todas las libertades públicas que habían constituido su gloria y servido para su salvación. Cuando Jesucristo vino al mundo, solo subsistían algunos simulacros de sus antiguas instituciones, deshonorados ya, y cuando murió, el imperio había pasado de Augusto á Tiberio por una decadencia que presagiaba á Neron. La tribuna de las arengas había enmudecido, el pueblo se consolaba de la pérdida del Foro con un pedazo de pan que se le tiraba; el senado envilecido y diezclado en sus últimos hombres ilustres, no sabía oponer al despotismo mas que la prontitud de una obediencia que cansaba algunas veces el capricho insolente del amo. Un solo hombre era todo, y ese

hombre podia impunemente desafiar á la esclavitud. Le ocurrió un dia hacer deliberar al senado, es decir á las reliquias de todas las grandes familias romanas, á los descendientes de aquellos padres conscritos que habian llevado con tanta arrogancia en los pliegues de su toga la guerra y la libertad, le ocurrió hacerlos deliberar sobre la salsa que seria apropiado para un pescado. Os agradezco, Señores, el esfuerzo que habeis hecho para contener la risa: es ese á la verdad, el mas grande insulto que se ha hecho á la naturaleza humana en la persona del cuerpo político mas eminente que ha producido jamas. Dios lo ha permitido, Señores, para enseñarnos hasta que punto se precipita el hombre por la corrupcion de la riqueza y por la apostasia de la libertad, de esa depositaria de todos los derechos y de todos los deberes. Tal era pues Roma en el momento en que Jesucristo enviaba á sus discipulos para convertirla á él, y tal era con Roma el mundo entero. La dominadora universal, despues de haber encadenado las naciones á su grandeza, las tenia encadenadas á sus humillaciones, y por la primera vez en la historia del género humano, la libertad no tenia ya asilo en ninguna parte.

Digo que era la primera vez. Hasta entonces, por una providencia digna de todas nuestras acciones de gracias, Dios habia querido que hubiese siempre alguna tierra libre en que la virtud y la verdad pudiesen defenderse contra la conjuracion de los mas fuertes. Mientras el Oriente era fecundo en tiranías seculares, el Egipto tenia instituciones dignas de estimación y juzgaba á sus reyes despues de su muerte; la Grecia defendia su tribuna contra la ambicion de los reyes de Persia; Roma protejia á sus ciudadanos con un derecho que rodeaba su vida de una multitud de baluartes sagrados. Si de los tiempos antiguos pasamos á los tiempos modernos, notaremos la misma atencion de la Providencia á no permitir que el despotismo reine por todas partes á la vez. El mundo actual se divide en tres zonas: la zona de una tiranía sin límites, que nada tiene que envidiar á las mas sangrientas historias de lo pa-

sado; una zona intermedia en que se permite todavia alguna expansion al pensamiento y á la fé; y en fin la generosa zona occidental de la que hacemos parte, esos grandes reinos de Francia, de Inglaterra, los Estados-Unidos de América, la España donde los derechos y los deberes tienen garantías, donde se habla, donde se escribe, donde se discute, donde, mientras que la fuerza oprime á la majestad de Dios y del hombre en regiones lejanas, nosotros, á la faz del mundo, la defendemos y la defendemos sin gloria, porque nada amenaza en este ejercicio á nuestra cabeza ni á nuestro honor.

Un solo momento ha habido en que, tomando la carta del globo, hubierais en vano buscado una montaña ó un desierto que diese asilo al corazon de Caton de Utica, y en el que Caton de Utica juzgara necesario pedir á la muerte una libertad que ningun punto de la tierra podia darle. Este momento único y formidable era el mismo en que Jesucristo enviaba á sus apóstoles á predicar el Evangelio á toda criatura y á fundar en su fé, en su amor y en su adoracion, el reino de las almas y de la verdad.

Veamos lo que era ese reino con relacion al imperio romano.

Era en primer lugar la libertad del alma. Jesucristo queria el alma; queria que ella con entera libertad lo conociese, lo amase, lo adorase, le suplicase y se uniese á él. En ninguno fuera de él reconocia derechos sobre el alma, y mucho menos el derecho de impedir las comunicaciones del alma para con él mismo. Mas todavia: Jesucristo queria la union pública de las almas en su servicio; no pensaba en ocultarse; exigia un culto patente y social. La libertad del alma llevaba consigo el derecho de fundar Iglesias materiales y espirituales, de celebrar concilios, de rogar en comun, de oír en comun la palabra de Dios, ese pasto sustancial del alma, que es su pan cotidiano y del que no se le puede privar sin un sacrilegio homicida. La libertad del alma incluía el derecho de practicar en comun todas las ceremonias del culto, de recibir en comun los

sacramentos de la vida eterna; de vivir en comun con el Evangelio y con Jesucristo. Ninguno sobre la tierra tendria ya el gobierno de las cosas sagradas, mas que los unguidos del Señor, las almas escogidas, iniciadas en una fé y en un amor mas grandes, puestas á prueba por los sucesores de los apóstoles, santificadas por la ordenacion. Todo el resto, príncipes y pueblos, eran escludidos de la administracion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, centro divino del reino de las almas, y que no debia ser entregado á los perros, segun la espresion enérgica del dulcísimo Evangelio.

Mas como el alma es el fundamento del hombre, creando la libertad del alma, creaba Jesucristo al mismo tiempo la libertad del hombre. El Evangelio regulador de los derechos y de los deberes de todos, adquiria el poder de una carta universal, que servia de medida á toda autoridad legítima, y que, llenandolo de bendiciones, la preservaba de los exesos en que el poder humano habia caído por todas partes. Por esto el reino de las almas era absolutamente lo contrario del imperio romano, y era imposible imaginar un antagonismo mas acabado. El imperio romano era la esclavitud total, el reino de las almas la libertad total; el imperio romano era la esclavitud universal, el reino de las almas la libertad universal. Entre ellos la cuestion era ser ó no ser: la lucha era inevitable, debia ser encarnizada.

Y bien, de que fuerza disponia el reino de las almas contra ese imperio cubierto de legiones? De ninguna. El Foro? no lo habia ya. El Senado? habia acabado. El pueblo? ya no existia. La palabra? habia enmudecido. El pensamiento? habia terminado tambien. Era á lo menos permitido á los primeros cristianos reunirse á la ventura para combatir uno contra cien mil? No, no les era permitido. Cuál era pues su fuerza? La misma que habia tenido Jesucristo. Ellos debian confesar su nombre y morir despues, morir hoy, morir mañana, morir pasado mañana, morir siempre, es decir vencer la servidumbre por el uso pacífico de la libertad del alma:

vencer la fuerza, no con la fuerza, sino con la virtud. Se les habia dicho: Si por espacio de tres siglos podeis decir, voz en cuello; *Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su único hijo, Señor nuestro, que nació de la Virgen Maria, que murió y resucitó*; si durante tres siglos podeis decir esto con un tono elevado y morir todos los dias despues de haberlo dicho, dentro de tres siglos, vosotros sereis Señores, es decir libres.

Esto es lo que ha sucedido precisamente.

Esto es lo que ha sucedido á despecho del furor del imperio romano que hacia del universo un verdugo, y que perdia en la inutilidad de los suplicios su razon espantada. Nada diré de los mártires; ellos han vencido, como todo el mundo lo sabe. Y el reino de las almas fundado con su sangre, el reino de las almas que debia destruir la idolatria y que la ha destruido, que debia trastornar el imperio romano y que lo ha trastornado en lo que tenia de falso é injusto; el reino de las almas en dónde ha establecido su capital? En Roma! En el solio de la fuerza fue colocado el solio de la virtud; en el solio de la servidumbre, el solio de la libertad; en el solio de los ídolos afrentosos, el solio de la cruz de Jesucristo; en el solio de donde se difundian por todas partes las órdenes de Neron, el solio del anciano desarmado, que á nombre de Jesucristo, cuyo vicario es, distribuye sobre todo el mundo la pureza, la paz y la bendicion. O triunfo de la fé y del amor! O espectáculo que arrebató al hombre sobre sí, mostrándole lo que puede en favor del bien con el auxilio de Dios! Yo he visto con mis ojos esa tierra libertadora de las almas: ese suelo formado con las cenizas y la sangre de los mártires, y por qué no me he dejar llevar á recuerdos que confirmen mi palabra, rejuveneciendo mi vida?

Un dia pues palpitandome el corazon, entré por la puerta Flaminia en esa ciudad famosa que habia Conquistado el mundo con sus armas y lo habia gobernado con sus leyes. Corro al Capitolio; mas el templo de Jupiter Capitolino no coronaba ya la heroica cima. Bajo al Foro; la tribuna de las

arengas estaba hecha pedazos, y la voz de los pastores habia sucedido á la voz de Ciceron y de Hortensio. Subo con afan por los senderos escarpados del Palatino; los Césares estaban ausentes, y ni siquiera habian dejado á la puerta un pretoriano para preguntar su nombre al extranjero curioso. Mientras contemplaba lleno de emocion, esas ruinas imponentes al traves del azul del cielo de Italia, percibo á lo lejos un templo embellecido por una cúpula que á mi juicio cubria todas las grandezas presentes de la ciudad cuyo polvo pisaba. Me encamino á él, y allí, sobre una plaza tan inmensa como magnífica, encontré la Europa reunida en la persona de sus embajadores, de sus poetas, de sus artistas, de sus peregrinos, multitud diversa por el origen, pero identificada, me parecia, por una expectativa comun y profunda. Yo esperaba tambien, cuando á la estremidad de la plaza veo adelantarse un anciano llevado en un carruaje, con la frente desnuda, y teniendo en sus dos manos, bajo la forma de un pan misterioso, á ese hombre de la Judea antiguamente crucificado. Todas las cabezas se inclinan á su paso, las lágrimas corren en un silencio de adoracion; y sobre ningun semblante observé la protesta de la duda, ni la sombra de otro sentimiento que no fuese á lo menos el respeto. Adoraba á mi Señor y á mi rey, al rey inmortal de las almas; tomaba parte en su triunfo, sin tratar de espresar mi emocion ni aun por una palabra interior, cuando de repente, el obelisco de granito que estaba en medio de la plaza cantó para nosotros todos, mudos y enagenados, el himno del Dios victorioso: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!* Y temiendo que algun enemigo se encontrase entre aquella multitud, se respondió á sí mismo con otro canto celebre que nos advertia huir del leon de Judá si no queriamos adorarlo en su victoria. Despues de los años que han blanqueado ya mi cabeza, os repito esas amenazas y esos gritos de gozo; felices vosotros si no huis, felices si acercandoos mas, decís con todos nosotros hijos de Jesucristo y miembros de su reino: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!*

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA.

DE LA PERPETUIDAD Y DEL

PROGRESO DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Como lo habia querido y como lo habia anunciado, Jesucristo ha establecido sobre la tierra el reino de Dios, el reino de las almas del cual es gefe; lo ha establecido, á pesar de la dificultad de reinar sobre los hombres por la fé, el amor y la adoracion, dificultad que he llamado privada, y á pesar de la dificultad pública que le presentaba la sociedad religiosa y política, tal como se hallaba entonces constituida. Pero es bastante, Señores, para afirmar que Jesucristo se ha sobrevivido como Dios, que su obra esté marcada con un sello que no puede ser otro que el de la divinidad? No, no es bastante; porque aunque el éxito que ha tenido, mirándola en el punto en que la hemos dejado, es decir al advenimiento de Constantino, haya sido prodigioso, sin embargo es peculiar de todo poder que aparece en el mundo, tener una lucha y un triunfo, lucha y triunfo, convengo en ello, que no siempre tienen la misma magnitud, pero que en fin tienen de comun darse á conocer, forcejar, y llegar por último á un momento favorable que puede llamarse un buen resultado. Lo que es mas difícil y necesario para la confirmacion de la victoria, es resistir á la victoria misma. Un diplomático célebre ha dicho: “El tiempo es el grande enemigo.” Y bien! Ha vencido Jesucristo al grande enemigo? Despues de la idolatria, despues del imperio romano, ha vencido á ese otro poder, que no es mas que la eternidad disfrazada, al

arengas estaba hecha pedazos, y la voz de los pastores habia sucedido á la voz de Ciceron y de Hortensio. Subo con afan por los senderos escarpados del Palatino; los Césares estaban ausentes, y ni siquiera habian dejado á la puerta un pretoriano para preguntar su nombre al extranjero curioso. Mientras contemplaba lleno de emocion, esas ruinas imponentes al traves del azul del cielo de Italia, percibo á lo lejos un templo embellecido por una cúpula que á mi juicio cubria todas las grandezas presentes de la ciudad cuyo polvo pisaba. Me encamino á él, y allí, sobre una plaza tan inmensa como magnífica, encontré la Europa reunida en la persona de sus embajadores, de sus poetas, de sus artistas, de sus peregrinos, multitud diversa por el origen, pero identificada, me parecia, por una expectativa comun y profunda. Yo esperaba tambien, cuando á la estremidad de la plaza veo adelantarse un anciano llevado en un carruaje, con la frente desnuda, y teniendo en sus dos manos, bajo la forma de un pan misterioso, á ese hombre de la Judea antiguamente crucificado. Todas las cabezas se inclinan á su paso, las lágrimas corren en un silencio de adoracion; y sobre ningun semblante observé la protesta de la duda, ni la sombra de otro sentimiento que no fuese á lo menos el respeto. Adoraba á mi Señor y á mi rey, al rey inmortal de las almas; tomaba parte en su triunfo, sin tratar de espresar mi emocion ni aun por una palabra interior, cuando de repente, el obelisco de granito que estaba en medio de la plaza cantó para nosotros todos, mudos y enagenados, el himno del Dios victorioso: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!* Y temiendo que algun enemigo se encontrase entre aquella multitud, se respondió á sí mismo con otro canto celebre que nos advertia huir del leon de Judá si no queriamos adorarlo en su victoria. Despues de los años que han blanqueado ya mi cabeza, os repito esas amenazas y esos gritos de gozo; felices vosotros si no huis, felices si acercandoos mas, decís con todos nosotros hijos de Jesucristo y miembros de su reino: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!*

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA.

DE LA PERPETUIDAD Y DEL

PROGRESO DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Como lo habia querido y como lo habia anunciado, Jesucristo ha establecido sobre la tierra el reino de Dios, el reino de las almas del cual es gefe; lo ha establecido, á pesar de la dificultad de reinar sobre los hombres por la fé, el amor y la adoracion, dificultad que he llamado privada, y á pesar de la dificultad pública que le presentaba la sociedad religiosa y política, tal como se hallaba entonces constituida. Pero es bastante, Señores, para afirmar que Jesucristo se ha sobrevivido como Dios, que su obra esté marcada con un sello que no puede ser otro que el de la divinidad? No, no es bastante; porque aunque el éxito que ha tenido, mirándola en el punto en que la hemos dejado, es decir al advenimiento de Constantino, haya sido prodigioso, sin embargo es peculiar de todo poder que aparece en el mundo, tener una lucha y un triunfo, lucha y triunfo, convengo en ello, que no siempre tienen la misma magnitud, pero que en fin tienen de comun darse á conocer, forcejar, y llegar por último á un momento favorable que puede llamarse un buen resultado. Lo que es mas difícil y necesario para la confirmacion de la victoria, es resistir á la victoria misma. Un diplomático célebre ha dicho: "El tiempo es el grande enemigo." Y bien! Ha vencido Jesucristo al grande enemigo? Despues de la idolatria, despues del imperio romano, ha vencido á ese otro poder, que no es mas que la eternidad disfrazada, al

tiempo? Al fin de una carrera mas ó menos floreciente, no ha sentido como todos, esa mano helada que tarde ó temprano desacredita los sucesos mas grandes y precipita de su trono las mas sólidas dinastías? No ha sido visiblemente herido por esa fuerza lenta que no perdona á nadie? Tal es la cuestion que va á ocuparnos. En suma, yo pongo á vuestra vista el balance de Jesucristo, y os propongo que examineis la activa y la pasiva.

Porqué el tiempo es el grande enemigo? Porque está dotado, Señores, de un doble poder, el poder de destruir y el poder de edificar. Quien ha echado abajo aquellos imperios primitivos de la Asíria y de la Caldea? El tiempo. Quién ha echado abajo el imperio de Ciro, vanamente restablecido por Alejandro? El tiempo. Quién ha echado abajo á ese imperio engrosado con las ruinas de todos los otros, y que se puede llamar con el nombre de mundo, mas bien que con el nombre de imperio, al mundo romano? El tiempo. Quién ha echado abajo á todas esas repúblicas de la edad media cuyos restos que sobreviven aun en mármoles y en pinturas admiramos nosotros? El tiempo. Y por otro lado, quién ha construido estos nuevos reinos de que somos hijos, los reinos de los Francos, de los Germanos, de los Anglo-sajones, y todo el resto? Es la misma mano, habil para volver á crear despues de haber deshecho, y que, del polvo mismo en que juega con orgullo, saca la sustancia, el orden y la solidéz. El tiempo destruye con la mano izquierda y edifica con la mano derecha, igualmente enemigo en los dos casos, pues que el edificio que levanta no hace otra cosa que hundir mas al edificio que derriba, y porque fundar es para él destruir nuevamente.

Pero no nos detengamos, Señores, en estas espléndidas imágenes que solamente nos descubren por el espectáculo exterior el poder enemigo del tiempo. Procuremos robarle su secreto por el análisis, á fin de que, conociendo mejor de donde viene al tiempo su doble fuerza de destruccion y de edificacion, examinemos si Jesucristo ha estado sometido al ejercicio de

ese formidable juego, y porqué solo él ha podido escapar de su influencia, si es que hacemos constar que ha escapado verdaderamente.

La accion del tiempo resulta de cinco causas, la primera de las cuales es la novedad. El tiempo es siempre joven, y sin embargo envejece todo. A cada paso que da, la aurora se adelanta, pero dejando atras las sombras y la noche. Hijo inconstante de la eternidad, toma de ella una juventud que no muere, mas sin poderla comunicar á las cosas que mide por su curso, sino es por un momento. Él pasa, da la vida; mas la vida de hoy será bien pronto la de ayer, la de antes de ayer, la de otro tiempo, un recuerdo, una antigüedad, y con todo eso el tiempo no se ha empobrecido: es siempre fecundo y joven, haciendo suceder lo nuevo á lo antiguo. Pero lo nuevo tiene un embelezo que seduce al espíritu y á los sentidos, y que da lugar facilmente á las doctrinas marcadas con su sello, para que prevalezcan contra doctrinas que han llegado á hacerse añejas por el solo hecho de su perpetuidad. Observad lo que pasa. Luego que un hombre es capaz de anudar ideas bajo una forma nueva y de acomodarlas al curso del tiempo, se hace indefectiblemente de discípulos. Por qué? Porque ha dicho una cosa que no se habia dicho todavía ó que se habia olvidado. Los hombres tenemos la pasion de la novedad tanto en las ideas como en todo lo demas, y no es difícil esplicar la causa de esto. Como la novedad es lo único que nos da en la tierra alguna sensacion de lo infinito, siendo predestinados á gozar de él en la vida eterna, lo infinito es una necesidad de nuestra naturaleza, y lo buscamos con empeño en todas partes. En el momento que hemos observado con atencion un objeto, decimos: basta. Quién volteará la página? La novedad la voltea, y volteándola disfraza á nuestra inteligencia su debilidad con una falsa apariencia de progreso que nos eneanta.

Mas que ningun otro, Señores, Jesucristo tenia que temer esa disposicion de nuestra alma, que arma al tiempo de tan peligroso poder contra la estabilidad doctrinal. Por miseri-

cordioso que sea el Evangelio, no debia ceder á la inconstancia de nuestro espíritu; *El cielo y la tierra pasarán, habia dicho Jesucristo, mas mis palabras no pasarán.* (1) Era necesario que ellas atravesasen todas las edades, perdiendo cada dia la fuerza de la novedad, sin perder nada de su autoridad, ó mas bien era necesario que la palabra evangélica, semejante á Dios, de quien San Agustin ha dicho que es la belleza siempre antigua y siempre nueva, guardara en su antigüedad progresiva, una juventud que encantase el corazon de todas las generaciones.

Lograda sobre el tiempo esta primera ventaja, quedaba la segunda por obtener. La segunda fuerza del tiempo está en la esperiencia, es decir, en la prueba que resulta de la aplicacion de las doctrinas á la vida positiva de la humanidad. Toda doctrina es un cuerpo de leyes que no tiene valor, sino en tanto que se cree contener las verdaderas relaciones de los seres; es como la creacion de un mundo. Mientras esa creacion permanece en el entendimiento en el estado de pura concepcion, puede uno engañarse sobre su mérito real, porque es difícil juzgar de un gran conjunto de ideas; pero no es lo mismo cuando á las ideas, entrando en el dominio de la realidad, se les pide que funden ó que mantengan un orden positivo. La esperiencia manifiesta entonces infaliblemente su debilidad ó su falsedad; porque una ley falsa ó impotente es incapaz de establecer relaciones constantes, y así como una casa viene abajo si ha sido construida sobre medidas inesactas, así tambien un orden cualquiera no podrá subsistir teniendo por base ideas que carezcan del aplomo de la verdad.

Y quien mas que Jesucristo tenia que temer la terrible prueba de la esperiencia? Porque él no habia formado en el mundo con el Evangelio, una sociedad comprendida en los estrechos límites de una raza y de un país, sino una sociedad universal en la que toda alma, cualquiera que fuese su origen, podia aspirar al derecho de ciudad; y por consiguiente si el Evan-

(1) San Mateo, Cap. 24, ver. 35.

gelio era falso, su ruina debia ser tan grande como el universo, y tan rápida como el tiempo cuando obra á la vez sobre un gran número de lugares y de entendimientos.

La tercera fuerza del tiempo está en la corrupcion. Todas las cosas, llegando á cierto punto de prosperidad se corrompen, porque el hombre siendo una vez señor, quiere gozar, y porque el goce da por resultado inevitable esa descomposicion del alma y del cuerpo que llamamos corrupcion. La historia de todos los triunfos es la historia de Anibal en Capua. Se olvida el hombre de todo, se adormece, se embriaga: el veneno lento de la molice afloja todos los resortes de la actividad; y el ser que no es nada sino por la actividad, se consume poco á poco en la ignominia de una indolencia ruin. Nemrod comienza, Sardanapalo acaba. Ese es el camino célebre de las grandes fortunas; el trabajo y la virtud las edifican, el goce las aniquila hasta en sus últimos vestigios. Mas que ningun otro imperio, la religion está sometida á esa gran ley, y sobre toda religion, la de Jesucristo se hallaba estrechamente ligada con ella. Porque la sangre de la cruz le habia dado la vida; y por que teniendo su origen en el suplicio de un Dios, se veia obligada á recordar, en los dias de su prosperidad, las sangrientas mortificaciones de su cuna. Por otra parte, las tentaciones que le preparaba su triunfo debian sobrepujar con mucho todas las tentaciones conocidas. Ella debia ver á sus piés á los reyes de la tierra, dar órdenes de un extremo al otro del mundo, ver á los siglos inclinarse ante su palabra y su accion, cubrir el suelo de monumentos suntuosos, hacerlo tributario de todas las necesidades de un poder y de una gloria sin límites, y bajo el peso de esa fortuna que sube hasta el cielo, conservar en la frente y en el corazon el signo de la penitencia y de la humildad. O bien, si llegaba á sucumbir en uno de los largos dias de su vida, y á sentir los perjuicios de la corrupcion, era necesario que de su corrupcion misma resucitase su vida, no una vida estraña como vemos en la naturaleza, sino su propia vida; y que semejante á la águila de la Escritura, renovando en sí misma el hechizo de su

juventud, volase con las alas estendidas, hecha lijera como antiguamente por su pobreza y su sangre derramada.

La cuarta fuerza del tiempo es el caso fortuito, es decir ciertas circunstancias que no tienen relacion con nada de lo que el genio puede combinar y preveer, y que de un golpe trastornan los designios mejor concertados. La historia está llena de ejemplos de esta clase. La prudencia humana encuentra á veces escollos que no percibe el ojo mas perspicaz. Ese es el grano de arena de que habla Pascal, que una mañana se encontró en la vejiga de Cromwell y frustró los planes destinados á cambiar la faz de la Eurpa.

Es muy natural que os admireis algunas veces de cierto equilibrio que reina en el mundo, y que impide á los mas fuertes aniquilar á los mas débiles, segun ellos desean. En qué consiste que los grandes imperios no han destruido á los pequeños Estados que tienen de vecinos? Consiste en que los grandes imperios tienen contra sí el grano de arena de la vejiga de Cromwel. En el momento en que sus conjuraciones van á trastornarlo todo y á preparar la ruina del derecho sobre la tierra, el hijo de un labrador, en el rincon de una choza, afila su cuchillo sobre un pedazo de piedra de molino. Ese mozo, al ruido de la guerra se encaja el casco en la cabeza, fija el puñal en su cintura y se va á ver lo que pasa entre la Providencia y los reyes. El humo de la pólvora le abre los ojos; la sangre lo enardece; Dios pone en sus manos un bello hecho de armas; he aquí el gran capitán, los imperios á su vista dan un paso hácia atras: ese cuclillo y ese labrador son la casualidad.

Juzgad ahora si Jesucristo habrá tenido en su contra la fuerza de que tratamos, en el curso de un reinado de mil ochocientos años. Consultad solamente la historia del papado y ved el hilo tan sutil de que han dependido los destinos de ese trono rodeado de enemigos y siempre subsistente. Él se ha visto sin cesar obligado á preservarse de intrigas hábilmente manejadas; pero lo que os asombrará mas es que la conjura-

cion de la casualidad, un no sé qué, que podia á cada momento haberlo hecho pedazos, ha tenido la singularidad de respetarlo siempre.

La quinta fuerza del tiempo está en la guerra. Ningun poder acá en la tierra, puede evitar el ser combatido; tiene necesariamente enemigos, no solo á causa de sus faltas y de sus abusos, sino por razon de su misma existencia. Existir es combatir, porque existir es robar en el foco de la vida comun la sustancia destinada á todos; y si esto es verdadero tratándose del mas débil de los seres, cuánto mas no lo será si se trata de una coleccion de seres elevados al rango de poder dominante? Asi es qué Jesucristo declaraba *que no habia venido á traer la paz, sino la guerra*, (1) guerra terrible y sobre un plan cuya magnitud hace retroceder espantada á la imaginacion. Porque es la guerra del espíritu contra la carne y de la carne contra el espíritu, es decir de los dos elementos que constituyen al hombre, y uno de los cuales no puede jamas vencer al otro totalmente. Cuando el cuerpo tiene la superioridad, el alma combate contra él, y cuando el alma es la mas fuerte, el cuerpo espía el momento de romper su yugo. Pero esta lucha intestina no se detiene aquí; ella llega por necesidad á una guerra tan general como profunda. Las almas se unen á las almas y los cuerpos á los cuerpos; los cuerpos juntos contra las almas juntas hacen la gran guerra de la humanidad. Jesucristo á la cabeza de un ejército y Satanás á la cabeza del otro; el ejército de las pasiones, del orgullo, del placer, del odio, por un lado; por el otro, el ejército del espíritu, de la humildad, de la castidad, de la obediencia, de la mortificacion, de la caridad. Todo esto se chocha en las formidables regiones de lo finito y de lo infinito, en las profundidades de Dios, del alma y de los sentidos, en medio de mil causas secundarias que aumentan las tinieblas y los azares del combate, y si Jesucristo es Dios, debe concluir por triunfar, permaneciendo

(1) S. Mateo. Cap. 10. ver. 34.

su divinidad inalterable, aunque siempre insultada en la venerable cima de las cosas y de los tiempos.

Es esto, Sres., lo que ha pasado? Podemos afirmar que Jesucristo ha sido mas fuerte que la novedad, la esperiencia, la corrupcion, el caso fortuito, la guerra, mas fuerte que todas esas causas reunidas juntamente contra él durante un periodo de mil ochocientos años? Podemos afirmarlo?

Sí Sres., yo puedo afirmarlo; puedo aun haceros notar tres grados en ese triunfo de Jesucristo sobre el tiempo. Porque, primeramente, él vive, su obra está delante de vosotros; aunque haya sufrido mas ó menos ataques en esa larga peregrinacion verificada bajo la mano sediciosa de los siglos, sin embargo está en pié. Ella permanece siempre rodeada de bastante esplendor para atraer todas las miradas y para ser tambien el objeto de una veneracion con la cual nada es comparable, como así mismo nada es comparable con el encarnizamiento de los enemigos que no han aceptado en su duracion temporal la prueba de su origen en el seno mismo de la eternidad. Pero no es esto todo. No solamente vive Jesucristo en su Iglesia y su Iglesia en él, sino que despues de la era cristiana, ningun establecimiento religioso se ha fundado en el mundo del que no haya sido Jesucristo el cimiento y la base.

El primero en el orden de los tiempos es el islamismo. Pues bien la base del islamismo, Grocio lo habia notado antes que yo, es toda biblica. Es Abraham, Isac, Jacob; es Moises, el monte Sinai, el pueblo judio en los hechos mas memorables de su historia; es Jesucristo mismo venido despues de los profetas y mas grande que ellos. En cada página del Alcoran, Mahoma inserta una relacion sacada de las antigüedades cristianas, ó hace alguna alusion á ellas. Por qué todo esto? Porqué, queriendo darse el honor de fundar una religion, no ha tomado Mahoma una base enteramente propia de él? Porqué Sres.? Porque no le era posible. Al hombre no es dado construir en el aire, ya sea en el orden de los espíritus, ó ya en el de los cuerpos: necesita un fundamento. Pero, segun la es-

presion de Fontenelle, "la religion cristiana es la única religion que tiene pruebas," y en donde quiera que se manifiesta una vez con la autoridad de su historia, es indispensable que el error fije en ella su punto de apoyo y se ingiera en ese tronco poderoso que es el único que echa raices en la antigüedad. Mahoma vivia en un siglo y sobre un suelo impregnado ya de la savia del cristianismo; tocaba á la Abisinia, país de una gran cristiandad, al Egipto que era una de sus metrópolis, á la Judea, donde los grandes misterios cristianos habian sido consumados; la sangre de su pueblo subia con una celebridad incontrastable á la sangre de Abraham; no podia, pues, con semejantes condiciones sino fundar una heregia, ó, si quereis mas bien, sobreponerse á Jesucristo por una infidelidad que le tributa aun un homenaje brillante. Ved aquí por qué los musulmanes han permitido siempre á los cristianos el vivir sobre su territorio y el adorar en él á Jesucristo, no por una tolerancia que provenga del miedo, sino por respeto á las tradiciones comunes de las dos religiones y por las recomendaciones formales del Alcoran. Ha habido guerra entre los cristianos y los musulmanes para saber por quién quedaria la victoria; pero no ha habido una persecucion propiamente dicha de los musulmanes contra los cristianos. Ismael reclamaba solamente su derecho de primogenitura sobre Isac. Y esto os esplica, Sres., el singular espectáculo que nos presenta hoy dia Constantinopla, en donde á pesar de la pena de muerte fulminada contra todo cristiano que convierte á un musulman, no obstante los cristianos de todas las comuniones tienen plena libertad de ejercer su culto aun públicamente.

Despues del islamismo ha venido el cisma griego. Y bien, el cisma griego es toda la Iglesia católica con escepcion de dos puntos; la primacía del soberano Pontífice y la procesion del Espíritu Santo. Todo lo demas, dogmas, moral, sacramentos, jerarquia, costumbres, ha sido conservado por los sucesores de Focio. Ellos han rechazado al vicario de Jesucristo, mas no han rechazado á Jesucristo mismo, Jesucristo

es el objeto de su fé, de su amor y de su adoracion, la piedra angular de su edificio religioso.

Lo mismo ha sucedido, aunque en un grado menor con el protestantismo. El protestantismo ha negado la Iglesia, pero no á Jesucristo; Jesucristo es para él el doctor y el rey de las almas, y aun para un gran número de protestantes es el hijo único de Dios, digno como tal de una suprema adoracion.

Ningun otro establecimiento religioso se ha plantado en el mundo despues de la era cristiana. El Brahmanismo y el Budismo existian ya antes de Jesucristo, y si se ha hecho sentir algun movimiento en este último en una época mas inmediata á nosotros, es debido á las comunicaciones de los cristianos con las regiones lejanas de la India y de la Tartaria. Asi es que se ha observado en las montañas del Tibet, despues de nuestras célebres embajadas de la edad media, una pueril imitacion del papado. Una vez exaltado Jesucristo sobre la tierra, su luz ha hecho retroceder por todas partes las tinieblas de los falsos cultos; un número muy grande ha desaparecido enteramente, y ningun otro se ha formado, sino tomando por base su historia y su nombre. Él ha llegado á ser, por decirlo así, el tronco del error asi como lo es el de la verdad, y cualquiera que lo niega totalmente, se hunde en un abismo donde nada fructificará mas que la muerte. Su tumba es hoy dia el centro del mundo religioso. Los musulmanes la guardan, los griegos la guardan, los protestantes la guardan, los católicos la guardan. Todos juntos ocurriendo de los cuatro vientos del cielo, están de acuerdo en venerar la piedra inanimada en que durmió tres dias y tres noches el cuerpo ajusticiado de Jesucristo. Cien batallas se han dado al rededor de ese monumento, veinte veces los destinos del mundo han cambiado de aspecto; mas la derrota ó la victoria no le han llevado jamas, sino el homenaje de las naciones, y tantos sacudimientos solo han servido para elevar en la gloria esa tumba fragil ante la cual todo va á prosternarse. Si los católicos solos hubieran tomado su tutela, habria sido una

tutela vulgar como lo es todo aquello que nada tiene de extraordinario: convenia mas á los designios profundos de Dios que Jerusalem fuese hollada por las naciones, (1) como habia anunciado el Evangelio, y que el santo sepulcro sostenido por mil manos, apareciese en el centro de todos los sucesos como el signo indicador de que ningun establecimiento religioso es posible en lo de adelante, sino á condicion de participar en alguna manera de la sangre, de la doctrina y de la memoria de Jesucristo.

El tiempo, Señores, os dará de esto nuevas pruebas. Vosotros vereis desaparecer los restos vergonzosos de los cultos sin fundamento, á medida que progresa la civilizacion cuyo creador y gefe es Jesucristo. La fábula no puede sostenerse contra la historia, la antigüedad vacía contra la antigüedad monumental, el mundo vago contra el mundo cierto, la muerte contra la vida. Jesucristo prosigue su carrera por en medio de las infidelidades mismas que el orgullo le hace sufrir; se vale de los cismas y de las heregías como de una agua corrompida que sirve de antidoto contra esa pasion, á una multitud de almas preservadas del veneno por la sencillez de la ignorancia y de la buena fé. Además, y este es su tercer triunfo sobre el tiempo, mantiene incorruptible y superior á toda su verdadera Iglesia, á la Iglesia católica, apostólica, romana. Le asegura la superioridad numerica; porque el islamismo no cuenta mas de cien millones de sectarios, el cisma griego sesenta millones, el protestantismo un número igual, mientras la Iglesia católica tiene ciento sesenta millones de almas sometidas á su gobierno. La superioridad jerarquica: porque ni el islamismo, ni el cisma griego, ni el protestantismo, han podido crear una suprema dignidad pontificia. La superioridad de independenciam: porque ninguna otra ciudad espiritual ha podido conservar inviolable el santuario del alma, ecepto la Iglesia católica, que á fuerza de dar á esta causa su sangre in-

(1) San Lucas, cap. 21, ver. 24

agotable, ha librado del yugo á su palabra y su accion, y merece el honor de ser en el mundo el baluarte del derecho y la tierra virgen de una santa libertad.

No me estenderé mas, Señores, sobre los caracteres de la verdadera Iglesia de Jesucristo; lo he hecho ya anteriormente, y si los recuerdo ahora de paso, es solo para hacer constar la soberana providencia por la cual los ha mantenido Jesucristo al frente de su Iglesia contra todos los esfuerzos del tiempo.

Resulta pues del examen que acabamos de hacer una triple perpetuidad en favor de Jesucristo: perpetuidad de la vida, perpetuidad de irradiación exclusiva de la vida, perpetuidad de superioridad en la vida.

Pero me direis: En buena hora! Jesucristo ha vivido; ha infiltrado su vida en todos los establecimientos religiosos posteriores á él, y aun ha mantenido á su Iglesia sobre todo. Sin embargo, no percibís actualmente en su obra signos de decadencia? No se ha eximido una multitud de almas de su dominación? Y cuando la señal de la derepitud comienza á notarse, no se puede presagiar una próxima é inevitable disolución?

Esa es vuestra opinion, Señores; la mia es que Jesucristo está en el zenit de su gloria y de su fuerza, y, si Dios fuere servido, voy á tener el honor de demostraroslo.

Tres cosas constituyen el poder, y el progreso de estas tres cosas constituye el progreso del poder; estas son: el estado territorial, el estado numérico y el estado moral. Pues bien, yo afirmo que bajo esta triple relacion, Jesucristo no ha llegado jamas á un punto tan elevado, como aquel en que lo contemplamos en el dia.

Primeramente, cual era el territorio de Jesucristo en los tiempos de Constantino? Estaba poco mas ó menos comprendido en los límites mismos del imperio, entre el Rhin, el Eufrates y el Atlas. Si pasaba mas allá, ese exedente, se compensaba con las numerosas partes del imperio, de las que el Evangelio no habia tomado sino una imperfecta y precaria posesion. Y en la actualidad qué es lo que veis? Jesucristo, es

verdad, ha perdido algunas de sus tierras primitivas, ocupadas por los musulmanes; aunque es preciso notar que existen muchos cristianos sobre toda la superficie del suelo islámico, y que el islamismo reconoce á Jesucristo y á sus antepasados. Pero dirigid vuestras miradas al Occidente, al Oriente, al Norte, al Mediodia, y en todas las direcciones del globo reconocereis los pasos conquistadores del Salvador. Ha pasado el Rhin; ha sometido la Alemania, la Polonia, todas las Rusias, los tres reinos británicos, y ha llevado hasta el polo, al traves de las montañas y de los yelos de la Suecia, el sol de su dominación. El oceano Atlántico no le ha presentado ningun obstáculo; ha pasado el cabo de Buena Esperanza, sujetado al imperio de sus hijos, esa famosa peninsula de la India que se ha considerado desde la antigüedad como el depósito de todos los tesoros de la naturaleza. Ha fundado establecimientos á lo largo de las costas de África, y se ha reunido por el mar Rojo con sus antiguas posesiones de la Abisinia. Ha recorrido las dos Américas, y de un polo al otro, arreglándolas bajo sus leyes, hace brotar á un tiempo, repúblicas, misiones y obispados. Ha recobrado la España sobre Mahoma y sacude por todas partes la tierra del islamismo. En la época presente, cuando el gefe de la casa de Borbon estaba á punto de descender del trono y de llevar al destierro su noble vejez, hemos visto á Jesucristo, valiéndose del brazo del antiguo rey franco, que escribia así su testamento entre nosotros, lo hemos visto arrebatarse dos reinos á la infidelidad, el reino de la Grecia y el reino de Argel. Aun mas recientemente la China le ha franqueado sus puertos largo tiempo cerrados; la Nueva Holanda se puebla á la sombra de su cruz; las islas de la Oceania trasforman sus salvajes habitantes en humildes y dulces adoradores de su Evangelio. No hay mares, no hay soledades, no hay montañas, no hay lugares inaccesibles, en donde Jesucristo no enarbole los valientes pabellones de sus hijos confundidos con el suyo.

Volveos ahora hácia atras hasta Constantino, pesad el mundo cristiano de aquella época, con el mundo cristiano de la

nuestra, y juzgad del progreso territorial que ha hecho Jesucristo.

Otro tanto puede asegurarse en cuanto al estado numérico. Lo he dicho ahora mismo, la iglesia católica cuenta ciento sesenta millones de fieles, el cisma griego sesenta millones, el protestantismo otros sesenta millones. Es un total de doscientos ochenta millones de hombres que reconocen á Jesucristo por su salvador y su jefe espiritual. Sin duda hay en este número muchos que no llevan su yugo con una convicción actual y presente á su espíritu; mas no se debe estimar al cristiano en tal ó cual momento de la vida, sino en el conjunto de todos sus instantes y sobre todo á la hora de la muerte. Entre tantos hombres que se reputan incrédulos, hay muy pocos que resistan á Jesucristo hasta el fin, y que no le pidan perdón de sus extravíos mas bien que de su apostasía. Su alma, por otra parte, fué formada por el Evangelio, y viven con él aun en el momento en que creen desconocerlo. En ningún tiempo el estado numérico de Jesucristo fue mas floreciente, y tiende cada día á aumentarse por el desarrollo de las poblaciones cristianas. Mientras que las razas musulmanas se empobrecen, y que los restos de los pueblos idólatras vejeitan en su inmovilidad, la sangre cristiana bendecida por Dios florece sin medida, y perpetuas emigraciones llevan á lo lejos la superabundancia de ella, y con ella las semillas preciosas de la fé.

Si notais una desproporción entre el territorio y la población de Jesucristo, es fácil explicar su causa. El poder de los cristianos va mas de prisa aun que su sangre; ellos conquistan y gobiernan el espacio con un puñado de bombes y su genio lo llena mucho antes que su posteridad. No creo que esta observación perjudique á Jesucristo. Pero hay otra en que ciertamente me aguardais vosotros y en la que os espero tambien. Sea lo que fuere, direis, del progreso territorial y numérico de Jesucristo, fenómeno que se explica por el ascendiente de las razas cristianas, no se puede negar la invasión y el progreso de la incredulidad en el seno del cristianismo. Si

Jesucristo ha echado abajo los cultos anteriores al suyo, la incredulidad mas poderosa que él, derriba á su vez la obra que Jesucristo habia edificado, y la derriba con una circunstancia mas terrible todavia, pues que la duda y la negación vienen á ocupar el lugar de la fé. Como aquellas tierras esterilizadas por una sustancia que ha devorado toda su savia, y que no pueden ya producir nada, la tierra por donde ha pasado el Cristo es una tierra maldita, no produce ya mas que la duda y la negación. De esta manera vamos á un estado peor, que ninguno de aquellos de que la humanidad ha sido el testigo y la víctima. Semejante al conquistador que hizo arrasar á Jerusalem y sembrar sal sobre sus ruinas, el Cristo ha agotado las convicciones del género humano y sembrado en su inteligencia la sal de la incredulidad absoluta. Desgraciados de nosotros, sin duda, desgraciados de nosotros, que no podemos creer ya! Pero á quién somos deudores de esta incapacidad, sino á la tiranía de Cristo, que no ha sido bastante fuerte para encorbar perpetuamente nuestros espíritus bajo sus dogmas, y que lo es demasiado para no permitirnos ninguna otra fé mas que la suya?

Convengo en ello, Sres., despues de diez y siete siglos en que Jesucristo no fue negado, lo ha sido en fin, en el último siglo; lo es aun en la actualidad. Pero lejos de que este accidente amenace á la obra de Jesucristo, ella saca de él un esplendor que os será fácil reconocer y apreciar. Tres países eran la residencia de la sublevación total contra Jesucristo: la Inglaterra, la Francia y la Alemania. En cuanto á la Inglaterra, hace mucho tiempo que la incredulidad no posee allí ni poder ni celebridad alguna. Si vuestros oídos han estado atentos á los ecos del Parlamento Británico, la expresión mas elevada de los pensamientos nacionales, no habrá llegado á vosotros desde el principio del presente siglo, una palabra que haya sido una injuria ó una amenaza para Jesucristo. La Inglaterra ha emancipado á los católicos; ha vuelto á llamar á la tribuna de su Parlamento la voz proscrita de los que sos-

tienen la dignidad papal; ha abierto sus campiñas al arado de los monges y sus escuelas á la ciencia del clero romano. Los viejos muros de Oxford han oido á los mas célebres doctores del anglicanismo hablar allí de Jesucristo como la antigua Iglesia; han visto el retiro de muchos de ellos que han pasado de la cátedra á la humildad de una celda para rezar el oficio al estilo de los religiosos y pedir al pié del crucifijo, la vuelta de su alma y de su país á la antigua fé de los Anglo-Saxones. Capillas católicas y aun catedrales, han salido brillantes de la tierra de proseripcion, y Jesucristo se ha paseado en triunfo con sus obispos y sus presbiteros en las calles por donde las piedras y la espada lo habian perseguido. La Inglaterra, en fin, se ha sustraído á la incredulidad, ella que habia sido la primera en cubrirla con la proteccion de sus loores y sus hombres de talento.

Si miramos en seguida la Francia, sin duda observaremos en ella con la misma plenitud los signos de una conversion á la fé. Entre tanto, ninguno de vosotros, instruido de lo pasado y de lo presente dejará de comparar las dos situaciones. En el último siglo, la incredulidad era dueña absoluta de los entendimientos; ella sola tenia la pluma y llevaba la palabra con elocuencia; sus libros eran acontecimientos públicos, sus grandes hombres caminaban al igual de las antiguas familias de la monarquía, y mantenian correspondencia familiar con todos los reyes de Europa; una conjuracion ruidosa y sin contrapeso alzaba hasta el cielo toda clase de injurias contra Jesucristo. Como estamos, Sres., á la hora en que os hablo? No tiene Jesucristo entre nosotros sus escritores, sus oradores, su partido, su juventud, su gloria, y si la incredulidad subsiste, no sabemos hacerle bajar la cabeza, y marchar penetrados de la fuerza de nuestra alma, contra sus éxitos envejecidos y sus esperanzas tan mal justificadas? Así es, Sres., la contraseña de la fé, en lo que tiene de mas militante, parte de la Francia; nuestros misioneros, nuestras hermanas de la caridad, nuestros hermanos de las escuelas cristianas la llevan has-

ta las estremidades del mundo, y cualquiera que ama á Jesucristo en la tierra pone la mano sobre nuestro corazon, para reconocer en él los latidos de la fé y dar gracias al Todopoderoso que nos hiere y nos cura.

Nada diré de la Alemania; ella es todavia, aunque con algunas modificaciones, el foco de la guerra contra Jesucristo. Allí es á donde nuestros incrédulos van á pedir las armas que el genio de la Francia les rehusa de dia en dia; mas la caída es grande, y el rayo que sale de las nubes del Rhin no está destinado á causar las mismas heridas, que las que ha de hacer esa doble lengua de Inglaterra y de Francia, cuya futura alianza predecia el gran Conde de Maistre hace ya mas de veinte y cinco años, en provecho de la Iglesia y de Jesucristo.

Pero no nos contentemos, Señores, con justificar por los hechos la disminucion progresiva de las fuerzas de la incredulidad; tratemos de descubrir sus causas, á fin de llegar á conclusiones que puedan abrazar tanto el porvenir como lo pasado.

Dios pues, testigo del ofuscamiento de las inteligencias, ha tomado por la mano tres soles y ha hecho que se levanten suavemente sobre el horizonte de la Iglesia: el sol de la historia, el sol de la ciencia y el sol de la libertad. La historia era mal conocida; grandes trabajos, auxiliados por grandes revoluciones sociales han puesto en claro sus sombríos misterios, y Jesucristo, calumniado en las obras de su Iglesia, ha recobrado en las realidades del mundo un lugar que se habia querido deshorrar. Mientras que la historia hablaba en su favor por los trabajos de los protestantes y de los incrédulos tanto como por los de los católicos, la ciencia le servia con no menos justicia y fidelidad. Escarbaba en las entrañas de la tierra y allí encontraba la primera página de Moises; descendia al fondo de los templos y de las necrópolis del Egipto, y descubria los puntos de contacto de la historia egipcia con la historia del pueblo de Dios; lograba descifrar

la lengua de los geroglíficos, esos signos, llamados á la vida de su espresion, tributaban testimonio á la fecha no muy antigua de la creacion del mundo, comprometida por cálculos de Astronomía; examinaba ruinas é inscripciones, esas ruinas y esas inscripciones hablaban por nosotros: la naturaleza, interrogada en todos sentidos despedia por sus poros un sonido cristiano, como si hubiera sido seducida por Jesucristo.

La libertad nos prestaba tambien, en el uso que se hacia de ella, servicios distinguidos. Rompia en parte las cadenas con que la incredulidad habia oprimido á la Iglesia por la mano de los reyes, y daba lugar á Jesucristo para que volviese á tomar el cetro de una palabra debilitada largo tiempo por un respeto que ya no era merecido.

Mientras tanto, Señores, la incredulidad ha recibido un golpe mas terrible aun que todos estos. Por que las causas que acabo de enumerar no obran sino en los rangos elevados del mundo; no hieren el corazon del genero humano, y ese golpe del centro es necesario á toda grande accion. El centro del mundo, el corazon del genero humano es el pueblo. Era necesario pues que el pueblo tubiese un signo contra la incredulidad, y ese signo le ha sido dado, á fin de que nada falte á las causas de salvacion que Dios nos prepara. Qué signo por fin, ha tenido el pueblo? Qué signo? Señores! vedlo aquí: el alma y el cuerpo del pueblo nada han ganado con la incredulidad, y el pueblo lo ha conocido. El pueblo tenia un Dios en el cielo; cuando la tierra, tan ingrata para él, lo encorbaba demasiado bajo, se levantaba con las manos juntas, y apelando á Dios por su miseria presente, sentia su dignidad y experimentaba algun consuelo. El pueblo tenia un Dios, no solamente en el cielo, sino mas proximo á él, un Dios que se habia hecho hombre y pobre, que habia nacido en un pesebre, cuyo cuerpo se habia acostado sobre la paja y que habia sufrido en la vida mas que él. El pueblo tenia un Dios, no solamente en el cielo, no solamente en su carne y en su pobreza, sino que tenia un Dios sobre esa misma cruz que

lleva el pueblo, y cuando se miraba con los dos brazos estendidos en su suplicio, encontraba á su derecha á su Dios crucificado por él y haciéndole compania. El pueblo tenia un Dios, no solamente en el cielo, no solamente en su carne y en su pobreza y en su propia cruz, sino que tenia un Dios vivo en la Iglesia para enseñarlo, defenderlo y consolarlo; tenia un Dios vivo en el sacerdote para recibir los secretos pesares de su corazon; tenia un Dios vivo en la hermana de la caridad para curar sus piernas cuando le rehusaban su servicio y para honrar su alma en las miserias de su cuerpo. El pueblo tenia un Dios en el cielo y sobre la tierra: vosotros le habeis quitado el Dios del cielo y no le habeis guardado el Dios de la tierra. Qué es lo que habeis puesto en su lugar? Qué otro Dios le habeis dado? Ah! yo me equivoqué, le habeis dado por Dios la duda y por Diosa la negacion. Le habeis dicho: Puede ser. Y pareciendooos aun esto demasiado, habeis replicado con autoridad, habeis dicho: No! De qué puede quejarse? No tiene Dios, no tiene Cristo, no tiene Evangelio, no tiene Iglesia; pero le quedais vosotros, y con vosotros le quedan tambien los gusanos que lo han puesto en el mundo y que se comerán su cadáver. No es esto bastante para satisfacer un alma?

Puede ser que no pudiendo vosotros mismos soportar el espectáculo de esa implacable espoliacion ejecutada por vuestras manos, os volvais hácia el cuerpo del pueblo y le pondreis lo que os debe de bien estar en cambio de bien vivir. Ah! ya aguardaba yo esta indicacion. El cuerpo del pueblo! Escuchad el ruido de Manchester, de Birmingham, de Flandes, el grito no de la pobreza y de la miseria, estas son palabras y cosas anticuadas, sino el grito del pauperismo: es decir el grito de la angustia elevada al estado de sistema y de poder, y saliendo, por una maldicion inesperada, del desarrollo mismo de la riqueza! La economia política de la incredulidad ha sido arruinada por los hechos sobre todos los teatros de la industria y de la actividad humanas; ella forcejea contra

esos resultados tan terribles como imprevistos, mas es la hidra de Lerna entre los brazos de Hercules: el golpe que ha recibido es un golpe mortal, porque es la mano del pueblo la que se lo ha dado!

En una palabra, el alma y el cuerpo del pueblo nada han ganado con la incredulidad, y el dia de hoy, veinte del mes de Diciembre del año de 1846, en vísperas del nacimiento conmemorativo del hijo de Dios sobre la tierra, el pueblo lo sabe.

Pero si hasta ahora nada habeis hecho en favor del alma y del cuerpo del pueblo, lo hareis acaso en lo sucesivo? Establecereis por fin una doctrina que reemplace la doctrina de Jesucristo? Yo debo quitaros esta última esperanza, y aun, sin insistir sobre la inutilidad de vuestros esfuerzos anteriores, debo probaros que es imposible que fundeis una doctrina. En efecto, la incredulidad descansa sobre dos bases generales; he aquí la primera. El hombre no debe creer al hombre, porque todo hombre vale tanto como otro cualquiera y no hay cosa mas preciosa que la independencia del espíritu. Vuestra segunda base es la siguiente. El hombre no debe creer á Dios porque Dios no habla al hombre. Mas si el hombre no debe creer ni al hombre ni á Dios, á quién, en suma, debe creer? Vosotros respondeis. A sí mismo, y á sí mismo únicamente. Ahora bien, donde no se cree sino á sí mismo, no hay discipulos; donde no hay discipulos, no hay maestro; donde no hay maestro, no hay unidad; donde no hay unidad, no hay doctrina. Vosotros no fundareis pues una doctrina, aunque trabajéis mil años multiplicados por otros mil; y si salís de las bases de la incredulidad, al instante mismo volveis á caer en Jesucristo, único maestro posible de cualquiera que reconozca una autoridad, porque fuera de él nada hay que tenga fundamento.

Mas en fin, convengamos en que fundais una doctrina: no será bastante el que la fundeis para destronar á Jesucristo; será necesario que esa doctrina exceda en perfeccion á la de Jesucristo. Escuchad ahora lo que me ha sucedido. Hace tres meses que leia en beneficio vuestro, al hombre de este siglo

que parece haber tenido el honor de escribir contra Jesucristo con mas audacia, si no con mas habilidad, al doctor Strauss. Despues de haber devorado, con el sudor en la frente, cuatro grandes volúmenes con un fastidio trascendental, como dicen los alemanes, llegué por último al capitulo intitulado: *Conclusion*. Allí el doctor Strauss, partiendo de la idea de que Jesucristo ha sido arruinado para siempre, se pregunta á sí mismo, si no se presentará, sobre el teatro vacio de la humanidad algun hombre capaz de igualar y aun de descollar sobre Jesucristo? Fijada esta cuestion, una especie de justicia tardía y elocuente se apodera del escritor, y, en una página que he releido muchas veces, la única en que el alma se hace sentir, declara que no es probable que hombre alguno pueda nunca igualar á Jesucristo; pero que lo que sí es cierto absolutamente, es que jamas habrá quien sea capaz de sobrepujarlo.

Tal es el decreto del destino.

Resumiendo, Señores, observo en Jesucristo una triple perpetuidad; perpetuidad en la vida, perpetuidad en la irradiacion esclusiva de la vida, perpetuidad en la superioridad de la vida. Observo tambien en él un triple progreso; progreso en el estado territorial, progreso en el estado numérico, progreso en el estado moral. Jesucristo pues ha vencido al tiempo; ha vencido al grande enemigo, y viendolo en la altura de los siglos, en la serenidad de su imperturbable juventud, recuerdo lo que S. Pablo decia de él en otro sentido: *Jesucristo resucitado de entre los muertos ya no muere.* (1) Un dia bajó á la tumba; pero la humanidad por la cual murió, se ha inclinado hácia él, y levantándolo con un amor que no se ha podido extinguir lo tiene en sus dos manos resucitado. Mirad, Sres., mirad, mirad bien; él está vivo. Mirad todavia; él no muere nunca, es joven, es rey, es Dios. Ha vivido como Dios, se ha sobrevivido como Dios, mañana os demostraré que se ha preexistido como Dios. De manera que no faltará nada en ese triple acto de la vida, vivir, sobrevivir-

(1) Epístola á los Romanos, Cap. 6. ver. 9.

se, preexistirse, nada en él que no esté marcado con el sello de la divinidad, y que no me obligue á proclamar con la soberanía de la certidumbre aquellas otras palabras de S. Pablo: *Jesucristo existía ayer, existe hoy y existirá por los siglos de los siglos.* (1)

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CONFERENCIA

CUADRAGESIMA PRIMERA.

DE LA PREEXISTENCIA

DE JESUCRISTO.

Monseñor.— Señores.— Vivir y sobrevivirse no es todo lo que constituye la vida, tomada esta palabra en su significacion mas estensa; el tercer acto de la vida, que es el primero en el orden del tiempo, es preexistirse. Todo ser, ecepto Dios, se preexiste en su germen; y el hombre en particular se preexiste en sus ascendientes. Ninguno se eleva en el mundo sin que su reinado haya sido preparado de antemano, y cuanto mas importante es el destino que la Providencia le proporciona, tanto mas importante es en sí misma la accion preparadora de sus progenitores. Jesucristo en cuanto hombre, debia pues preexistirse á la manera de los hombres, y como superior por su destino á todos los hombres, debia preexistirse en una forma eminente propia de él solo. A sí es que he observado ya desde un principio que él únicamente entre todos los grandes hombres, posee una genealogia auténtica que sube hasta el padre del género humano, y que es sin contestacion, el primer hidalgo del mundo.

(1) Epistola á los Hebreos, Cap. 13. ver. 8.

Es muy poca cosa, convengo en ello; por lo mismo su preexistencia no debe limitarse á esto.

Los antepasados, acabo de decirlo, son proporcionados á la posteridad. Cualquiera que no tenga antepasados, no tendrá posteridad, y esto os esplica la fragilidad de las doctrinas que veis aparecer y desaparecer incesantemente. Comienzan con el hombre que las anuncia, y comenzando con él, mueren con él tambien. Luego que un hombre sin antecedentes en su palabra, un hombre recién venido al mundo, se atreve á presentar á la humanidad doctrinas que él llama nuevas, esta palabra sola es la profecía de su impotencia y el signo de su condenacion. Porque si las doctrinas cuyo honor se atribuye tubieran importancia, le habrian inevitablemente preexistido, y cuando mas seria el renovador de ellas; decir que una cosa importante comienza en uno mismo, es tomar la nada por punto de partida, por horizonte y por fin.

Mas si los antepasados son proporcionados á la posteridad, se sigue de esto que Jesucristo ha debido preexistirse en los suyos con una incomparable grandeza. Y para hablar con precision, pues que Jesucristo ha tenido por posteridad la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos posteriores á él, ha debido tener por antepasados la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos anteriores á él. Siendo la Iglesia católica el fruto de su venida, es necesario descubrir antes de ella alguna cosa que prepare dignamente la Iglesia católica, y que contenga á Jesucristo entre un pasado y un por venir no iguales el uno al otro, pero si de tal modo equilibrados que lo que ha habido antes de él esté fuera de comparacion con todo, asi como lo que ha habido despues de él está fuera de comparacion con todo. El pueblo judio, Señores, llena estas condiciones. Él ha sido la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos que han precedido á Jesucristo, como la Iglesia católica es la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos modernos; y asi como Jesucristo es el alma de la Iglesia católica, donde se perpetúa

se, preexistirse, nada en él que no esté marcado con el sello de la divinidad, y que no me obligue á proclamar con la soberanía de la certidumbre aquellas otras palabras de S. Pablo: *Jesucristo existía ayer, existe hoy y existirá por los siglos de los siglos.* (1)

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CONFERENCIA

CUADRAGESIMA PRIMERA.

DE LA PREEXISTENCIA

DE JESUCRISTO.

Monseñor.— Señores.— Vivir y sobrevivirse no es todo lo que constituye la vida, tomada esta palabra en su significacion mas estensa; el tercer acto de la vida, que es el primero en el orden del tiempo, es preexistirse. Todo ser, ecepto Dios, se preexiste en su germen; y el hombre en particular se preexiste en sus ascendientes. Ninguno se eleva en el mundo sin que su reinado haya sido preparado de antemano, y cuanto mas importante es el destino que la Providencia le proporciona, tanto mas importante es en sí misma la accion preparadora de sus progenitores. Jesucristo en cuanto hombre, debia pues preexistirse á la manera de los hombres, y como superior por su destino á todos los hombres, debia preexistirse en una forma eminente propia de él solo. A sí es que he observado ya desde un principio que él únicamente entre todos los grandes hombres, posee una genealogia auténtica que sube hasta el padre del género humano, y que es sin contestacion, el primer hidalgo del mundo.

(1) Epistola á los Hebreos, Cap. 13. ver. 8.

Es muy poca cosa, convengo en ello; por lo mismo su preexistencia no debe limitarse á esto.

Los antepasados, acabo de decirlo, son proporcionados á la posteridad. Cualquiera que no tenga antepasados, no tendrá posteridad, y esto os esplica la fragilidad de las doctrinas que veis aparecer y desaparecer incesantemente. Comienzan con el hombre que las anuncia, y comenzando con él, mueren con él tambien. Luego que un hombre sin antecedentes en su palabra, un hombre recién venido al mundo, se atreve á presentar á la humanidad doctrinas que él llama nuevas, esta palabra sola es la profecía de su impotencia y el signo de su condenacion. Porque si las doctrinas cuyo honor se atribuye tubieran importancia, le habrian inevitablemente preexistido, y cuando mas seria el renovador de ellas; decir que una cosa importante comienza en uno mismo, es tomar la nada por punto de partida, por horizonte y por fin.

Mas si los antepasados son proporcionados á la posteridad, se sigue de esto que Jesucristo ha debido preexistirse en los suyos con una incomparable grandeza. Y para hablar con precision, pues que Jesucristo ha tenido por posteridad la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos posteriores á él, ha debido tener por antepasados la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos anteriores á él. Siendo la Iglesia católica el fruto de su venida, es necesario descubrir antes de ella alguna cosa que prepare dignamente la Iglesia católica, y que contenga á Jesucristo entre un pasado y un por venir no iguales el uno al otro, pero si de tal modo equilibrados que lo que ha habido antes de él esté fuera de comparacion con todo, asi como lo que ha habido despues de él está fuera de comparacion con todo. El pueblo judio, Señores, llena estas condiciones. Él ha sido la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos que han precedido á Jesucristo, como la Iglesia católica es la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos modernos; y asi como Jesucristo es el alma de la Iglesia católica, donde se perpetúa

su vida, ha sido tambien el alma del pueblo judío, en quien se ha preexistido. Yo debo demostraros esta doble proposicion, y acabar asi de acumular sobre la cabeza del Redentor todos los rayos promulgadores de su divinidad.

Que el pueblo judío sea la mas grande obra social y religiosa de la antigüedad, no creo que me costará mucho trabajo hacerlo ver. Comencemos por su superioridad bajo el aspecto social. La legislacion es el primer elemento de la vida de un pueblo, y en la legislacion, el primer punto que hay que considerar es la constitucion misma de la ley. Pues bien, la ley hebraica tiene dos caracteres que no pertenecen sino á ella sola, y que la ponen fuera de toda comparacion: la universalidad y la inmutabilidad. Ella tiene por base alguna cosa universal, á saber: las relaciones generales del hombre con Dios y con la humanidad. Las tablas del Sinai, que son su prólogo y su pagina fundamental, subsisten aun hoy día como la mas memorable espresion de todos los grandes deberes; y la Iglesia católica, aun despues de la promulgacion del Evangelio, no ha podido sustituir al Decalogo, nada que haya juzgado digno de hacerlo olvidar. Esos diez preceptos son la base de la moral cristiana como eran la base de la moral hebraica. En segundo lugar, la ley judía, aunque conteniendo todo el órden político, civil, criminal, comercial, judicial y hasta el ceremonial, cosas esencialmente variables por su naturaleza, ha estado dotada de una inmutabilidad de que no hay ejemplo en ninguna otra legislacion sea cual fuere. El poder legislativo de los hebreos ha comenzado y ha concluido en Moises. Mientras que toda sociedad humana tiene en su seno un poder legislativo permanente que deroga, añade, corrige segun los tiempos y las necesidades, y un poder legislativo ecepcional que se estiende hasta reformar la constitucion misma conmovida por la revolucion de las costumbres, el pueblo judío, desde Moises, se ha contentado respecto á su ley con una simple facultad reglamentaria. La mano que habia gravado las tablas del Sinai y escrito esa basta legislacion comprendi-

da en el Pentateuco, se ha considerado bastante fuerte para constituir perpetuamente á todo un pueblo, cualquiera que fuese el tiempo de su duracion, y tres mil años transecurridos sobre su obra no le han dado una sola vez el mas ligero mentis. Nosotros, Señores, podemos mejor que nadie, despues de los cincuenta últimos años de nuestra historia, apreciar el genio sobrehumano de semejante fundacion.

Hemos hablado de la constitucion de la ley, siguese ahora hablar de la constitucion de la autoridad, que es una condicion indispensable en toda legislacion; porque la autoridad es el custodio vivo del testo muerto de la ley. Y cual era entre los hebreos la constitucion de la autoridad? Se ha dicho frecuentemente, si no me engaño, que era teocratica: este es un error. Desde los primeros tiempos, Moises y Aaron dividen el poder, aquel gefe militar y civil, este gefe religioso, y esa distincion entre el órden temporal y el órden espiritual, profundamente trazada por el doble recuerdo del legislador y del pontifice, se perpetúa al través de toda la historia del pueblo judío, á pesar de la reunion accidental de toda la autoridad en una misma mano. Si el pontificado y la suprema magistratura se confunden en Samuel, se separan en los tiempos de David y de los Reyes; si se vuelven á encontrar reunidos despues de la cautividad, se separan nuevamente antes de Jesucristo. La sociedad hebraica, como la sociedad católica, estaba fundada sobre la distincion entre el poder espiritual y el poder temporal, distincion sin la cual ningun pueblo podria conservar en su seno ni la verdad ni la libertad. No la verdad, porque siendo de un órden superior, no puede mantenerse bajo una dominacion transmitida de un modo puramente humano; no la libertad, porque concentrándose todas las fuerzas sociales y regulares bajo el imperio de un solo pensamiento y de una sola accion, llega á ser imposible á todo hombre, sea el que fuere, defender su debil personalidad contra la inmensa personalidad del Estado. El pueblo oprimido bajo el peso de una espantosa unidad, se agitará sin duda co-

mo el gigante bajo el peso del Etna; mas no estando su fuerza rennida en una organizacion estable y reconocida, sus movimientos no serán mas que vanas revueltas, ó si llega á trastornar el órden que lo abrumba, su victoria misma le costará aun su libertad, porque destruir el órden es tambien destruir la libertad. Por la division del poder en dos ramas que no son enemigas, que ni siquiera son rivales, tanto asi difieren sus atribuciones, el pensamiento obtiene un apoyo pacífico contra la fuerza, el derecho contra la opresion, y la sociedad, á pesar de sus vicisitudes, conservando su unidad sin violencia, llena de un modo regular sus destinos en el tiempo y para la eternidad.

Con todo eso, este órden admirable no ha podido establecerse en ninguna parte, sino en el pueblo judio y entre los pueblos totalmente cristianos, es decir católicos. En los demas, no ha dejado el Estado de absorver á toda la naturaleza humana en su voráz unidad. Y no hay por que pasmarse de esto, Señores; pues que siendo el poder espiritual por su esencia misma un poder desarmado, Dios solo es capaz de comunicarle la fuerza interior que necesita para resistir pacíficamente al poder temporal. En donde Dios no está, la intriga, la bajeza, el temor, han subordinado, bien de prisa, el espíritu á la materia, y el órden espiritual, si acaso existe, no es mas de un vil fantasma á quien el Estado deja una caña por cetro, el menosprecio por guarda y algunos dineros por salario. En tanto pues que el pueblo judio, asi como las naciones católicas, ha poseido la prerogativa de un verdadero poder espiritual, ha estado marcado con un carácter de preeminencia, que ningun otro pueblo puede disputarle en los tiempos anteriores á Jesucristo.

La constitucion de la familia no era menos notable en el pueblo judio que la constitucion de la ley y de la autoridad. Las personas cuya union compone la familia, y que podrian llamarse las personas domésticas, á saber: el padre, la madre, el hijo y el criado, estaban en relaciones llenas de órden y de

equidad. Moises, es verdad, no habia sustituido formalmente la unidad del lazo conyugal á la poligamia de los orientales; pero habia insinuando su práctica estableciendo la facultad del repudio en ciertos casos, prohibiendo á los reyes futuros de Israel tener un gran número de mugeres á manera de los príncipes del Oriente, y no suponiendo sino una sola vez en toda su legislacion, que un hombre pudiese tener dos mugeres. Asi que, dejando á parte algunos ejemplos singularizados en la santa Escritura, la familia hebraica aparece á nuestra vista, bajo este aspecto, en un estado análogo al de la familia cristiana. La unidad del matrimonio prevaleció por las costumbres. La autoridad del padre sobre el hijo era grande, sin llegar hasta el derecho de vida y muerte que hacia con demasiada frecuencia de la paternidad antigua un oficio de verdugo. El criado pertenecía á la familia por una convencion voluntaria; ningun hebreo podia ser esclavo de otro hebreo, y aun el contrato de un servicio perpetuo no era permitido por la ley, sino despues de una prueba de siete años. Solo el extranjero, por derecho de represalias, era susceptible de la esclavitud propiamente dicha, y aun esta esclavitud, mantenida en ciertos límites, estaba lejos de arrastrar en pos de sí, ese desprecio y ese abuso del hombre que observamos entre los pueblos anteriores á Jesucristo. Todas las familias judias estaban distribuidas en doce tribus correspondientes á los doce patriarcas hijos de Jacob, y formaban de la nacion doce grandes familias, unidas por la caridad de una misma sangre, tanto mas fuerte, cuanto que corria del mismo padre por doce fuentes muy faciles de conocer. Nada en la antigüedad es comparable á la constitucion de la familia hebraica.

Lo mismo puede decirse de las bases sobre que descansaba el sistema de la propiedad. Las casas y las tierras no podian enagenarse sino por un periodo de cuarenta y nueve años; despues volvian al antiguo poseedor ó á sus herederos. Esta singular disposicion tenia por objeto prevenir la ruina de las familias y la desigualdad demasiado grande de las fortunas, sin impedir, no obstante, el movimiento necesario del comercio

y de la industria. El hombre rico compraba del hombre desgraciado ó culpable todo ó parte de su patrimonio, gozaba de él medio siglo; pero el hijo ó el nieto del propietario despojado conservaba en su corazón la esperanza de volverse á sentar debajo del techo y debajo del árbol de sus antepasados. Por otra ley no menos digna de atención, las tierras no debían ser sembradas sino seis años sobre siete; descansaban el año sétimo, y todos los frutos que producían naturalmente en un país cargado de viñas y de olivares, pertenecían á los pobres como su parte en el patrimonio común de Israel.

Tal era en las cosas más fundamentales, la famosa legislación de Moisés, cuyo bronce invulnerable han respetado los siglos, y ha colocado á ese grande hombre á la cabeza de todos los que han tenido la rara felicidad de dar leyes á las naciones.

Pero la legislación no es más que el primer elemento de la vida de un pueblo; el arte es el segundo elemento de ella. La legislación clasifica á un pueblo en el orden de las acciones, el arte determina su rango en el orden de los pensamientos y de su expresión. Cuanto más grande es el pensamiento, tanto más grande es el monumento que edifica en el exterior, y que lo hace subsistir aun después que ha tenido fin en la inteligencia en que fue concebido. Ahora bien, el monumento del pensamiento hebraico es un libro que hace parte del libro por excelencia, un libro que sirve de prólogo al Evangelio, y que en esa ilustre cercanía se hace respetar como el pedestal perfecto de una estatua sin tacha. Como historia, la Biblia hebraica precede á todas las historias por la antigüedad, enlace y autenticidad de la suya; ella sola sube á la cuna del género humano y pone la primera piedra de todo el edificio de lo pasado. Como recopilación jurídica, no tiene igual en ninguna de las colecciones que contienen las leyes de los grandes cuerpos políticos. Como filosofía moral, opone sus libros sapienciales á todas las máximas de los sabios de más nombradía, y se siente en ellos la presencia de Dios que eleva el al-

ma sobre el alcance natural de la razón. Como poesía, tiene los cantos de David y de los profetas, repetidos después de dos ó tres mil años por todos los ecos del mundo cristiano, y creadores de una lengua que se ha infiltrado en todas las lenguas humanas para alabar y bendecir á Dios. Los otros pueblos han tenido historiadores, jurisconsultos, sabios, poetas, mas deben considerarse como aislados y formando una gloria privada, el pueblo judío ha sido el historiador, el jurisconsulto, el sabio, el poeta de la humanidad.

Su territorio correspondía también al puesto eminente que le vemos ocupar. Había recibido, para sostener y alimentar su cuerpo, una tierra ilustre al igual de su legislación y de su arte. Si echáis una mirada sobre un mapa-mundi, advertireis con facilidad un punto que es como el centro del Asia, del África y de la Europa; que bañado por las olas del Mediterraneo, toca por medio de ellas los climas rigurosos y moderados donde se agita con toda la plenitud de la actividad humana la raza enérgica de Jafet; mientras que, por otro lado, el Eufrates y el mar Rojo abren á sus habitantes el rumbo del oceano indico, y les dan lugar para que busquen bajo las zonas ecuatoriales esas riquezas maravillosas que explotó Salomón, que Alejandro quiso ver, que los romanos ambicionaban, que la edad media descubrió de nuevo, y que el poder británico guarda al presente con tanto cuidado. Muy cerca de este punto favorecido de la tierra, descubriréis á Menfis, el Nilo, las Pirámides, y desiertos sublimes rebeldes hasta el día á la más animosa curiosidad, á fin de que teniendo esas playas puertas abiertas sobre todo, tubiesen también puertas cerradas para todos. Allí han aparecido todos los conquistadores como llamados á una cita inevitable indicada por la naturaleza y por Dios. Las primitivas monarquías de Assur y de la Caldea enviaron á ese país constantemente sus generales; Alejandro fue detenido al frente de Tiro, y vino á leer en Jerusalem la historia de sus triunfos escritos de antemano, como los de Ciro; los que le sucedieron se disputaron con encarnizamiento ese resto de su corona; los romanos toma-

ron posesion de él; la edad media mandó allá toda su caballería por espacio de doscientos años; Napoleon hizo lucir allí sobre la arena el brillo de su espada; en fin ahora mismo, los últimos cañonazos tirados por la Europa han despertado los antiguos ecos de esa tierra clásica, y el dedo escrutador de los que observan el porvenir la ha señalado como el campo futuro de los combates reservados á nuestros descendientes. Habéis nombrado la Siria, Sres., y con ella el territorio que fue dado al pueblo judío como complemento temporal de las gracias magníficas que habia recibido en el orden del espíritu.

Sin embargo, Sres., un pueblo no es conocido todavía cuando se conoce su territorio, su arte y su legislacion; es preciso además conocer su historia. La historia de un pueblo es la serie de las acciones ejecutadas por él para conservar sus leyes, sus pensamientos, sus costumbres, su suelo, todo lo que constituye, en suma, su vida propia y su civilizacion. Cuanto mas espléndidamente ha sido dotado, tanto mas deudor es hácia Dios y los hombres de los sacrificios que debe hacer en defensa de los dones que no son solo su patrimonio personal, sino que forman parte de la dotacion general de la humanidad, y que entran en los planes por los que la Providencia conduce todas las cosas á su fin. Y segun que un pueblo desempeña bien ó mal esa gran tarea, deja señalado en la historia el grado de su deshonra ó el grado de su ilustracion. Así, Sres., qué es lo que constituye la dignidad de nuestra historia, entre los franceses? La constituye el que habiendo recibido de Dios un territorio que es el corazón de la Europa, lo hemos tenido bajo una guarda fiel hace mil cuatrocientos años, sin permitir á nadie mas que á nosotros mismos poner el pié entre los Alpes y los Pirineos; el que habiendo recibido, entre todas las naciones bárbaras, las primicias de la fé católica, hemos conservado su depósito hasta el fin, no dejando ni corromper por la herejía, ni trastornar por la duda, el reino primogénito de la cristiandad; por último, el que habiendo recibido la monarquía mas antigua y mas libre de la Europa, hemos conserva-

do en ella en un equilibrio feliz, aunque frecuentemente agitado, el doble espíritu de la autoridad y de la libertad, incapaces igualmente de soportar la anarquía ó el poder absoluto. Nosotros, en una palabra, hemos mantenido en el cuerpo de la Europa una tierra de fé, de orden y de libertad.

El pueblo judío tenia mas grandes deberes aun y una posicion mas peligrosa. Debil en número y colocado sobre un rincón de tierra que provocaba por su situacion á todos los imperios vecinos, debía proteger contra ellos, con su independencia, leyes y tradiciones con las que se ligaban los destinos de todo el universo. Ningun pueblo encargado de un depósito mas precioso con condiciones mas desfavorables, ha mostrado en defenderlo, una tan notable como perseverante magnanimidad. Seria una ceguedad no verlo, una ingratitud no decirlo. Nínive, Babilonia, Memfis, conjuraron sucesivamente y algunas veces juntas, la pérdida de ese puñado de israelitas; ejércitos innumerables, conducidos por reyes poderosos han invadido su territorio y puesto sitio á su capital; victoriosos frecuentemente, han pagado tambien con frecuencia su gloria al precio de los mas sangrientos reveses. Diez de sus tribus, reducidas á la cautividad han desaparecido de la historia; las otras dos han seguido mas tarde ese mismo camino de un destierro del que las naciones no vuelven. Mas setenta años de infortunios lejos de su patria no han rendido el corazón de los cautivos; ellos han penetrado por la ciencia y la belleza en el palacio de los reyes y gobernado á sus vencedores. Ciro los pone en libertad, Alejandro los visita, y cuando del fondo del Asia, una persecucion nueva y mas terrible lleva á su templo la desolacion de la impiedad, suscitan de su seno, para salvar la patria y la Religion, esa raza de los Macabeos, cuyo nombre ha llegado á ser para los pueblos oprimidos por los mas fuertes, el nombre mismo del valor y del derecho. Y este espectáculo heroico, Sres., ha durado mil y quinientos años! Mil y quinientos años consecutivos se ha sostenido Israel contra los grandes imperios del mundo, y cuando Roma en fin hubo dominado

y sometido todo, cuando la tierra callaba en su presencia despues de mas de un siglo, Israel todavia le disputaba en los valles y en las montañas de la Judea los restos de su libertad. Fue necesario que Roma enviase sus legiones y sus capitanes contra tan memorable obstinacion, y Jerusalem sitiada aun otra vez, lanzó hasta el cielo en una defensa implacable, el último grito generoso que debian oír los romanos.

Ha fenecido, Sres.? Ese pueblo sin territorio y sin príncipes ha ido á morir oscuramente sobre la vasta superficie por donde lo dispersó la voluntad medrosa de sus vencedores? Para cualquier otro, en verdad, la hora de la muerte habia llegado. Mas él se acuerda de los dias de su cautividad, cuando colgaba su harpa en los sauces de Babilonia, para no cantar á los extranjeros los cánticos de Sion; como habia llevado entonces sus tradiciones y sus leyes para serle un principio eterno de vida, las lleva de nuevo por toda la tierra. Pide su subsistencia al trabajo, su dignidad á la memoria de sus antepasados, su consuelo al Dios que lo habia sacado del Egipto por medio de Moises y de la Caldea por Ciro, y que podia de un dia á otro volverlo á llevar á esa Jerusalem levantada ya de sus cenizas y que habia llegado á ser el objeto de los combates de toda la cristiandad. Vive ese pueblo que su fundador llamaba pueblo duro, y que, en efecto ha opuesto á la desgracia un alma de granito, vive todavia y vive en todas partes. Desheredado de su suelo, busca en el comercio esa riqueza mueble que se oculta mas pronto de lo que la persecucion se muestra, y vemos á los reyes, tributarios de su actividad, recurrir sin avergonzarse, para la ejecucion de sus designios y para el engrandecimiento de su gloria, á la bolsa de algun hebreo. Todavia Israel vive; vive despues de diez y siete siglos sin gefe, sin templo, sin territorio, frecuentemente perseguido, pero teniendo consigo, como en Jerusalem, sus antiguos é inalterables pensamientos, teniendo mas que entonces la gloria única de subsistir por una fuerza interior que nada sostiene en el exterior, y que se alimenta en el altar mis-

terioso de de un pasado sobrehumano. No veis que os desprecia? que él solo entre las naciones cuenta cuatro mil años de duracion? que nada presagia el fin de tan grande escándalo contra la naturaleza de las cosas? Cavad su tumba, si podeis; selladla de la manera mas firme; poned guardias en su derredor: no hará mas que reír y levantarse, probandoos de nuevo que vive con un alma que vosotros no teneis, y que la materia nada puede contra el espíritu.

Tengo, Sres., el derecho de concluir, que el pueblo judío, bajo la relacion social, es el mas considerable monumento de los tiempos anteriores á Jesucristo. No lo es menos bajo el aspecto religioso, y en este punto no tendré necesidad sino de muy cortas observaciones.

Mientras que todos los pueblos estaban sumidos en las tinieblas de la idolatría, Griegos, Romanos, Assirios, Egipcios, ese pequeño pueblo adoraba un solo Dios, y la antigüedad hablaba con asombro del templo vacío de Jerusalem, dando á entender que Dios no estaba representado en él por ninguna imágen capaz de hacer impresion sobre los sentidos. No porque esta representacion sea en sí misma un mal cuando no hiere el verdadero carácter de la Divinidad; mas los hebreos tenian tal horror de los ídolos, que mas bien habian querido, segun las órdenes de su legislador, dejar á Dios en su templo en su absoluta invisibilidad, que esponer su fé al encanto seductor de algun simulacro. Porque la idolatría no consideraba los simulacros como meras representaciones, sino que les daba un verdadero culto, sin hacer referencia á la divinidad, y los judíos sucumbieron frecuentemente á esa tentacion. Mas no obstante volvian siempre al Dios de sus padres que no habia tenido otros adoradores sino á ellos solos.

Los hebreos tenian de Dios, por el dogma de la creacion, una idea que los separaba totalmente de los idólatras. Estos no fijaban su atencion en la existencia del universo, ó si acaso trataban de penetrar su secreto, lo creian sin dificultad contemporáneo de sus Dioses, concediéndoles á los mismos Dio-

ses una acción secundaria cuando mas sobre la sustancia universal. El pueblo judío tenía una doctrina diametralmente opuesta, espresada desde la primera página de sus libros sagrados por aquella sublime frase: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra* (1). Aun cuando no hubiera poseído mas que esta sola frase doctrinal, habría sido mas rico en saber relativamente á Dios, que todas las escuelas y todas las religiones de la antigüedad. En una palabra, el pueblo judío era el único pueblo antes de Jesucristo que tenía una noción clara de la divinidad y que le tributaba un culto exento de los sueños pueriles de la imaginación y de las torpezas de una voluptuosidad desvergonzada. Podemos pues afirmar, que bajo el punto de vista religioso, y bajo el punto de vista social, la nación hebraica era el mas considerable monumento de los tiempos anteriores á Jesucristo.

Digo mas, que Jesucristo era el alma de esa nación y que se preexistía en ella por una vida que vamos á manifestar.

Ya debiera estar cansado, Sres., de señalaros las singularidades del pueblo judío. Sin embargo hay una que sobrepuja á todas las otras y de la cual nada he dicho todavía: hablo de la idea del Mesías que circulaba en las venas de ese pueblo como su sangre mas pura, y sin la que es imposible explicar ni su fé ni sus destinos. La idea del Mesías se componía de cuatro elementos. Bajo su influencia, el pueblo judío creía en primer lugar, que llegaría día en que el Dios único y criador adorado por él, sería el Dios de toda la tierra. Creía ademas que esa revolución se ejecutaria por un solo hombre llamado el Mesías, el Santo, el Justo, el Salvador, el Deseado de las naciones. Creía que este hombre sería judío, de la tribu de Judá y de la casa de David. Creía en fin, que este hombre predestinado padecería y moriría para consumir la obra de regeneración que la Providencia le había encargado.

Que esta fuese la fé del pueblo judío, es fácil asegurarse de

(1) Génesis, Cap. 1, ver. 1.

ello con él mismo, pues que está vivo aun, y porque á pesar de cuatro mil años de una expectativa que á su entender no se ha realizado todavía, no ha cesado de prestar un imperturbable testimonio á la esperanza de sus antepasados. Pero no nos contentemos, Sres., con su palabra presente; abramos los monumentos de su historia, y sigamos allí los progresos de la idea del Mesías por en medio de las principales fases que señalan el desarrollo de la nación misma, tales como su origen, su formación en cuerpo de pueblo, el punto de su madurez, su decadencia, su cautividad, y su renacimiento al pié del segundo templo edificado por Zorobabel.

Transportemonos á los campos de la Caldea con Abraham, y oigamos la primera palabra que fue como la semilla de la raza hebraica. Observad, Sres., que no se trata ahora de saber si esta palabra es verdadera, si ha sido dicha por Dios; se trata solamente de hacer constar la idea que el pueblo judío tenía de sí mismo y de su misión sobre la tierra. Que se engañase en esta idea, es otra cuestión que examinaremos despues.

Dios segun los monumentos hebraicos, dijo á Abraham: *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ve á la tierra que te mostraré. Y hacertehe padre de un gran pueblo, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan, y maldeciré á los que te maldigan, y en tí serán benditos todos los linajes de la tierra.* (1) De esta suerte, á un mismo tiempo y de una manera inseparable, dos mil años antes de Jesucristo, tubieron su origen el pueblo judío y la idea del Mesías, idea que lleva consigo una bendición que se ha extendido sobre todo el universo.

Abraham sale de la Caldea y va á establecerse en la tierra prometida á su posteridad. Aguarda allí hasta una edad centenaria el hijo á quien debe transmitir la herencia del Mesías: le es dado este hijo, y cuando el niño llega á toda la gracia de su juventud, Dios exige del patriarca que se lo sacrifi-

(1) Génesis, Cap. 12. vers. 1, 2, 3.

que en holocausto sobre una montaña misteriosa. El anciano, con una fé inalterable en la sabiduría y en la bondad de Dios, levanta la mano sobre su hijo único muy amado, y oye estas otras palabras mas enérgicas y mas claras que las primeras: *Por mí mismo he jurado: Por cuanto has hecho esta accion, y no has perdonado á tu hijo único por amor de mí: Te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla de la mar: tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, Y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido á mi voz.* (1) El juramento se junta á la fuerza de la promesa, y aquí está indicado mas claramente que la bendicion que incluye la idea del Mesias, se estenderá sobre el género humano todo entero, no por Abraham mismo, sino por su posteridad.

Isac, hijo de Abraham, oye la misma promesa y la misma profecía; ellas son repetidas á Jacob, hijo de Isac. Las tres primeras generaciones hebraicas, confirmadas así en la esperanza del Mesias, se ramifican en doce patriarcas, padres ellos mismos de doce tribus, y Jacob, proximo á morir, los reúne en derredor de su lecho para cerrar la primera edad mesiánica por una profecía solemne que resume las precedentes, dándoles una nueva precision. Teniendo, pues, cerca de sí á sus doce hijos, anuncia á cada uno de ellos por algunos rasgos característicos, el papel que hará en el por venir. Llegando á Judá, le dice estas memorables palabras: *Judá te loarán tus hermanos: tu mano sobre las cervices de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Judá cachorro de león: á la presa subiste, hijo mio: te echaste para reposar como león y como leona, quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni caudillo de su muslo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la esperanza de las naciones.* (2) Así es designada la rama en que ha de nacer el Mesias, en el momento en que se

(1) Génesis, Cap. 22, vers. 16, 17, 18.

(2) Génesis cap. 49, vers. 8, 9, 10.

subdivide la herencia patriarcal en doce ramas, ella será la de Judá, y el dia predestinado de la aparicion de aquel, está marcado con un signo que la posteridad reconocerá facilmente.

La sangre de Abraham, de Isac y de Jacob es en lo de adelante fecunda; se multiplica en una tierra que le ha dado hospitalidad, y llegando á ser bien pronto un objeto de temor y de zelos, pasa del destierro á la servidumbre, á fin de hacer en la tribulacion un aprendizaje necesario á sus altos destinos. Se cree perderla y se le fortifica; Israel es un pueblo. Moises lo saca del Egipto y lo lleva, atravesando el desierto, al pie del Sinai, de donde bajan las leyes que deben gobernarlo. Seguid, Señores, seguid esa marcha grave de tan gran pueblo; en la niñez habeis visto sus maravillas; miradlas de nuevo en la edad madura. De campamento en campamento, Israel llega á las margenes del Jordan, á las fronteras de ese territorio habitado por sus primeros antepasados y cuya posesion se habia prometido á su posteridad. Encuentra á todo un pueblo sobre las armas esperando á los aventureros que han despojado el Egipto, y cuya marcha ha resonado desde el desierto hasta las colinas de la Judea. Moab ha ordenado sus batallones, erigido sus altares, convocado á sus gefes; Israel está de pie con sus mugeres, sus niños, sus soldados, sus levitas, teniendo cubierto con pieles de animales el tabernáculo del Dios que acaba de hablarle en el Sinai: un hombre del Oriente se presenta entre los dos pueblos. *De Arám me ha traído Balac Rey de los Moabitas, de los montes del Oriente: Ven, dijo, y maldice á Jacob: date prisa, y detesta á Israel. Cómo maldeciré yo, á quien Dios no maldijo? Cómo detestaré, á quien el Señor no detesta? Desde lo alto de los peñascos vélohe, y desde los collados contemplarlohe. Este pueblo morará solo, y no será contado entre las gentes. ¿Quién podrá contar el polvo de Jacob, ni saber la cuenta de la estirpe de Israel? Muera mi ánima de muerte de justos, y mis postrimerías sean semejantes á las de estos.* (1) Estas bendiciones impre-

(1) Números, cap. 23, vers. 7, 8, 9, 10.

vistas espantan á Moab; se conjura al profeta para que cambien de language; si no quiere maldecir, se le conjura para que, á lo menos, no bendiga. Tres veces Balaam abre la boca, tres veces bendice al pueblo conquistador que tiene á su vista, y en fin, la profecía del Mesias se escapa de sus labios como á su pesar: *Verlohe mas no ahora: mirálohe, mas no de cerca. De Jacob nacerá una Estrella, y de Israel se levantará una vara: y herirá á los Caudillos de Moab, y destruirá á todos los hijos de Seth. Ay! quien vivirá, cuando Dios hará estas cosas? Vendrán en galeras desde Italia, vencerán á los Assyrios, y destruirán á los Hebreos, y por último ellos tambien perecerán.* (1)

Observad, Señores, no se trata de saber si Balaam era ó no profeta, sino solamente de hacer constar el curso de la idea del Mesias en la vida monumental del pueblo judío. Vosotros veis que esta idea adquiere aquí un nuevo desarrollo; no es ya un patriarca israelita el que anuncia la venida del Mesias y el establecimiento de su reinado sobre todos los hijos de Seth, es decir de Adam, es un extranjero. Y él designa las circunstancias de su venida con una perspicacia bien estraña, pues que llega hasta á indicar la dominacion de los romanos sobre el Oriente y sobre el pueblo judío, como la señal precursora de la aparicion del Mesias.

David y Salomon marcan el punto mas elevado de la monarquía hebraica, y entonces comienzan esos himnos nacionales y religiosos conocidos con el nombre de salmos. Cantados en el templo de Jerusalem en los dias de grandes solemnidades, espresaban de una manera pública las afecciones, las esperanzas y los deseos de toda la nacion. Pues bien, es facil reconocer en ellos la idea del Mesias, haciéndose notar como un pensamiento dominante en el alma del poeta y del pueblo. Leyéndolos encontrareis pasages tales como este: *Acordásehan, y convertirsehan al Señor todos los términos de la tierra: Y adorarán en su presencia todas las familias de*

(1) Números, cap. 24. vers. 17, 23 y 24.

las gentes. Por cuanto del Señor es el reino: y él mismo se enseñoreará de las gentes. Comieron y le adoraron todos los poderosos de la tierra: delante de él se postrarán todos los que descienden á la tierra. (1)

Mas tarde aun, al aproximarse la decadencia y la cautividad, setecientos años antes de Jesucristo, la idea del Redentor toma en Isaias una claridad y una abundancia de espresiones que no es facil referir, porque seria necesario citaros páginas enteras que os fatigarian por su número y su estension. Isaias ve salir al Mesias de la raza de Jesé, padre de David, y describe á la vez, como si estuviese en el Calvario y en el Vaticano, el esplendor de los sufrimientos y de los triunfos de Jesucristo. *Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sion, vístete de los vestidos de tu gloria, Jerusalem, Ciudad del Santo: porque no pasará por tí de aquí adelante incircunciso ni impuro!* (2). *Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que anuncia y predica la paz; del que anuncia la buena nueva, y predica la salud, del que dice á Sion: Reinará tu Dios!* (3). *Preparó el Señor su santo brazo viéndolo todas las gentes: y todos los términos de la tierra verán el Salvador que nos envia nuestro Dios.* (4). *Mira que mi siervo será lleno de inteligencia, ensalzado y engrandecido será, y sublimado en grande manera. Como muchos se pasaron sobre tí, así será sin gloria su aspecto entre virones, y su figura entre los hijos de los hombres. Este expiará muchas gentes, sobre él cerrarán los Reyes su boca: porque le vieron aquellos á quienes no se contó de él, y los que no lo oyeron, le contemplaron.* (5) É inmediatamente despues comienza Isaias la descripción de los dolores y de las ignominias del Calvario, y acaba en doce versos consecutivos. Despues pro-

(1) Salmo 21. vers. 28, 29, 30.

(2) Isaias, cap. 52, ver. 1.

(3) Ibid, ver. 7.

(4) Ibid, ver. 10.

(5) Ibid, cap. 52, vers. 13, 14, 15.

sigue, sin detenerse, sus cantos de triunfo: *Porque reinará en tí el que te crió, el Señor de los ejércitos es el nombre de él: y tu Redentor el Santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra.* (1)

Mas en Babilonia, durante la cautividad, seiscientos años antes de Jesucristo, es en donde la idea del Mesias ha sido revestida de una forma que llega hasta la claridad y precision matemáticas. Será preciso recordaros la profecía de Daniel. Escuchadla pues: *Se han abreviado setenta semanas sobre tu Pueblo, y sobre tu santa Ciudad, para que fenezca la prevaricacion, y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos. Sabe pues, y nota atentamente: Desde la salida de la palabra, para que Jerusalem sea otra vez edificada, hasta Christo Príncipe, serán siete semanas, y sesenta y dos semanas: y de nuevo será edificada la plaza, y los muros en tiempos de angustia. Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Christo: y no será mas suyo el Pueblo que le negará. Y un Pueblo con un Caudillo que vendrá, destruirá la Ciudad, y el Santuario: y su fin estrago, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada. Y afirmará su alianza con muchos en una semana: y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio: y será en el Templo la abominacion de la desolacion: y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.* (2)

No me detengo, Señores, en hacer resaltar los rasgos de este discurso, que parece menos una vision del por venir, que una narracion de lo pasado. El curso de las cosas me arrebató y me lleva á oír al pie del segundo templo, quinientos años antes de Jesucristo, estas palabras del profeta Agéo: *Porque esto dice el Señor de los ejércitos: Aun falta un poco, y yo conmoveré el Cielo, y la tierra, y la mar, y todo el universo. Y moveré todas las gentes: y vendrá el Deseado de todas*

(1) Isaias, cap. 54, ver. 5.

(2) Daniel, cap. 9, vers. 24, 25, 26, 27.

las gentes: y henchiré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos. . . . Grande será la gloria de esta última casa, mas que la de la primera, dice el Señor de los ejércitos: y en este lugar daré yo la paz, dice el Señor de los ejércitos. (1)

Que consecuencia, Señores, en el transcurso de tantos siglos y de tantos sucesos! Que uniformidad en una misma idea de parte de tantos hombres separados por los tiempos! Mas la idea del Mesias no está únicamente contenida en la tradicion particular del pueblo judío; ha pasado el Jordan, el Eufrates, el Indo, el Mediterraneo, todos los Océanos, y llevada sobre las alas invisibles de la Providencia, ha penetrado en los pueblos mas diversos y mas remotos para crear allí una esperanza uniforme y un recuerdo universal. Confucio, á la estremidad oriental del Asia, hablaba de un Santo que era, decia, el *verdadero Santo*, y que debia venir al Occidente. Virgilio, poniendo en verso los oráculos de la Sibila de Cumas, anunciaba en el siglo de Augusto la venida de un niño, hijo de Júpiter, destinado á desterrar del mundo los vestigios de la iniquidad, y á dar principio á un orden tan grande como nuevo. Tacito, hablando del reinado de Vespasiano, se expresaba así: "Se habia difundido la persuacion de que, segun los antiguos escritos sacerdotales, en aquella misma época, el Oriente debia prevalecer, y de que hombres salidos de la Judea debian apoderarse del gobierno de las cosas." Los racionalistas del siglo diez y ocho, estrechados por la evidencia, han confesado frecuentemente esa unanimidad de la esperanza del Mesias. Voltaire ha dicho: "Habia, de tiempo inmemorial, una máxima entre los indios y los chinos, que el sabio saldría del Occidente. La Europa, por el contrario, decia que el sabio vendría del Oriente." (2) Volney dice: "Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores, habian divulgado en toda el Asia la creencia de un gran mediador

(1) Agéo, cap. 2, vers. 7, 8 y 10.

(2) Adiciones á la Historia General, página 15.

que debía venir, de un juez final, de un Salvador futuro, rey, Dios, conquistador y legislador, que volvería á traer el siglo de oro á la tierra, y libraría á los hombres del imperio del mal." (1) Boulanger, bajo una forma todavía mas general, confiesa que todos los pueblos habían tenido *una esperanza de esa especie*, y añade esta frase admirable de un lenguaje oriental, *el polo de la esperanza de todas las naciones*. (2) Son las palabras mismas de Jacob en su lecho de muerte.

Es pues cierto, Señores, que la idea del Mesías ha sido el alma del pueblo judío durante el curso de los dos mil años que han precedido á Jesucristo, habiéndose estendido esta idea entre todos los pueblos del mundo con tal unanimidad, que no es posible atribuirle á las comunicaciones de los hebreos con los gentiles, sino que es indispensable suponer una difusión de ella anterior aun al mismo Abrahán. Y esta idea del Mesías, tan extraordinaria en su universalidad, en su progreso, en su perseverancia y en su precisión, ha tenido por fin su verificativo? Si, ella se ha realizado: el Dios único y Criador, proclamado en los libros santos de los hebreos, ha llegado á ser el Dios de casi toda la tierra, y las naciones mismas que no lo han aceptado todavía, le rinden homenaje por medio de cierto número de adoradores que la Providencia elige en medio de ellas. Y quién ha ejecutado esta increíble revolución? Un solo hombre, Jesucristo. Y de donde era Jesucristo? Era judío, de la tribu de Judá, de la casa de David. Y cómo ha ejecutado esa extraordinaria revolución social y religiosa? Sufriendo y muriendo, como David, Isaias, y Daniel lo habían anunciado.

Decidme ahora, Señores, os ruego, qué pensais de esto? He aquí dos hechos paralelos y que se corresponden, los dos ciertos, los dos de una proporción colosal, el uno que ha dura-

(1) Las Ruinas, página 228.

(2) Investigaciones sobre el origen del despotismo oriental, sección 10.

do dos mil años antes de Jesucristo, el otro que dura hace mil ochocientos después de Jesucristo, el uno que anuncia una revolución considerable é imposible de prever, el otro que es el cumplimiento de ella, teniendo ambos á Jesucristo por principio, por término, por punto de reunión. Repito, Señores, qué pensais de esto? Tomareis el partido de negar? Pero qué es lo que negareis? Será la existencia de la idea del Mesías? Mas ella se encuentra en el pueblo judío que está vivo, en toda la serie de los monumentos de su historia, en las tradiciones universales del género humano, en las terminantes confesiones de la mas grande incredulidad. Será la anterioridad de los por menores proféticos? Mas el pueblo judío, que ha crucificado á Jesucristo, y que tiene un interés nacional y mundano en arrebatarse las pruebas de su divinidad, os afirma que sus Escrituras eran antiguamente lo que son el día de hoy; y para mayor seguridad, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo, en tiempo del rey de Egipto Tolomeo--Filadelfo, traducido al griego por su orden todo el antiguo testamento, cayó en manos del mundo griego, del mundo romano, de todo el mundo civilizado. Os volveréis por ventura hácia el otro polo de la cuestión, y negareis el verificativo de la idea del Mesías? Pero la Iglesia católica, hija de esa idea, está á vuestra vista, ella os ha bautizado. Será en el punto de encuentro de estos dos formidables acontecimientos donde buscareis vuestro punto de apoyo? Negareis que Jesucristo haya realizado en su persona la idea del Mesías, que sea judío, de la tribu de Judá, de la casa de David, y el fundador de la Iglesia católica sobre la doble ruina de la Sinagoga y de la Idolatría? Mas las dos partes interesadas, enemigas irreconciliables, convienen en todo esto. El judío dice: sí; el cristiano dice: sí. Direis que esa coincidencia de acontecimientos colosales, cuyo punto preciso fué Jesucristo, es efecto de la casualidad? Mas la casualidad, si es que la hay, no es sino un accidente breve y fortuito; su definición excluye la idea de perpetuidad; no hay acaso de dos mil años y de mil ochocientos años sobre dos mil. Direis en fin que es el resultado de una larga cons-

piracion, por la que el pueblo judío, ambicioso y teólogo, ha procurado crearse en el mundo una grande existencia? Que! una conspiracion de dos mil años, fundada sobre un gefe que sesenta generaciones deberán esperar, y que será necesario crearlo despues de haberlo tan pacientemente esperado! Ah! cuanto trabajo cuesta conspirar en favor de un hombre vivo! pues que será conspirar en favor de un hombre que no existe, y que se supone deber nacer en una época indeterminada! Y notad que habiendo venido este hombre, los judíos lo han crucificado, sin duda para que el suplicio hiciera parte de la conspiracion. Advertid tambien que ellos lo han negado despues del suplicio como lo habian hecho antes, sin duda para asegurar el suceso final de la conspiracion y todo el exito de ambicion y de teología que se habian propuesto anticipadamente.

Sres., cuando Dios trabaja, inútil es trabajar contra él. Las proporciones de Jesucristo en los tiempos que le han precedido son mas sorprendentes aun, que las proporciones todas divinas de su vida y de su supervivencia. Porque en fin, cuando se vive, se tiene un poder, se tiene una accion, es posible concebir que ciertas circunstancias han favorecido á un hombre de un ingenio raro, y le han dado sobre sus contemporaneos un inmenso ascendiente. Aun despues de la muerte, quedan amigos, discípulos, la memoria de una vida que ha sido real, y por consecuencia un medio sobreviviente de accion. Pero sobre lo que nos ha precedido, sobre lo pasado qué poder tenemos? Quién de nosotros, por eminente que sea, puede crearse un antepasado? Quién de nosotros, queriendo establecer una doctrina, se creará una vanguardia de generaciones fieles ya á una palabra que no tenia existencia todavia? Quién de nosotros presentará al mundo los antecedentes de su doctrina, si no es verdaderamente hijo de una doctrina anterior á él? Ah! lo pasado es una tierra cerrada; lo pasado no es ni aun lugar en que Dios pueda obrar, á no ser que lo haya preparado obrando en él de ante mano. Si Jesucristo hubiera sido

como uno de nosotros, caido sin una preexistencia providencial entre lo pasado y lo futuro, en vano habria pedido á la historia concluida y cerrada, un pedestal que lo sostubiese por espacio de veinte siglos atras de su propia cuna. En lugar de esto, Abraham, Isac, Jacob, David, Isaías, Jeremias, Ezéquiél, Daniel, un pueblo todo entero, el género humano mismo vienen á reconocerlo y saludarlo en los brazos del anciano Simeon, esclamando á nombre de todo lo pasado, del cual es el último representante: *Ahora, Señor, segun tu palabra dejas morir en paz á tu siervo: Porque vieron mis ojos tu Salvador, Que preparaste ante la faz de todos los pueblos: Lumbre para revelacion de los Gentiles, y para gloria de tu pueblo Israel.* (1)

En suma Sres.; Jesucristo es el móvil de lo pasado tanto como del por venir, el alma de los tiempos anteriores á él, y el alma de los tiempos posteriores á él. Aparece á nuestra vista en sus antepasados, apoyado sobre el pueblo judío, que es el mas grande monumento social y religioso de los tiempos antiguos; y en su posteridad, apoyado sobre la Iglesia católica, que es la mas grande obra social y religiosa de los tiempos modernos. Aparece á nuestra vista, teniendo en su mano izquierda el Antiguo Testamento, el libro mas grande de los tiempos que le han precedido, y teniendo en su mano derecha el Evangelio, el libro mas grande de los tiempos que le han seguido. Y no obstante, asi precedido y seguido asi, es aun mas grande en sí mismo que sus antepasados y que su posteridad, que los patriarcas y los profetas, que los apóstoles y los mártires. Sostenido por todo lo que hay de mas ilustre antes y despues de él, su fisonomia personal se desprende de este fondo sublime, y nos descubre, sobrepujando lo que parecia superior á todo, al Dios que no tiene modelo y que no tiene igual. Por lo que, á la vista de esa triple muestra de la divinidad, antes, ahora y despues, en los antepasados, en la posteridad y en el tiempo mismo de la vida, elevémonos, Sres., hácia Dios, elevémonos to-

(1) S. Lucas, Cap. 2, vers. 29, 30, 31, 32.

dos juntos, cualesquiera que seamos, creyentes y no creyentes. Elevémonos los creyentes, con el respeto, la admiración, la fé, el amor para con un Dios que se ha manifestado á nosotros con tanta evidencia, y que nos ha escogido entre los hombres para hacernos depositarios de la luz espléndida de la verdad! Y los no creyentes elevéuse, elevéuse también, pero con temor y con ansiedad, como hombres que son muy pequeños con todo su poder y su raciocinio, delante de hechos que llenan todos los siglos y que están proclamando el imperio y la majestad de Dios.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA SEGUNDA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ANTIQUILAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monsenor.—Señores.—Jesucristo ha vivido como Dios, se ha sobrevivido como Dios, se ha preexistido como Dios; se ha preexistido en el pueblo judío, ha espesado su vida en el Evangelio, y este triple anillo de su manifestación ha dado á su divinidad el dominio del universo. Una vez que el género humano ha tenido plena conciencia de ella, se ha sentido como abrumado por esta demostración, y desde Teodosio hasta Luis XIV, en el espacio de mil trescientos años, ha parecido imposible la discusión contra Jesucristo, en el sentido á lo menos, de que todo el mundo lo ha sufrido ó aceptado como fundamento. Mas, pasado este tiempo, el racionalismo que habia sido destronado por Jesucristo, ha tratado de recobrar el

imperio que habia perdido; ha creído que habiendo los siglos cubierto con sus olas todo ese formidable edificio, se presentarían algunos azares en favor de la duda y de la negación, y que se podían pedir al siglo diez y ocho de la era cristiana, represalias felices y nuevos juicios contra una doctrina que él reputa envejecida. El racionalismo se ha vuelto á encontrar así al frente de Jesucristo que se halla colocado entre la Iglesia católica y el pueblo judío, como entre el ala derecha y el ala izquierda de la verdad, y una triple guerra se ha urdido, para arruinar la obra cuya edificación se perfeccionó antiguamente, á despecho de los impotentes esfuerzos que se han querido renovar. Se ha pintado al pueblo judío como una raza vil, innoble, odiosa, indigna de todo crédito y de todo respeto; á la Iglesia católica como un instrumento de miseria para el pueblo, de servidumbre para los entendimientos, de sujeción para las naciones y los reyes; yo, Sres., he defendido á la Iglesia ante vosotros por espacio de muchos años; ayer he descrito la verdadera fisonomía del pueblo judío, no insistiré ni sobre la una, ni sobre la otra de estas discusiones. Jesucristo me llama al corazón del combate, cuyo centro y jefe es él mismo. En el fondo, el pueblo judío se componía de hombres, la Iglesia católica se compone de ellos también; y por grandes que sean los hombres no están exentos, aun llevando en su corazón el Espíritu de Dios, de algun defecto y de alguna debilidad: no sucede así con Jesucristo. Personaje milagroso por su perfección, no sufre tal como lo muestra el Evangelio, ninguna duda humana, y si permanece sobre este pedestal sin tacha, en vano el racionalismo arrojará á derecha y á izquierda sus tiros perdidos; Jesucristo, impasible en el centro de la verdad católica, la protegerá toda entera con su inmutable divinidad. Era pues necesario destruir á Jesucristo, ya sea aniquilando su vida, ya sea desnaturalizándola, ya á lo menos explicándola. Esto es lo que se ha intentado, Sres., y la exposición de esta triple tentativa será la que termine nuestras conferencias del presente

dos juntos, cualesquiera que seamos, creyentes y no creyentes. Elevémonos los creyentes, con el respeto, la admiración, la fé, el amor para con un Dios que se ha manifestado á nosotros con tanta evidencia, y que nos ha escogido entre los hombres para hacernos depositarios de la luz espléndida de la verdad! Y los no creyentes elevéuse, elevéuse también, pero con temor y con ansiedad, como hombres que son muy pequeños con todo su poder y su raciocinio, delante de hechos que llenan todos los siglos y que están proclamando el imperio y la majestad de Dios.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA SEGUNDA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ANTIQUILAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monsenor.—Señores.—Jesucristo ha vivido como Dios, se ha sobrevivido como Dios, se ha preexistido como Dios; se ha preexistido en el pueblo judío, ha espesado su vida en el Evangelio, y este triple anillo de su manifestación ha dado á su divinidad el dominio del universo. Una vez que el género humano ha tenido plena conciencia de ella, se ha sentido como abrumado por esta demostración, y desde Teodosio hasta Luis XIV, en el espacio de mil trescientos años, ha parecido imposible la discusión contra Jesucristo, en el sentido á lo menos, de que todo el mundo lo ha sufrido ó aceptado como fundamento. Mas, pasado este tiempo, el racionalismo que habia sido destronado por Jesucristo, ha tratado de recobrar el

imperio que habia perdido; ha creído que habiendo los siglos cubierto con sus olas todo ese formidable edificio, se presentarían algunos azares en favor de la duda y de la negación, y que se podían pedir al siglo diez y ocho de la era cristiana, represalias felices y nuevos juicios contra una doctrina que él reputa envejecida. El racionalismo se ha vuelto á encontrar así al frente de Jesucristo que se halla colocado entre la Iglesia católica y el pueblo judío, como entre el ala derecha y el ala izquierda de la verdad, y una triple guerra se ha urdido, para arruinar la obra cuya edificación se perfeccionó antiguamente, á despecho de los impotentes esfuerzos que se han querido renovar. Se ha pintado al pueblo judío como una raza vil, innoble, odiosa, indigna de todo crédito y de todo respeto; á la Iglesia católica como un instrumento de miseria para el pueblo, de servidumbre para los entendimientos, de sujeción para las naciones y los reyes; yo, Sres., he defendido á la Iglesia ante vosotros por espacio de muchos años; ayer he descrito la verdadera fisonomía del pueblo judío, no insistiré ni sobre la una, ni sobre la otra de estas discusiones. Jesucristo me llama al corazón del combate, cuyo centro y jefe es él mismo. En el fondo, el pueblo judío se componía de hombres, la Iglesia católica se compone de ellos también; y por grandes que sean los hombres no están exentos, aun llevando en su corazón el Espíritu de Dios, de algun defecto y de alguna debilidad: no sucede así con Jesucristo. Personaje milagroso por su perfección, no sufre tal como lo muestra el Evangelio, ninguna duda humana, y si permanece sobre este pedestal sin tacha, en vano el racionalismo arrojará á derecha y á izquierda sus tiros perdidos; Jesucristo, impasible en el centro de la verdad católica, la protegerá toda entera con su inmutable divinidad. Era pues necesario destruir á Jesucristo, ya sea aniquilando su vida, ya sea desnaturalizándola, ya á lo menos explicándola. Esto es lo que se ha intentado, Sres., y la exposición de esta triple tentativa será la que termine nuestras conferencias del presente

año. Comencemos por la mas decisiva de las tres, y que tiene por objeto reducir á nada la vida de Jesucristo.

Jesucristo es una quimera ó una realidad? pertenece á la fábula ó á la historia? tal es la cuestion. Ella os debe asombrar, Sres., y sin embargo es seria; porque gentes de talento han negado atrevidamente la existencia de Jesucristo, y otras, sin llegar hasta esta extrema audacia, han tratado á lo menos de disminuir la certidumbre de su vida y de debilitar con arte su esplendor histórico. Se trata pues de colocar ó mas bien de mantener á Jesucristo en la historia, y para esto debemos ante todo, examinar la naturaleza y las leyes de la historia; porque mientras no las conozcamos, nos será imposible decidir si Jesucristo es ó no un personaje histórico. Voy pues á tratar de la historia, y luego veremos si Jesucristo está en ella presente ó ausente.

El hombre vive en el tiempo, es decir, en un elemento singular que lo hace á la vez vivir y morir; se encuentra entre lo pasado que ya no existe y el porvenir que no existe todavía, y si no tuviera la facultad de reunir en sí los tres estados de su existencia, no haria mas que nacer incesantemente sin llegar jamas á poseer la vida. Porque apenas habria dado un paso cuando el olvido lo habria borrado y así seria siempre como una sombra que sale de la tierra y que se desvanece. Dios, contra este terrible poder del tiempo, le ha dado la memoria, por la que el hombre vive en lo que no existe ya, como en lo que está presente, de manera que recordando á cada momento, cuando quiere, sus antiguos dias, se ve en la plenitud de su personalidad, semejante á un edificio cuyas hieladas han sido colocadas sucesivamente, pero que el ojo recorre y descubre todo entero. Pero la memoria que es suficiente al hombre para vivir, no es suficiente á la humanidad; mientras que el hombre es uno con una memoria que subsiste tanto como él, la humanidad es múltipla y su memoria espira á cada generacion, ó á lo menos no transmite sino una débil parte á la generacion siguiente. El padre refiere al hijo lo

que ha visto; el hijo lo repite al nieto; mas á cada grado, el pensamiento se oscurece y poco á poco la luz de esta tradicion no alumbra ya mas que las cimas lejanas de los mas grandes acontecimientos. Acaba aun por extinguirse enteramente: las lineas se confunden á los ojos de una posteridad que se aleja siempre, y si Dios no interviniere para socorrer al genero humano que pierde la huella de sí mismo, se le veria permanecer en una eterna infancia entre un pasado informe y un porvenir desconocido. La esperiencia, fuente de todos los progresos, le faltaria constantemente. Ni la verdad ni el error, ni el bien ni el mal se conocerian, sino por un combate pueril que volveria á comenzar siempre en el mismo punto, espectáculo indigno del hombre, indigno de Dios, en que la verdad y el bien, por carecer de encadenamiento, no podrian jamas desplegar sus caractéres de estabilidad y de inmortalidad. Dios que habia proveido por la memoria á la identidad progresiva del hombre, debia evidentemente proveer á la perpetuidad continua del género humano por una memoria conforme á los destinos de ese vasto cuerpo, es decir por una memoria, una, universal, cierta, capaz de darle la conciencia total de sus obras desde el principio hasta el fin. Discurriendo así, Sres., he definido la historia.

La historia es la vida de la humanidad presente á ella misma, como nuestra propia vida está presente á cada uno de nosotros; la historia es la memoria del mundo. Pero cuántas dificultades para crearla! Dios enciende en nuestra inteligencia una antorcha que alumbra lo pasado, porque nuestra misma inteligencia es una é indivisible; ved aquí el hecho; pero cómo dar al género humano, múltiplo y dividido, semejante luz? Cómo darle una memoria inmortal, al que muere cada dia? una memoria inmutable al que no es mas de un cambio perpetuo? una memoria cierta al que puede dudar tan facilmente de lo que no ve? Dios ha provisto á esto dandonos la escritura. Por medio de ella, una cosa dicha una vez puede ser oida siempre, un espectáculo representado una vez puede ser siempre vi-

sible; ella se apodera de la ola que pasa y la hace eterna. He aquí ya la inmortalidad y la inmutabilidad, mas no la certidumbre. Porque tanto se escribe lo falso como lo verdadero. Se ha escrito, muy bien; mas quien nos garantiza la verdad de lo que se ha escrito? Un hombre, hace dos mil años, ha hecho un libro en que refiere cosas de que afirma haber sido testigo: qué prueba tenemos de que no haya mentido, y de que la fábula no nos sea transmitida bajo una apariencia histórica? Evidentemente, la escritura por sí sola no responde á esta cuestion; la historia comienza con ella, mas ella no es la historia en la totalidad de sus elementos. La historia si existe debe dominar á nuestro espíritu con la misma autoridad con que lo dominan todos los poderes que han recibido la misión de gobernarlo. Así como hay en el mundo una fuerza moral que no nos permite decir que es lícito al hijo matar á su padre, una fuerza matemática que no nos permite construir una casa sobre un plano desnivelado, así tambien debe haber en el mundo una fuerza histórica que no nos permita decir á la historia: Tú has mentido. Si esta fuerza no existe, la historia no existe tampoco.

Cuáles son pues las condiciones de la historia, ó mas bien cuáles son las condiciones de una escritura histórica? Porque la escritura es el elemento fundamental, persistente, sustancial de la historia. Sin la escritura, no tendríamos mas que tradiciones mas ó menos confusas; pero como la escritura puede engañar, es preciso que conozcamos las condiciones que elevan la escritura al estado de escritura histórica, es decir al estado de escritura auténtica, cierta, infalible, verdadera. Estas condiciones son tres.

Primeramente, la escritura debe ser pública. Todo lo que es secreto no tiene autoridad; toda escritura misteriosa es una escritura vana, porque no ha sido registrada. Nada es eficaz en este género sino por el registro de todos. El pueblo es el único escribano público capaz de certificar su propia historia, porque es la reunion de todas las edades, de todos los pensa-

mientos, de todos los intereses, y porque una conjuración popular para mentir á la posteridad, es un espectáculo, que lejos de ser visto, no puede ni aun concebirse. Un hombre inventa el error; un pueblo tiene bastantes ideas y pasiones diversas para que se confabule, con el objeto de engañar á los siglos futuros. Un pueblo, por otra parte, jamás existe solo; vive entre pueblos contemporáneos cuya historia está mezclada con la suya y aunque fuese capaz de una mentira unánime, existiría inevitablemente la protesta del siglo mismo á cuya vista habia tomado principio la conspiración.

La segunda condicion de la escritura, para llegar al estado de historia, es que estribe sobre acontecimientos públicos. Todo hecho que no es público no es del dominio de la historia, por la razon que acabo de dar; porque quién ha visto un hecho que no es público? Es un hombre, son tres hombres si quereis; mas la historia no puede descansar sobre el testimonio de un hombre ni de tres hombres; esto no es propio de la historia, sino de las memorias. Las memorias descansan sobre hechos privados, mientras que la historia descansa sobre acontecimientos públicos. Por ejemplo, que Luis XIV haya conquistado la Flandes, el Franco-Condado, la Alsacia, la Lorena, que haya agregado estas provincias al reino de Francia, primero por sus armas, despues por medio de tratados, he aquí la historia, son acontecimientos que interesaban á la Francia y á todas las naciones de Europa, y que han tenido por espectadores á cien millones de hombres. Pero que Luis XIV, en su alcoba de Versailles, haya dicho en presencia del Duque de San Simon tal palabra que se refiere en los libros de este hombre célebre, no es esto peculiar sino de una memoria. Sin duda este elemento secundario entra en gran parte, en la composicion de los anales del género humano, porque no soportaríamos relaciones en que no apareciesen mas que las grandes líneas de la arquitectura histórica; los por menores privados nos encantan aun mas, que los movimientos generales del mundo; ellos se aproximan mas á nuestra existencia personal, y hacen bajar hasta nosotros á los mas

eminentes personajes de los tiempos pasados. Desnudos, por otra parte, de la solemne certidumbre de la historia, no carecen siempre de una sancion grave, aunque de un orden inferior; las acciones privadas se enlazan con las acciones públicas; testimonios numerosos y concordantes establecen la relacion de unas con otras, y el todo camina con un paso que no es muy desigual. Sin embargo, si se aspira á la certidumbre histórica absoluta, es necesario separar los dos elementos, y dar al primero con esta separacion, toda su fuerza y todo su esplendor.

La tercera condicion necesaria para elevar la escritura al estado de historia, es que los hechos se coordinen en una trama pública y general. Nada hay aislado en los sucesos del mundo; se ligan entre sí por un encadenamiento semejante al que une las ideas en la composicion lógica de un discurso. La historia debe reproducir esa generacion continua de hechos, de manera que todos ellos entren naturalmente en la serie de las cosas cuyo conjunto progresivo constituye la vida del género humano. Un hecho aislado no es un hecho histórico; porque careciendo de base está en el aire. Mucho menos aun llamaremos con este nombre un hecho que no puede tomar lugar en la trama general de la historia, sin turbar toda su economía; este es el signo infalible de la impostura. La fuerza de la historia, como la fuerza de todo orden real, está en el conjunto y en la trabazon. Cuando un hombre es solo, es nada, así como cuando un hecho es solo, es tambien nada. Pero que un hombre entre en sociedad con otros, al instante se hace parte de una familia, de un pueblo ó del género humano todo entero. Así tambien, que un hecho entre en sociedad histórica con otros, y no solamente con otros sino con todos los otros, que sea necesario en la trama general de la historia, que la historia no pueda construirse sin este acontecimiento, entonces no solamente tiene la fuerza de un hecho histórico, sino que tiene la fuerza de la historia entera; es preciso confesarlo ó negar la vida total del género humano.

Así pues, escritura pública, hechos públicos, trama pública, he aquí los tres elementos de la historia; y cuando estos tres elementos están reunidos, yo afirmo que la historia existe, y que no se podría resistir á ella sin resistir á la fuerza misma del sentido comun. En efecto, Sres., para que en este caso la historia engañara sería necesario, lo que no es posible, que un hombre cualquiera espusiese en público acontecimientos de una naturaleza pública, y que estos acontecimientos que se suponen falsos fuesen admitidos como verdaderos, y se enlazasen á pesar de su falsedad con la trama general de la historia. Lo que es del todo imposible y nada es mas fácil que daros la prueba de esta imposibilidad. Permitidme únicamente una suposicion: supongo que mañana por la mañana tengo la ocurrencia de publicar un libro cuya sustancia resumo en estas palabras: El primero de Enero de 1847, la Francia declaró la guerra á las tres grandes potencias continentales de la Europa. Esta guerra tenia por objeto restablecer el derecho de gentes y la fé de los tratados conculcados por acciones violentas. Los ejércitos se encontraron en los campos de Mayena. La Francia contaba con seiscientos mil soldados, los enemigos con un millon. La batalla duró diez dias consecutivos; el décimo por la mañana, la suerte dió la victoria á los franceses. Los plenipotenciarios de Europa reunidos en Mayena, firmaron un tratado que puso fin á la guerra por una nueva division del continente europeo.

Yo os pregunto, Sres., creis que esta novela pública tendria la suerte de ser creida por la posteridad? No es claro que la Francia la veria con el mas profundo menosprecio? Si la Francia la aceptaba, no es manifesto que toda Europa se burlaria de ella? Y, si por un acto de demencia universal, la Francia y la Europa consentian en revestirla con una absurda autoridad, no es evidente que jamas se lograria introducirla en el tejido de la historia, pues que el estado de todos los negocios contemporáneos, y por consiguiente de todos los negocios futuros, estaria en contradiccion con esta pretendida guerra y este tratado ficticio? La mentira, para sostenerse-

exigiria una mentira perpetua, y la conjuracion de un solo momento contra la verdad, exigiria una conjuracion continuada hasta el último dia del mundo. La imposibilidad de tal concurso y de tal perseverancia en una impostura universal no es solamente una imposibilidad moral, es una imposibilidad metafísica y absoluta.

Ahora bien, Señores, en cualquier época de la humanidad á que nos trasportemos, esta imposibilidad será la misma. En todas partes y siempre, una escritura pública que refiere hechos públicos que se colocan naturalmente en la serie general de la historia, será una escritura auténtica y verdadera, porque en todas partes y siempre será imposible, en tales circunstancias, engañar al género humano sobre su propia vida, ú obtener de él que se engañe á sí mismo sin objeto y contra toda razon. Y, notadlo bien, Señores, existiendo una vez la historia, el tiempo no tiene el privilegio de disminuir su fuerza, pues que la confirma lejos de disminuirla. Digo que no la disminuye, y para probarlo, os propongo el siguiente ejemplo: Pensad en César, despues pensad en Luis catorce, y tratad de discernir si la certidumbre histórica de Luis catorce y la certidumbre histórica de César, se distinguen por la mas ligera gradacion en vuestro entendimiento. Evidentemente no se distinguen á pesar de que diez y siete siglos separan á Luis catorce de César. Mas estos diez y siete siglos desaparecen ante vuestro pensamiento por la mirada eléctrica que lo lleva subitamente del uno al otro, y le hace ver no solamente que la base histórica de César es la misma que la base histórica de Luis catorce, sino aun que dudando del primero seria necesario dudar del segundo, pues que sin César la historia toda entera perderia su encañamiento, y con su encañamiento la principal causa de su solidez. Digo mas todavía, digo que el tiempo confirma la certidumbre de la historia en vez de disminuirla. Y por qué? Porque el tiempo á cada paso que da, desarrolla la tela histórica, y porque cada punto de la historia entrando en parti-

eipacion de la fuerza solidaria del todo, cuanto mas se aumenta esta fuerza por la repercusion de los sucesos entre sí, tanto mas cada punto particular se asienta, se sostiene y se estiende. De esta suerte Moises ha sido consolidado por Jesucristo; porque aunque Moises haya escrito públicamente sobre hechos públicos, la trama de la historia era corta en su tiempo; tenia necesidad de adquirir amplitud y cuando Jesucristo fué colocado en ella, su presencia iluminó la época pasada de Moises, como el por venir cristiano debia á su turno resaltar sobre Jesucristo. De donde se sigue que no podemos hacer un movimiento en este instante, sin llevar hasta Moises el brillo de una nueva confirmacion, porque en todo lo que hacemos, él es el que nos sostiene, y nosotros, á nuestro turno, explicamos todo lo que él ha hecho. El hilo de la historia va y viene sin cesar del tiempo pasado al por venir, del por venir á lo pasado, y lo que nosotros vemos con nuestros ojos será mas claro á nuestra posteridad que á nosotros mismos, porque ella acabará sobre la tela en que trabajamos, dibujos que no han salido todavía de la mano del obrero. Como un edificio cuyo remate cubre la base, así es la historia; como una tierra que se consolida á fuerza de ser pisada, así es también la historia bajo los pasos de las generaciones. En una palabra, el tiempo, que parecia el mas grande enemigo de la historia, fundada ella una vez, la protege y la fortifica.

Mas por ventura la historia existe? No es una brillante teoria todo lo que acabamos de decir? El género humano conoce su vida? Hay en el mundo una historia del mundo? Esto es preguntar, Señores, si existen escrituras públicas que contienen una larga trama de sucesos públicos, siendo así que estas escrituras y esta trama están á nuestra vista. La humanidad conocia su vida primitiva por algunas tradiciones fundamentales recojidas en tiempo y que confirma su misma universalidad; ella conocia su vida subsecuente despues de Moises por una historia no interrumpida que se ha ido siem-

pre desarrollando. De Moises á Herodoto es la aurora de la historia; de Herodoto á Tácito es la mañana de la historia; Tácito es su medio dia, y este medio dia dura hasta la presente. Se ha hecho mas brillante despues de tres siglos por una invencion célebre que ha aumentado mucho la publicidad y la inmortalidad de la escritura. Como Dios habia dado la escritura á nuestros padres cuando la tradicion estaba en peligro de oscurecerse, les ha dado la imprenta cuando la escritura misma estaba amenazada de olvido y de confusion por la exesiva caantidad de monumentos. La imprenta ha salvado la historia mil y quinientos años despues de Jesucristo, como la escritura habia salvado la tradicion mil y quinientos años antes de él.

Siendo esto así, Señores, y existiendo la historia hace treinta siglos, la cuestion es saber si Jesucristo está en la historia, ó si está fuera de la historia. Yo afirmo que está en la historia, y que ninguno en el mundo ocupa en ella un lugar mas importante ni mas firme que el suyo.

Qué tengo que hacer, Señores, para probarlo? Tres cosas, evidentemente: hacer ver que la vida de Jesucristo se halla contenida en una escritura pública, que es un tejido de acontecimientos públicos, y que entra naturalmente en la trama pública de la historia.

Pues bien, la vida de Jesucristo está contenida en los Evangelios y los Evangelios son una escritura pública, he aquí mi primera proposicion. Pero vosotros me interrumpis inmediatamente y me decis: Qué es lo que prueba que los Evangelios sean una escritura pública? No son los Evangelios mismos, y no probais así la cuestion por lo que se disputa? Señores, si la historia comenzara en los Evangelios, ó si estos fueran toda la historia, sería difícil quizá responder á vuestra objecion; mas no habreis tan pronto olvidado, segun creo, que la historia preexiste á Jesucristo, y Dios que queria darnos la certidumbre de la existencia y de los hechos de su hijo habia preparado el terreno en que debiamos encontrarle un dia. Este

terreno es la historia, y en la época en que se coloca la vida de Jesucristo, es decir en tiempo de Augusto, la historia tenia en el mundo un estado que no dependia de nosotros. No somos nosotros los católicos los que hemos hecho la historia; ella se formaba sin nosotros y contra nosotros. Ella estaba en las manos de nuestros enemigos, y si nosotros comenzamos entonces la historia de la Iglesia, la del mundo se proseguia sobre un plan que no era nuestro y en el cual ningun poder nos estaba reservado. Ahora, ved la historia que yo invoco en este momento para establecer la publicidad de los Evangelios, y me apoyo ante todas cosas en una observacion que creo fundamental: los Evangelios, digo, eran una escritura pública, porque pertenecian á una sociedad doctrinal pública.

Que los primeros cristianos formasen una sociedad doctrinal, es cosa clara por sí misma; que esta sociedad fué pública, no es dudoso tampoco; y no obstante importa fijar este punto con la mayor exactitud, porque en él estriba todo. Se concibe en verdad, que algunos hombres reunidos clandestinamente y predicando una doctrina secreta, hubieran podido preparar en las tinieblas un libro misterioso que nadie hubiera podido censurar, y que pasando de mano en mano hubiera adquirido autoridad con el tiempo. Mas si la sociedad de los cristianos ha sido pública desde un principio; si desde la muerte de Jesucristo, sus apóstoles se han presentado en las plazas de la Judea y bien pronto en las plazas del imperio romano, provocando, no una guerra oculta, sino una guerra estrepitosa; si ellos han dicho atrevidamente á los judios: *A Jesus de Nazareno, varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes y prodigios y señales, que Dios obró por él en medio de vosotros, como tambien vosotros sabeis; A este que por determinado consejo y presciencia de Dios fué entregado, lo matasteis crucificándole por manos de malvados: Al cual Dios ha resucitado;* (1) si, arrastrados ante todos los tribunales del impe-

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. 2. vers. 22, 23 y 24.

rio, cuando se les ha dicho: Quiénes sois vosotros? ellos han respondido: Nosotros somos cristianos, es decir los hijos de Cristo que ha sido entregado á la muerte, pero á quien, el brazo de Dios, mas poderoso que todas las conjuraciones del hombre, ha sacado de la tumba y lo ha elevado para que sea perpetuamente la cabeza y el gefe de todas las naciones; si ellos han dicho esto, si es cierto que lo han dicho, cierto no solamente por escritos salidos del seno del Catolicismo, sino por escritos publicados por extrangeros, por nuestros enemigos, cierto por una multitud de monumentos, yo tendré el derecho de concluir que la sociedad cristiana, en su principio, ha sido una sociedad pública, y que, á diferencia de tantas cosas que se preparan bajo de tierra, porque no tienen fé en su fuerza ni en su legitimidad, la Iglesia católica ha comenzado públicamente, asi como ha continuado tambien públicamente.

Vamos á la prueba; escuchad á Tácito, al mas célebre de los historiadores, á Tácito, encargado por Dios de gravar en la historia la acta del nacimiento y la acta de la muerte de su hijo único Jesucristo. Veintisiete años despues del gran drama del calvario, tuvo Neron el capricho de incendiar á Roma, y para cubrir el horror de esta accion abominable, hizo aprehender, dice Tácito, á una inmensa multitud de hombres=*ingens multitudo*. Quiénes eran estos hombres? Tácito los va á definir: eran hombres que el vulgo llamaba cristianos=*quos vulgus christianos appellabat*. Notad esta palabra *vulgus*; veintisiete años despues de la muerte de Jesucristo, el nombre de sus discípulos era vulgar en Roma, en la Capital del mundo. Pero qué cosa eran los cristianos? Tácito nos lo va á decir: El autor de este nombre era Cristo=*auctor nominis hujus Christus*. Vosotros ois Señores, vosotros lo oís, y la fecha de este texto, no ha sido jamás contradicha por nadie, es auténtica, está marcada por el incendio de Roma, el año 64 de la era cristiana, es decir veintisiete años despues de la muerte de Jesucristo. Pero esto es todo? No,

vais á oír cosas mejores, vais á oír el Símbolo de los apóstoles bajo la pluma y con la tinta de Tácito. El historiador tenia que decir quién era Cristo; continúa pues: El autor de este nombre era Cristo, que bajo el reinado de Tiberio, habia sido condenado á muerte por el procurador Poncio=Pilato=*auctor nominis hujus Christus, qui Tiberio imperante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat*. Decidme, Señores, es Tácito el que habla ó es el Símbolo de los apóstoles? El Símbolo de los apóstoles dice: *Qui passus est sub Pontio=Pilato*; Tácito dice; *qui per procuratorem Pontium=Pilatum supplicio affectus erat*. Es Tácito, un extrangero, un profano, un hombre que, al escribir estas cosas sobre un indestructible bronce, no sabia ni aun lo que decia. Y que decia de los cristianos, de la inmensa multitud que el vulgo llamaba con el nombre de cristianos? decia de ellos lo que vais á ver, siempre en el mismo texto: Esta detestable supersticion, reprimida por el momento, hacia una nueva irrupcion, no solamente en la Judea, origen del mal, sino hasta en Roma, *repressaque in presens exitialis superstitio rursus erumpebat, non modo per Judeam originem hujus mali, sed per urbem etiam*. Qué texto, Señores, qué precision, cuántas cosas en dos líneas! Asi pues, veintisiete años despues de la muerte de Jesucristo, los cristianos formaban en Roma una inmensa multitud; eran conocidos del vulgo bajo su verdadero nombre; aun antes de esta época, habian sido reprimidos ya por la autoridad pública, mas esta represion no les impedia propagarse con tal rapidez que Tácito la llamaba irrupcion; comparecian ante los tribunales y allí daban testimonio de su fé; porque Tácito añade que fueron aprehendidos por su confesion.=*Primo correpti qui fatebantur*. Eran odiosos á todos=*invisos*, y sus costumbres diferenciaban de tal manera de las costumbres generales, que, segun la observacion del historiador, fueron convencidos menos del crimen de incendio, que de ódio hacia el género humano, *haud perinde in*

crimine incendii, quam odio humani generis convicti sunt. (1) Y Tácito sabia todo esto; estaba al corriente de la vida de Jesucristo; conocia á Poncio=Pilato; tenia presente el drama del calvario.

Quereis otra prueba de la vida pública de los cristianos desde el origen del cristianismo? Dios y la historia nos la suministran. El año 98 de la era cristiana, sesenta y un años despues de la muerte de Jesucristo, Trajano sube al trono, y la historia nos presenta una carta de uno de sus proconsules con motivo de los cristianos, el proconsul de Bitinia y del Ponto, Plinio el jóven hombre célebre. Porque, advertidlo Señores, cuando Dios quiere escribir la historia sabe bien escojer á sus historiadores. Acabamos de estar con Tácito, ved ahora á Plinio el jóven en una carta oficial dirigida á Trajano. Escribe al emperador consultándole la conducta que deba seguir contra los cristianos; porque, dice él, “yo no he intervenido jamás en causas de este género, y no sé lo que se acostumbra investigar en ellas, ni lo que se deba castigar, ni hasta qué grado. Mi duda pues no es de poca importancia, para saber si se debe tomar en cuenta la diferencia de las edades, ó si no se debe hacer caso de ellas; si se debe perdonar al arrepentido, ó si es inutil dejar de ser cristiano cuando una vez se ha llegado á serlo; si es el nombre el que se persigue aun exento de crímenes, ó si son los crímenes unidos al nombre.” Qué cuestiones, Señores, de parte de un hombre de talento y de un hombre de bien! Un nombre culpable! crímenes unidos á un nombre! Pero qué quereis? Plinio encontraba, al ejercer su oficio, hábitos ya inveterados contra una sociedad de hombres en lucha abierta con el imperio romano, y se ve hasta en los absurdos que dice el deseo de ser lo mas dulce posible sin desagradar al emperador. Su carta termina con la observacion, “de que un gran número de personas de todas edades, de todos ran-

(1) Anales, lib. 45.

gos y de ambos sexos, se hallaban comprometidas, y que otras lo serian mas tarde; que no solamente las Ciudades, sino tambien las Villas y los campos estaban inundados de esa contagiosa supersticion; que en fin los templos desolados, y las ceremonias sagradas interrumpidas hacia largo tiempo, comenzaban á revivir, gracias á las persecuciones ejercidas contra los cristianos.”

Esta pintura, Señores, junta á la de Tácito, no deja duda ninguna sobre el punto capital que nos ocupa, á saber: que desde el origen del cristianismo, los cristianos vivian en una sociedad públicamente constituida. Y por otra parte, el resultado mismo que han obtenido en el corto espacio de tres siglos es una prueba superabundante de ello. Al cabo de tres siglos, los cristianos han sido los dueños del imperio romano; ellos han sostenido en el trono al primer César que abrazó su fé, y no contentos con este prodigio de su poder, han dicho á Constantino: Retrocede hasta el Bósforo, porque aquí, en Roma, debe ser colocada la Cátedra de San Pedro, el pescador de Galilea. Y Constantino, por una obediencia instintiva á este mandato tácito de la Providencia, fué á llevar á las riberas del Euxino una prueba subsistente aun de la venida de Jesucristo. Ahora, Señores, ninguna sociedad secreta ha sido nunca capaz de semejante resultado. Todo lo que comienza en las tinieblas acaba en las tinieblas. Cuando se os habla de una sociedad secreta, es como si se os dijese que la nada se ha asociado. Sin duda esos complots tenebrosos podrán trabajar sordamente, conover los fundamentos de los Estados, preparar dias de ruinas; pero no llegarán jamás á la vida regular y pública. Todo lo que comienza en los sub-terranos lleva consigo la incapacidad de vivir en plena luz y al aire libre. Por tanto el advenimiento de la sociedad cristiana al imperio en tiempo de Constantino, es una prueba suficiente por sí sola de que la obra cristiana ha sido una obra constantemente pública.

Mas si los primeros cristianos formaban una sociedad pública, y al mismo tiempo una sociedad doctrinal, se sigue ne-

cesariamente que sus escritos eran públicos. Tratad de concebir una sociedad doctrinal pública que oculte sus escritos, no lo conseguireis. Porque cómo podrá ser pública si no dice abiertamente lo que cree, y cómo podrá decir públicamente lo que cree, si oculta sus escritos, y aun aquellos que sirven de fundamento á su fé? Aun cuando los Evangelios no hayan sido escritos en el instante mismo que siguió á la muerte y á la resurrección de Jesucristo, ellos se publicaban en todo el universo por las predicaciones apostólicas, y cuando aparecieron sucesivamente, la tradición reciente y viva todavía, se identifica con ellos participando de una misma autenticidad. Comienza una lucha de cerca de trescientos años sobre el texto mismo de los Evangelios entre los católicos por una parte, los hereges y los filósofos por la otra, dejando monumentos muy numerosos. Se ve en ella á Celso y á Porfirio seguir paso á paso, sobre los Evangelios, la vida del Salvador. Estos filósofos no ponen en duda ni su publicidad, ni su autenticidad. Los hereges hacen todavía mas. No solamente argumentan con el texto consagrado por la adhesión de la Iglesia, sino que hacen Evangelios apócrifos para oponerlos á los Evangelios auténticos, tan cierto es que toda la discusión recaía sobre estos textos fundamentales. Se ha tenido el candor de hacer un arma contra nosotros de los Evangelios apócrifos, es decir, de invocar contra Jesucristo esos libros en que los principales misterios de su vida y de su muerte eran reconocidos, y en los que la alteración misma de ciertas partes probaba tanto mas la verdad del conjunto. Es cosa muy sencilla que una gran publicidad provoque falsificaciones; esta es precisamente la señal por excelencia de un buen éxito. Toda idea, todo estilo, toda moda que tiene buen resultado suscita una nube de imitadores ó de especuladores. Mas, qué efecto produce esto respecto del hombre ó de la cosa que es objeto de semejante trabajo? El mas mínimo, la publicidad en nada sufre: ahora, la publicidad de la vida de Jesucristo por los Evangelios y los libros

primitivos de los cristianos es justamente el punto que yo queria fijar, y no creo que exigireis mas de mí en este momento.

La vida de Jesucristo ha estado rodeada, desde su origen, de una inmensa publicidad. Sus discípulos han formado desde un principio una sociedad pública; su profesion de fé, sus escritos han llenado todos los tribunales y todas las escuelas de la tierra, y finalmente en tres siglos, el emperador era públicamente cristiano, y el Vicario de Jesucristo residía públicamente en Roma. Todo esto es cierto por la historia profana tanto como por la historia del cristianismo. Este primer punto queda demostrado.

En cuanto á los acontecimientos que componen la vida misma de Jesucristo, su naturaleza es tambien de una manifiesta y ruidosa publicidad. De qué se trataba? De un filósofo que enseñaba algunos discípulos debajo de un pórtico ó en algun jardín? Era este Sócrates, el filósofo mas célebre de la antigüedad? No, Señores, se trataba de un hombre fundador de una religion nueva, cosa que toca á todo, á las tradiciones, á las leyes, á las costumbres, á las afecciones, á los intereses mas sagrados; se trataba de un hombre fundador de una religion exclusiva, y que nada menos se proponia, que trastornar todos los cultos y todos los sacerdocios existentes; se trataba de un hombre que obraba en público, segun se decia, prodigios inauditos, y que iba acompañado por todas partes de una multitud innumerable atraída por sus obras y su doctrina; se trataba de un hombre citado ante el tribunal supremo de su nacion, condenado á muerte y crucificado, resucitado despues, y que habia enviado á sus discípulos á la conquista moral del universo; se trataba de un hombre que habia logrado excitar una fé inalterable en el corazon de una multitud de hombres de todas las naciones, y que habia llegado á ser por su solo nombre el punto de reunion de una nueva sociedad. Si alguna vez han existido acontecimientos públicos seguramente son éstos.

Y estos sucesos tan contrarios á lo pasado, que debian por consiguiente, si hubieran sido falsos, ser rechazados de la trama general de la historia por una invencible imposibilidad de hacerlos adaptar á ella, han tomado ó no su lugar en el encadenamiento riguroso de la vida del género humano? Han hecho mas que tomar lugar, Señores; sin ellos la historia es un enigma incomprensible. En efecto, desde Moises hasta Pio IX., estos dos términos extremos de los anales del mundo, cuál es la cuestion principal de la historia? Es la fundacion y la caida de los imperios de Asiria, la guerra de Troya, las conquistas de Alexandro, la fortuna de los Romanos, la elevacion de los pueblos modernos, el descubrimiento de la América, los progresos de la ciencia y de la industria en la época presente? No, ninguna de estas cuestiones, por bastas que sean, es la cuestion principal de la historia, la que abraza la totalidad de tres mil años que viven en la memoria del género humano. La cuestion principal, porque ella contiene todo, lo pasado, lo presente, y lo por venir es esta: siendo idólatra el mundo en los tiempos anteriores á Augusto, cómo ha llegado á ser cristiano en los tiempos posteriores? Ved aquí las dos vertientes que presenta la historia, la de la antigüedad y la de las edades modernas: aquella es idólatra, sumida en el materialismo mas desenfrenado; la otra es cristiana, purificada en las fuentes de un espiritualismo perfecto. En el mundo antiguo, la carne prevalecia publicamente sobre el espíritu; en el mundo presente, el espíritu prevalece publicamente sobre la carne. Cuál es la causa de esto? Quien ha producido un cambio tan grande y de una estension tan general entre los dos tiempos de la humanidad? Quién ha modificado hasta ese punto la naturaleza humana y el curso de la historia? Vuestros padres adoraban ídolos; vosotros, su posteridad, procedentes de ellos por una sangre corrompida, adorais á Jesucristo. Vuestros padres eran materialistas hasta en su culto; vosotros sois espiritualistas hasta en vuestras pasiones. Vuestros padres negaban todo lo que vosotros creis; vosotros negais todo lo que ellos creian. Repito qué razon hay para todo es-

to? No hay en la historia acontecimientos sin causas, asi como no hay en las matemáticas movimiento sin un motor. En dónde está la causa histórica que ha transformado el mundo idólatra en el mundo cristiano, qué ha hecho de Carlomagno el sucesor de Neron? Vosotros estais obligados á conocerla ó á lo ménos á investigarla. Nosotros los católicos decimos que este cambio prodigioso corresponde á la aparicion sobre la tierra de un hombre que se ha llamado el hijo de Dios, enviado para borrar los pecados del mundo; que ha predicado la humildad, la pureza, la penitencia, la dulzura, la paz; que ha vivido piadosamente con los pequeños y los sencillos; que ha muerto en una cruz, con los brazos extendidos sobre todos nosotros, para bendecirnos; que nos ha dejado en el Evangelio su palabra y su ejemplo; y que habiendo tocado el alma de muchos, pacificado su orgullo y corregido sus sentidos, ha dejado en ellos un gozo calmado tan extraordinario, que el perfume que exala se ha extendido hasta las extremidades del mundo y ha seducido hasta al deleite. Nosotros decimos esto. Sí, un hombre, un solo hombre ha fundado el imperio de los cristianos sobre las ruinas del imperio de la idolatría, y no nos admiramos de esto, porque hemos observado en la historia que todos los bienes y todos los males parten siempre de un principio único, de un hombre depositario de la fuerza oculta del Demonio ó de la fuerza invisible de Dios. Nosotros decimos esto, y apoyamos nuestra palabra en monumentos no interrumpidos que comienzan en Moises y llegan hasta nuestros dias; nosotros apelamos á una publicidad de treinta y dos siglos consecutivos; nosotros ligamos entre sí al pueblo judío, á Jesucristo, á la Iglesia católica, ó mas bien ellos se presentan á nosotros estrechamente encadenados en una série de cosas que se sostienen mutuamente; nosotros apelamos en fin á toda la trama de la historia y á nombre de esa trama inmensa que es absolutamente necesario admitir y explicar, os decimos: Jesucristo es la palabra suprema de la historia, es la llave de ella y la revelacion. No solamen-

te entra en la historia y se coloca en medio de todos los sucesos, sin trabajo y con naturalidad, sino que la historia no es posible sin él. Tratad, siguiendo la historia de los monumentos, de pasar del mundo antiguo, al mundo moderno y de explicar sin Jesucristo cómo el Papa ha reemplazado á los Césares en el Vaticano. Lo conseguireis? Y si una chispa de buena fe queda en el fondo de vuestra alma, os vereis obligados á decir como nosotros: Sí, en Jesucristo, en el calvario, en esa sangre derramada, ha comenzado la renovacion del género humano.

Señores, antes de nuestra época, nadie se habia atrevido á negar la realidad histórica de Jesucristo, nadie. Antes de vosotros, mucho antes de vosotros, Jesucristo tenia enemigos; porque antes de vosotros existia el orgullo, y el orgullo es el primer enemigo de Jesucristo. Antes de vosotros, Jesucristo tenia enemigos; porque antes de vosotros existia la sensualidad, y la sensualidad es el segundo enemigo de Jesucristo. Antes de vosotros Jesucristo tenia enemigos; porque antes de vosotros existia el egoismo, y el egoismo es el tercer enemigo de Jesucristo. Y sin embargo cuando él se ha dejado ver por la primera vez, cuando ha venido con su cruz á minar vuestro orgullo, á hostilizar vuestros sentidos, á enseñaros á dominar vuestro egoismo, qué se le ha dicho? El orgullo, la sensualidad, el egoismo, tenian entonces, como ahora, á su servicio hombres de talento, á Celso, á Porfirio, á toda la escuela de los Alejandrinos, á las gentes mundanas que aman la vida y á la coterba de cortesanos siempre dispuestos á ver en la verdad un secreto enemigo del poder. — Qué han dicho de Jesucristo? Ellos lo han perseguido por el suplicio de los suyos, por la irrision de su vida, por la discusion de sus dogmas, por la opresion suscitada en favor de una causa que atacaba la libertad del alma; mas los fragmentos de sus libros subsisten todavia gracias á la imprenta, que he llamando hace poco la salvacion de la historia, sus libros dan testimonio de que ninguno de ellos ha negado la realidad de la vida de Jesucristo. Vosotros

solos, que habeis venido á la escena del mundo despues de diez ocho siglos, creyendo que el tiempo que confirma la historia es su destructor, os habeis atrevido á combatir la claridad misma del sol, con la esperanza de que toda negacion es á lo ménos una sombra, y de que la imbecilidad humana, buscando un refugio contra la severidad de Jesucristo, aceptaria toda arma para defenderse y todo escudo para cubrirse. Os engañais. La historia subsiste, á pesar de la negacion, como el corazon del hombre subsiste, á pesar del desorden de los sentidos, y Jesucristo queda al abrigo de una publicidad sin ejemplo, y de una necesidad sin contrapeso, en la cima de la historia.

Con todo eso, acaso me dirigireis la última réplica y me direis: si no se tratase mas que de hechos puramente humanos, como son los que componen los anales ordinarios de los pueblos, es claro que la vida de Jesucristo contenida en los Evangelios estaria fuera de discusion. Pero se trata en esa vida de sucesos que ninguna proporcion tienen con aquellos de que somos habitualmente testigos. Un Dios hecho hombre, que ha muerto y resucitado; cómo quereis que admitamos tan extraños hechos, sobre un conjunto de testimonios humanos? Porque en fin escrituras públicas, acontecimientos públicos, trama pública y general de la historia, todo este concurso de pruebas es cosa puramente del hombre, y sobre este fundamento mortal colocais una historia en que todo es sobrehumano. La base se hunde evidentemente bajo su peso.

Señores, no desconozco la fuerza de esta objeccion. Sí, comprendo que para la historia de un Dios, es necesaria otra tinta que para la historia del hombre mas elevado del mundo, es verdad. Mas tambien creo que Dios ha resuelto la objeccion, creando en favor de su hijo único Jesucristo una historia que no es humana, es decir, que está en proporciones tan superiores á la nada del hombre, que el poder histórico ordinario no habria bastado á ella evidentemente. En efecto, en dónde encontrareis el encadenamiento del pueblo judío,

de Jesucristo y de la Iglesia católica? En qué parte hay una cosa igual? Y además, sin volver á lo que está ya enunciado, decidme, os ruego, entre las historias que conocéis, cuál es la que ha tenido por espacio de tres siglos, testigos que han dado su vida por confirmarla? En dónde están los testigos que se han dejado sacrificar en favor de la autenticidad de los mas grandes hombres y de los mas grandes acontecimientos? Quién ha muerto para asegurar la historia de Alejandro? Quién ha muerto para asegurar la historia de César? Quién? Ninguno. Nadie en el mundo ha derramado su sangre para comunicar un grado mas de evidencia á la certidumbre histórica de ningun personage sea el que fuere: se deja á la historia seguir su curso. Mas construirla con su sangre, cimentar el testimonio histórico por espacio de trescientos años con sangre humana, he aquí lo que no se ha visto jamás, sino es de parte de los cristianos en favor de Jesucristo. Se nos ha interrogado durante tres siglos, para saber, quiénes éramos; nosotros hemos dicho: Cristianos; se nos ha replicado: Blasfemad contra el nombre de Cristo, y nosotros hemos dicho: somos cristianos. Se nos ha asesinado por esto en suplicios horrosos y por la mano de los verdugos, nuestro último suspiro se exalaba en nombre de Jesus, como un bálsamo para el moribundo y como un testimonio perpetuo en favor de Jesucristo que vive por los siglos de los siglos. Nosotros no hemos muerto por opiniones, sino por hechos, el nombre mismo de mártires lo prueba, y Pascal ha dicho exelentemente: "Yo creo á testigos que se dejan degollar." Y aunque haya arrogancia en querer hablar mejor que Pascal, diré no obstante mejor que él: Yo creo al género humano que se deja degollar.

Quereis otra señal que descubra aun la elevacion de Jesucristo en la historia, sobre toda historia? Decidme cuál es el antiguo pueblo del mundo, el mas célebre, á vuestra eleccion, que haya dejado custodios sobre su tumba para guardar en ella su historia? En dónde están los sobrevivientes de los

Asirios, de los Medos, de los Griegos, de los Romanos? en dónde están? Que pueblo que ya no existe da sin embargo testimonio de su vida? Un solo pueblo, el pueblo judío, vivo y muerto á la vez, reliquia del mundo antiguo en el mundo moderno, y testigo contra sí mismo de Cristo crucificado por él. Dios nos ha conservado este testigo intachable; yo lo presento, ahí está. Miradlo! La sangre está en sus manos. Y nosotros tambien, nosotros los católicos, nosotros que componemos la Iglesia, nosotros estamos al lado de él, hablamos con él, y tan alto como él. Sociedad viva y universal, llevamos en las cicatrices de nuestros mártires la sangre vertida por nosotros para dar testimonio de la historia de Jesucristo; y por su parte, sociedad viva tambien, universal tambien, el pueblo judío lleva una sangre que no es la suya, pero que no es menos elocuente que la nuestra. Hay aquí dos testigos y dos sangres. Miradlos! Mirad á la derecha y á la izquierda de Jesucristo: ved al pueblo judío que lo ha crucificado, ved al pueblo que ha nacido de su cruz. Ambos os dicen lo mismo; ambos sufren hace mil ochocientos años un martirio que no se parece, pero que tiene el mismo origen, los dos son enemigos, y no concurren sino en un solo punto: en Jesucristo! Ah! desafiad á la Divinidad! sí desafiadla! pero tened por cierto que cuando el hombre desafía á Dios, su Providencia le prepara inevitablemente una contestacion como la que acabais de oír al hablar de la historia de Jesucristo.

Concluyo, Señores; negar la realidad histórica de la vida de Jesucristo es un acto de demencia y de desesperacion. Pero cómo es que se ha intentado negarla ya sea directa ó ya indirectamente, con precauciones ó sin ellas? Porque admitida una vez la realidad histórica de Jesucristo, aun en globo, el sentimiento de su divinidad se abre brecha en el espíritu, y es difícil dejar de sucumbir á él mas ó menos. Era necesario esparcir tinieblas en derredor de una existencia tan admirable, ligada además con tantas cosas que lo son tambien.

Aun cuando la negacion no tubiera mas resultado que exigir la prueba del hecho, se obtenia una discusion, y una discusion es de algun valor en un terreno inespugnable, pues parece que así se disminuye el prestigio de aquel. En fin, vale mas intentar algo que dejar de hacer algun esfuerzo. Por otra parte hay un odio ciego, que hace insensibles los ojos á la mas viva luz, y en este sentido convenia que la realidad histórica de Jesucristo fuese atacada, como una prueba de la disminucion intelectual de sus enemigos. La verdad gana con las violencias del espíritu como con las violencias del cuerpo, y tranquila en la region inaccesible en que Dios la ha colocado, segura de sí misma por cualquier lado que se le aceche, puede decir al hombre, imitando un verso famoso:

Conteste si tu peux, et consens si tu l'oses.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA TERCERA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONA-

LISMO PARA DESNATURALIZAR LA VIDA DE

JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Os he probado en nuestra última conferencia la realidad histórica de Jesucristo. Pero qué quiere decir haber probado la realidad histórica de Jesucristo? Quiere decir que queda sentado haber vivido en cierta época un hombre que se llamaba Jesucristo? Si no hemos probado mas que esto, no hemos probado nada; porque un nombre es

nada. Probar la realidad histórica de un personaje, es probar la realidad del tipo vivo que lo constituye. De esta suerte, cuando nombro á César, no nombro á un sugeto indeterminado, nombro al romano que antes de Augusto, conquistó y gobernó las Galias, que, llamado por el Senado, pasó el Rubicon, se apoderó de la dictadura y sucumbió en fin bajo el puñal de una conjuracion. Así tambien, cuando nombro á Jesucristo, nombro al que en tiempo de Tiberio, predicó en Judea una doctrina religiosa, apoyó su palabra en acciones sobre las que os reservais juzgar, pero que eran á lo menos singulares, se hizo de discípulos, y despues de una sentencia fulminada contra él y seguida de su muerte, se presentó á todo el universo resucitado, y fundó en fin esa jerarquía, ese dogma, ese culto, esa Iglesia católica que vemos al presente. Y haber probado la realidad histórica de Jesucristo, es haber probado la realidad del tipo que acabo de dibujar con grandes pinceladas.

He hecho mas, Señores, he probado al mismo tiempo la autenticidad de los Evangelios; porque un libro es auténtico cuando es histórico, y yo he demostrado que los Evangelios tienen todos los caracteres de la historia, es decir que son una escritura pública, que contiene hechos públicos adaptados á la trama general y pública de los anales del género humano. Esta es la mas grande autenticidad que puede darse. Hay otra secundaria y poco importante, que consiste en conocer la fecha precisa de un libro y el nombre exacto de su autor. A esta la coloco en un grado inferior respecto de la otra, porque un libro puede tener una fecha cierta y un autor cierto sin gozar por eso de ningun valor histórico, mientras que un libro histórico lleva consigo la fecha y la série de las cosas auténticamente promulgadas por una invencible publicidad. Los Evangelios son auténticos de las dos maneras; mas como para su certidumbre es suficiente la primera y mas grande autenticidad, ella es la que me he propuesto fijar principalmente.

Aun cuando la negacion no tubiera mas resultado que exigir la prueba del hecho, se obtenia una discusion, y una discusion es de algun valor en un terreno inespugnable, pues parece que así se disminuye el prestigio de aquel. En fin, vale mas intentar algo que dejar de hacer algun esfuerzo. Por otra parte hay un odio ciego, que hace insensibles los ojos á la mas viva luz, y en este sentido convenia que la realidad histórica de Jesucristo fuese atacada, como una prueba de la disminucion intelectual de sus enemigos. La verdad gana con las violencias del espíritu como con las violencias del cuerpo, y tranquila en la region inaccesible en que Dios la ha colocado, segura de sí misma por cualquier lado que se le aceche, puede decir al hombre, imitando un verso famoso:

Conteste si tu peux, et consens si tu l'oses.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA TERCERA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONA-

LISMO PARA DESNATURALIZAR LA VIDA DE

JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Os he probado en nuestra última conferencia la realidad histórica de Jesucristo. Pero qué quiere decir haber probado la realidad histórica de Jesucristo? Quiere decir que queda sentado haber vivido en cierta época un hombre que se llamaba Jesucristo? Si no hemos probado mas que esto, no hemos probado nada; porque un nombre es

nada. Probar la realidad histórica de un personaje, es probar la realidad del tipo vivo que lo constituye. De esta suerte, cuando nombro á César, no nombro á un sugeto indeterminado, nombro al romano que antes de Augusto, conquistó y gobernó las Galias, que, llamado por el Senado, pasó el Rubicon, se apoderó de la dictadura y sucumbió en fin bajo el puñal de una conjuracion. Así tambien, cuando nombro á Jesucristo, nombro al que en tiempo de Tiberio, predicó en Judea una doctrina religiosa, apoyó su palabra en acciones sobre las que os reservais juzgar, pero que eran á lo menos singulares, se hizo de discípulos, y despues de una sentencia fulminada contra él y seguida de su muerte, se presentó á todo el universo resucitado, y fundó en fin esa jerarquía, ese dogma, ese culto, esa Iglesia católica que vemos al presente. Y haber probado la realidad histórica de Jesucristo, es haber probado la realidad del tipo que acabo de dibujar con grandes pinceladas.

He hecho mas, Señores, he probado al mismo tiempo la autenticidad de los Evangelios; porque un libro es auténtico cuando es histórico, y yo he demostrado que los Evangelios tienen todos los caracteres de la historia, es decir que son una escritura pública, que contiene hechos públicos adaptados á la trama general y pública de los anales del género humano. Esta es la mas grande autenticidad que puede darse. Hay otra secundaria y poco importante, que consiste en conocer la fecha precisa de un libro y el nombre exacto de su autor. A esta la coloco en un grado inferior respecto de la otra, porque un libro puede tener una fecha cierta y un autor cierto sin gozar por eso de ningun valor histórico, mientras que un libro histórico lleva consigo la fecha y la série de las cosas auténticamente promulgadas por una invencible publicidad. Los Evangelios son auténticos de las dos maneras; mas como para su certidumbre es suficiente la primera y mas grande autenticidad, ella es la que me he propuesto fijar principalmente.

Puede ser que al escucharme os hayais preguntado, Señores, á vosotros mismos á quién combato, y si se debe tomar tanto empeño en una cosa que parece no ser contradicha. Os engañais en esto. No solamente ha negado Dupuis la realidad histórica de Jesucristo en una obra célebre sobre *el origen de todos los cultos*, sino que no hay inerédulo que de una ú otra manera no haga lo mismo, suscitando dudas y tinieblas en su entendimiento, cuando se trata de la formidable persona del hijo de Dios hecho hombre. De ahí viene el que oigais repetir con tanta complacencia y tan falsamente que ningún testimonio contemporáneo, fuera de la escuela cristiana, atestigüa la presencia de Jesucristo sobre el teatro de la historia. De ahí viene que el famoso texto de Flavio Josefo sobre la vida y la muerte de Cristo haya sido tan vivamente atacado como sospechoso. No hay inerédulo á quien la certidumbre histórica de los primeros tiempos del cristianismo no turbe é importune, y que no dé importancia á las dudas que se suscitan bajo este respecto, por insignificantes que sean. Era pues necesario quitarles este consuelo, tanto mas, Señores, cuanto que al demostraros la divinidad de Jesucristo, supiese previamente la autenticidad de su persona y de su historia, y si no volviera sobre mis pasos para asegurarla definitivamente, todo el edificio de mi demostracion descansaria sobre una hipótesis gratuita. Acabemos hoy de sustituir el hecho á la hipótesis, y al efecto os hablaré de otro esfuerzo del racionalismo, no ya para aniquilar la vida de Jesucristo, sino para desnaturalizarla. Porque despues de haber dicho ó dado á entender que la vida de Cristo era una fábula, el racionalismo ha conocido que era mucho pedir á la credulidad humana; ha temido la luz poderosa del buen sentido, y á principios de este siglo se ha inventado, no en Inglaterra ni en Francia sino en Alemania, un nuevo sistema. Se ha dicho: la vida de Cristo no es una fábula, es un mythos. Qué cosa es miythos? La vida de Jesucristo es un mythos? Tal es, Señores, el objeto de esta conferencia y de vuestra atencion.

Hagamonos cargo primero de las causas que han impedido al racionalismo el sancionar con su adhesion la realidad histórica de Jesucristo. Seguramente quedan cuestiones por resolver, aun cuando se diga: Jesucristo ha vivido, su historia es auténtica, la publicidad reviste de la mas decisiva claridad los orígenes del cristianismo y de la cristiandad. Sin embargo, Señores, dado este paso, se encuentra el racionalismo inmediatamente con un dilema muy sencillo. O bien Jesucristo y sus apóstoles han sido sinceros, ó han sido impostores. Decir que han sido sinceros es confesar en el fondo la divinidad de su obra; porque quedando sentada la realidad de la vida de Cristo por una parte, y estando de acuerdo por la otra sobre la sinceridad de esa misma vida, no se puede, considerando la naturaleza y la série de los sucesos que forman su contestura, dejar de llegar á esta conclusion: Jesucristo es Dios. Si, por el contrario, se afirma que Jesucristo y sus apóstoles han sido impostores, se coloca al entendimiento en una posicion muy difícil. Porqué? Porque Jesucristo, los apóstoles y los mártires son la sinceridad misma en el grado mas eminente; porque Dios ha puesto en la persona de Jesucristo, en la vida de sus apóstoles, en la muerte de sus mártires, un carácter y un perfume de buena fé, que no da lugar á suponer que toda esa bella historia haya sido por espacio de tres siglos, mas de un conjunto de imposturas anegadas en sangre. Además en la actualidad el cristianismo es sincero; no se puede acusar de mentirosa á la multitud de hombres civilizados que creen en Jesucristo, que pretenden tener la demostracion cotidiana de su divinidad, que dicen que independientemente aun de la historia evangélica, la sola accion de Cristo sobre ellos les manifiesta su omnipotente realidad; esta es la tesis de un célebre Aleman que, habiendo difundido al rededor de sí el pirronismo histórico, y sintiendo en el fondo de su alma la influencia del Salvador de los hombres, decia á la Alemania: "Mas yo que vivo, que siento, que pienso, yo vivo con Jesucristo, yo siento con Jesucristo, yo pienso con Jesucristo; él me eleva sobre mí mismo."

él me purifica, él me da lo que nadie en el mundo me ha dado jamas; él es pues mas que yo, mas que el mundo, mas que el alma, él es Dios." Sí, nosotros somos sinceros, y si no todos los cristianos prueban su sinceridad con sus virtudes, hay á lo menos muchos que tributan á Jesucristo el testimonio de su fé. Os atreveriais á tacharlos de hipócritas? Os atreveriais á marchitar el corazon y las acciones de tan gran número de hombres ligados con vosotros por tantos títulos? Hipócritas y porqué, con que objeto? Que placer el ser casto por hipocresía! Que singular designio y que extraño premio de este sacrificio! Nosotros somos pues sinceros, y podemos decir de Jesucristo, esposo de nuestras almas, lo que Paulina de Polyucte, y con el mismo acento.

*Mon époux en mourant m' a laissé ses lumières,
Je vois, je sais, je crois!*

Pero si el cristianismo es sincero en el dia, como puede concebirse que de la mas grande impostura posible, cual es llamarse Dios, haya ese torrente, ese mar de sinceridad estendidos sus golfos y sus horizontes hasta nosotros, hasta el centro de la humanidad actual? Una cansa impura no puede producir un efecto puro, y si actualmente el cristianismo es sincero, lo era ayer, anteayer, en los dias de su juventud, lo era en Jesucristo, primer corazon de donde ha salido para abrazar el nuestro y hacerlo ingenuo. O á lo menos, si negais la consecuencia bajo esta forma, reconoced en Jesucristo, en sus apóstoles y sus mártires, señales de sinceridad mas grandes todavia que las del cristianismo presente, y comprended porque los incrédulos necesitan echar fuera de la historia los tiempos primitivos de la cristiandad, por temor de que concediéndoles una vez el derecho de vecindad no se ciñan demasiado fácilmente la corona de una divinidad incontestable. Si, nuestros antepasados, los incrédulos franceses, han tenido la audacia que era necesario tener; ellos han fijado la cuestion como convenia, y cualquiera que no los

imité corre todos los riesgos y se espone á todos los peligros, es un cobarde en el órden de la negacion ó es un niño. Nuestros padres, en esto como en todo lo demas iban derecho al fondo de las cosas; comprendian con la intrepidez propia de su genio que era preciso negarlo todo ó concederlo todo. Los alabo por haber sido consigüentes, porque despues de todo, cuando se ama el error vale mas navegar en él como Colon, que no como esas barcas tímidas que no se atreven á engolfarse en el Océano, y que se rompen en la punta misma de la playa. Yendo lejos se llega mas pronto al objeto, y el entendimiento que se avanza demasiado en la carrera del error, tiene mas grandes probabilidades de volver á entrar á toda vela en el camino de la verdad!

El genio aleman no está dotado, al parecer, de esta superioridad de perspicacia y de rapidez. Él es el que ha criado la teoría del mythos, en torno de la cual gira hace cincuenta años. Mas en fin, qué cosa es pues el mythos? Haced á un lado las bóvedas de esta Catedral, y mirad esa otra bóveda de que Pascal ha dicho: "El silencio eterno de esos espacios desconocidos me espanta." Mas allá de los astros que vuestros ojos descubrirán sin fatiga, y como hacia el último límite de la estension, distinguireis algunas estrellas problemáticas. Son por ventura el fruto de una vision engañosa producida por la distancia? Tienen una existencia verdadera? ó mas bien no es causada á la vez su aparicion por una ilusion de óptica y por cierta realidad? Lo mismo sucederá si, en lugar de explorar las regiones profundas del firmamento, dirigis una mirada curiosa á los confines de la antigüedad. Encontrareis narraciones que inquietarán vuestra inteligencia, incierta de sí debe rechazarlas enteramente ó admifirlas en su totalidad. Tomo por ejemplo á Prometéo. Todos vosotros conoceis el tema de Prometéo, de aquel hombre audaz que se robó el fuego del cielo, y á quien Júpiter, en castigo de este atentado, hizo clavar sobre una roea, donde su corazon es devorado por un buitres. La antigüedad

estaba impregnada de esta relacion de que Esquiles ha hecho una de las tragedias mas singulares del teatro griego. En el fondo qué cosa era Prometeo? Era una fábula pura? Es bien difícil creerlo, Señores; el hombre parte siempre en sus creencias y en sus tradiciones de alguna realidad, y cuando sus creencias y sus tradiciones tienen un carácter universal, no es lógico desairarlas con un desdén absoluto. Pero, por otro lado, colocareis en la historia el tema de Prometeo? No podemos tampoco. Como admitir que un hombre haya robado el fuego del cielo, que Dios lo haya encadenado sobre una peña, y que su corazón, siempre renaciente, sea presa de un buitre que no se sacia jamás? Aquí estamos evidentemente entre la fábula y la historia. Un acontecimiento relativo á los destinos religiosos del género humano ha pasado en el fondo de los siglos primordiales; todos los pueblos han llevado su memoria en sus emigraciones; pero á proporcion que las tinieblas de lo pasado aumentaban sobre el mundo, la fisonomía verdadera de esta tragedia antigua ha perdido algo de su claridad; la imaginación ha dado auxilio á la memoria, y Prometeo, clavado sobre una roca ha venido á ser la expresión popular y permanente de un gran crimen, seguido de una grande expiación. Este es el mythos. El mythos es un hecho transfigurado por una idea, y la antigüedad aparece á nuestra vista en sus confines, repito la expresión, como custodiada por una legión de mythos, que todos son la expresión alterada de alguna verdad.

Esto supuesto, dice el doctor Strauss, uno de los más célebres campeones de la escuela mythica, por qué Jesucristo no ha de ser un mythos? por qué los Evangelios han de ser otra cosa que un conjunto de mythos, es decir de hechos reales transfigurados por ideas? Veamos si esto es posible, y en segundo lugar, si esta es la realidad.

Que sea posible casi no deja duda la analogía. Cualquiera religion, sea la idolatría, sea el brahmanismo, sea el budismo, que otra cosa es sino un vasto conjunto de hechos y

de ideas alterados los unos por las otras? Si lo negais, vosotros los cristianos, os dais un golpe terrible; porque de esta suerte afirmais que la humanidad es capaz, (tan desprovista la suponeis de buen sentido) de adorar durante siglos, fábulas destituidas de toda especie de fundamento, ya tradicional ya ideal. Evidentemente no podeis negarlo; debeis convenir, sólo pena de heriros vosotros mismos, en que siempre que el hombre ha doblado la rodilla con alguna universalidad y con alguna perpetuidad, ha tenido delante de sí hechos incrustados en concepciones. Pero si este es el fenómeno general, porqué el cristianismo no ha de haber sido producido bajo el imperio de la misma ley? Sin duda los cristianos adoran hechos; Jesucristo es un hecho; únicamente, como en todas las ocasiones de esta naturaleza, el hecho primordial, aunque cierto, ha sufrido en el pensamiento de sus adoradores, con el transcurso del tiempo y la fascinación de una idea preexistente, modificaciones que lo sacan de la historia para colocarlo en la especie de los mythos. Que Jesucristo no haya sufrido una transformación tan completa como los hechos lejanos de la más remota antigüedad, se puede conceder sin dificultad; pero el más ó el menos no constituyen sino una cuestión secundaria, y no por eso queda menos firme que la persona de Cristo y el éxito del cristianismo están comprendidos en la ley general que reduce á mythos todas las religiones conocidas.

Tanto menos puede dudarse de lo que se acaba de decir, cuanto que la publicación de los Evangelios no ha sido contemporánea de Jesucristo. Por confesión misma de los cristianos, un número bastante grande de años de tradición y de predicaciones ha precedido á la era de la escritura evangélica, y si se somete este punto á una crítica exacta, no podrá colocarse el reinado del Nuevo Testamento sino á mediados del segundo siglo. Que espacio dejado á la imaginación y á la fé para transformar á Jesucristo!

Esta transformación era tanto más fácil, notadlo bien, cuan-

to que la idea del Mesias preexistia á Jesucristo. Mucho antes de que se dejase ver, esta idea circulaba por las venas del pueblo judío; una multitud de hombres atentos á la voz de los profetas, se habian ocupado del Mesias que habia de venir, y despues que Jesucristo se atribuyó su mision, era natural que se le aplicasen todos sus rasgos característicos. La idea del Mesias era el molde en que se formaba; siglos antes, el mythos de Jesucristo; Jesucristo en cierta manera, no tenia mas que dejarse llevar de las circunstancias; y cuando murió, su vida entró naturalmente, como una materia en fusion, en el molde de la idea del Mesias, del que salió en fin tal cual se halla en el dia á los ojos atónitos de las generaciones.

La analogía, el tiempo, la idea preexistente del Mesias, todas estas circunstancias nos inducen á concluir que el cristianismo ha podido formarse, como todas las religiones de la antigüedad, por el principio de la transfiguracion mythica. Pero un examen mas severo nos conducirá mucho mas allá de esta conclusion, y nos hará descubrir en el Nuevo Testamento todos los caracteres de un mythos perfecto.

Primeramente, la vida de Jesucristo tal cual se refiere en los Evangelios, es una maravilla continua. Desde el ángel que anuncia su concepcion en el seno de la Virgen Maria, hasta su resurreccion y ascension, ningun suceso de esta existencia es conforme al curso de la naturaleza. Cada palabra produce un prodigio, cada paso es un milagro, y el milagro parece que lucha consigo mismo para excederse de momento en momento y confundir las últimas esperanzas de la razon. Pero lo maravilloso es precisamente el compañero inseparable del mythos, y ambos tienen el mismo asiento. En donde hallamos, en efecto, lo maravilloso? Está á nuestra vista, próximo á nosotros, en el mundo moderno en fin? No, nada de esto. Todo lo que vemos es sencillo y natural; leyes generales, de las que procede un orden constante, rigen el mundo que está delante de nosotros; Dios no interviene en él, en manera alguna, por golpes estravagantes y repen-

tinios, sino que deja á las causas segundas su indisoluble encadenamiento. En donde pues encontramos lo maravilloso? En donde mismo descubrimos el mythos, en la antigüedad. La antigüedad es el asiento de uno y otro, y el mythos mismo no nos ha sido descubierto sino por la presencia de lo maravilloso; porque si nada fuera maravilloso en la antigüedad, todo seria histórico. Mas en tal caso, que es lo que distingue lo maravilloso de Jesucristo de lo maravilloso de cualquier otro genero? En si mismos nada los distingue: en cuanto al lugar, nada tampoco, pues que este lugar es la antigüedad. Porqué pues, decidme, dividis la antigüedad? porqué llamais falsa á una, y á otra verdadera? Porqué rechaissais en el mythos lo maravilloso anterior á Jesucristo, y dais el rango de historia á lo maravilloso que le es contemporáneo? La razon no alcanza ningun motivo para esta distincion, á no ser que llameis al tiempo de Jesucristo tiempo histórico por oposicion á otras épocas que llamais tiempos fabulosos. Mas lo maravilloso es justamente el rasgo característico que distingue los siglos de la fábula de los siglos de la historia; porque sin esto, en donde estaria el principio de su distincion?

En segundo lugar, es manifiesto á la primera lectura de los Evangelios, que ellos no presentan ninguna série cronológica, nada que anuncie la historia, sino que son simples materiales aglomerados á la ventura, sin haber siquiera tenido sus autores el cuidado de buscar la menor verosimilitud de armonía. Todo es confusion y contradiccion. Ha bastado al doctor Strauss dejar correr su mirada y su pluma, para formar cuatro volúmenes de las increíbles equivocaciones de que están llenos. Y no se debe acusar por eso á los Evangelistas; esto mismo prueba su sinceridad. Ellos han tomado el mythos, como lo han encontrado, fluctuante, indeciso, contradictorio consigo mismo, como todo lo que sale de la confluencia tenebrosa de los hechos y de las ideas. Mas de un siglo habia pasado desde la muerte de Jesucristo, los recuerdos de su vida habian recorrido el mundo del Oriente al Occidente, bajo la influen-

cia de impresiones y pensamientos que reconocian diversos orígenes, y aunque el tipo tuviese alguna unidad á causa de la idea del Mesias que era el punto de partida primitivo, sin embargo era imposible que la elaboracion final de tantos elementos no presentase cicatrices visibles de desacuerdo y variedad.

Tal es, Señores, la argumentacion de la escuela mythica. Creo que en nada he disminuido la fuerza de ella, pues jamas he tenido gusto en apocar á los enemigos de la verdad. De que podria servir? Si yo abusara por un momento de vuestra penetracion y de la memoria que tenéis de las cosas, volviendo á entrar dentro de vosotros mismos, una ojeada sobre el doctor Strauss os descubriria mi poca sinceridad, y la causa que definiendo, por haber ganado un cuarto de hora, perderia un siglo en vuestra mente. No, Señores, menos que una obligacion, es un placer el ser sincero cuando se tiene la verdad de su parte, y si los argumentos de la escuela mythica han perdido algo de su fuerza al pasar por mi boca, es porque despues de tres meses consagrados á su estudio, no me ha sido posible darles mas claridad ni mas energía. Con todo eso tened entendido que la obra es tan artificiosa cuanto puede serlo una obra de su clase: el autor no niega la realidad histórica de Jesucristo; no se estrella tampoco contra los elementos constitutivos de la historia, y sin embargo concediendo que Jesucristo es un hecho histórico lo desarma de la autoridad consiguiente al hecho. Por otra parte, no combate tampoco la impresion de buena fé que resulta de su vida y de la vida de sus discípulos. Está de acuerdo en esta buena fé. Jesus creía en sí y se creía en él. Se creía en él en presencia del César, se cree en él en presencia de la incredulidad. Vuestros padres daban su sangre por hechos y por ideas; vosotros dais la vuestra por hechos y por ideas. No hay mas sino que vosotros, segun el autor, no los comprendéis bien, y que es permitido, es honorífico, es glorioso el vivir y morir por cosas que no se comprenden bien.

Creo, Señores, suficiente la esposicion que acabo de hacer, y voy á atacar de frente esa gran máquina de guerra germánica.

Negaré la existencia de los mythos? No, Señores, el mythos me parece históricamente la cosa mas verdadera del mundo. Convengo en que el hombre abandonado á la tradicion por espacio de muchos siglos, llega por fin á no discernir bien el aspecto de los sucesos y su contestura primitiva. Como un cuadro ante el cual retrocede siempre el espectador, el género humano retrocede delante de lo pasado, y si bien lo mira todavia, viene un momento en que su vista se oscurece. Entre tanto, trabajando la imaginacion sobre ese espectáculo hecho remoto, añade á él nuevos rasgos; la idea domina al hecho, y se cria una cosa que no es ni una historia ni una fábula y que llamamos mythos. La mitología es el conjunto de todas las creaciones del entendimiento humano entre las tinieblas y la luz de la antigüedad. Porque, notadlo bien, cual es el teatro de los mythos? Es la antigüedad, ó mas bien es la tradicion abandonada enteramente sola al curso de la humanidad, quien la estiende empujándola y haciéndola progresar. La tradicion pura es el asiento del mythos. Mas luego que nace la escritura, luego que la narracion inalterable se presenta, luego que el bronce escriturístico es colocado al frente de las generaciones, al instante se desvanece el poder mythico del hombre. Porque entonces el hecho queda á su vista en sus verdaderas proporciones, queda dominando á su imaginacion, y mil años producen el mismo efecto que un solo dia. Despues de Herodoto y de Tácito observais mythos en la historia? Carlomagno se ha convertido en mythos al cabo de mil años? Clovis al cabo de mil trescientos? Augusto, César, hundiendose en lo pasado han tomado alguna apariencia mythica? No: el punto mas remoto en que el historiador moderno procura descubrir el mythos, es por ejemplo, el origen de Roma, Rómulo y Remo. Porqué? Porque aunque próximo á la época de la escritura, y aunque esta preexistia en otros paises, no habia

tomado aun á su cargo la historia romana. Mas existiendo la escritura, apoderándose ella una vez de la trama general de la historia, al instante el molde mythico es despedazado.

Pues bien, Jesucristo no pertenece al reinado de la tradicion, sino al reinado de la escritura. Ha nacido en tiempo de la escritura plena, sobre un terreno en que es imposible al mythos echar raices y desarrollarse. La Providencia habia previsto todo y preparado todo desde mucho antes, y si os habeis preguntado alguna vez porqué Jesucristo ha venido tan tarde, ahora veis una de las razones que ha habido para esto. Ha venido tan tarde para no estar en la antigüedad, para estar en el centro de la escritura; porque él no es la primera escritura, no Señores, no es la primera escritura, es la escritura despues de mil quinientos años, y si no quereis contar sino desde Herodoto, es todavia la escritura despues de quinientos años. De esta suerte es moderno, y aun cuando el mundo durase siglos sin fin, como por medio de la escritura todo está presente, porque de una mirada y con la rapidez del relámpago, recorremos toda la cadena de la historia, Jesucristo es para siempre nuevo y está sentado en la plena realidad de los sucesos que forman la vida conocida y cierta del género humano.

Podria detenerme aquí, Señores, pues veis bien que la máquina mythica está por tierra, supuesto que la condicion fundamental del mythos, que es la ausencia de la escritura, falta en Jesucristo. El mismo doctor Strauss conviene espresamente en que el mythos no es posible en los tiempos de la escritura; por lo mismo trata de despojar á Jesucristo del carácter escriturístico atrasando la publicacion de los Evangelios cuanto le es posible. Bien pronto veremos la debilidad de este recurso, si me permitis seguir paso á paso la huella de su argumentacion.

La analogía, dice, está contra Jesucristo, pues que el mythos es la base de todas las religiones conocidas. Lo niego. El mythos es la base de las religiones de la antigüedad, excepto la

de Moises, porque todos esos cultos tenian sus raices en una tradicion, cuyas tinieblas no habia destruido la escritura, ni prevenido tampoco sus descarríos. Mas existiendo la escritura, los mismos falsos cultos, tales como el de Mahoma, han tomado una consistencia histórica que los separa manifiestamente de los sacerdocios y de los dogmas corrompidos de la antigüedad. La diferencia salta á los ojos. Por este motivo, ni á los cristianos, ni á los que combaten el cristianismo les ocurrirá jamas el atacar á Mahoma, haciendo de su persona un mythos, y del Alcoran una compilacion mythica. La fuerza de la escritura bajo cuyo imperio ha vivido, nos priva aun del pensamiento de tan quimérica temeridad. Nos vemos obligados á confesar que es un personage real, que ha escrito ó dictado el Alcoran, organizado el islamismo, y nuestro único recurso contra sus pretensiones es tratarlo de impostor, decirle enérgicamente: Tú has mentido. Pero en este caso la empresa de los incrédulos es mas difícil, el éxito de ella mucho mas difícil aun, ved aquí por qué el racionalismo disputa con tanto arte á Jesucristo su poderosa realidad. Como quiera que sea, la analogía que se invoca para estender sobre él las sombras del mythos, es una analogía sin fundamento. Una gran línea de demarcacion separa en dos hemisferios todos los cultos conocidos, el hemisferio mythico y el hemisferio real; aquel contiene los cultos formados en los tiempos primitivos, bajo el imperio de una tradicion variable; este contiene los cultos verdaderos ó falsos que la escritura ha encadenado en una historia y un dogma determinados. Para rechazar á los primeros, basta oponerles su naturaleza mythica; para rechazar á los segundos, es necesario entrar en la discusion de su valor histórico, intelectual, moral y social.

Es verdad que se disputa á Jesucristo su carácter escriturístico, pero cómo? porque, se dice, es imposible convenir en que la publicacion de los Evangelios haya tenido lugar antes del año ciento cincuenta de la era cristiana, de donde se sigue que el tipo de Cristo ha fluctuado por mas de un siglo á merced de la

tradicion. Señores, si yo lo concediese, si yo concediese que nuestros Evangelios no han aparecido antes del año ciento cincuenta, que resultaría? Antes del año ciento cincuenta, la escritura existia fuera de la escuela cristiana; existia entre los judíos, entre los Griegos, entre los Romanos, sobre todo el teatro en que se discutia la cuestion del cristianismo; la historia estaba fundada por la publicidad é inmutabilidad de los monumentos. Antes del año ciento cincuenta, se predicaba á Jesucristo muerto y resucitado en todas las sinagogas que cubrian la superficie del mundo romano, y aun se estendia esta predicacion mas allá; se le anunciaba públicamente en el palacio de los Césares y en el pretorio de todos los procónsules. Antes del año ciento cincuenta, Tácito y Plinio el jóven testifican que era así. Esas predicaciones, esos testimonios, esas discusiones, esa lucha, esa sangre, todo eso era público, estaba escrito; no era una tradicion muerta, abandonada á los azares del tiempo y de la imaginacion durante mil años de indiferencia y de paz. Se daba en el mismo momento la palabra y la vida, y tres sociedades juntas, altamente interesadas en lo que pasaba, la sociedad cristiana, la sociedad judía y la sociedad romana, se encontraban sobre ese campo de batalla, cuyo limite tradicional circunscribis vosotros mismos á un poco mas de un siglo. Y qué! esos judíos á quienes se decia: Vosotros habeis matado á Jesucristo! esos príncipes y esos presidentes cuyas órdenes no se obedecian por ser opuestas á la doctrina de Jesucristo; qué! ninguno de ellos ha conocido que se trataba de un mythos en estado de formacion? No, todo el mundo estaba anegado en la sangre de los mártires, y por consiguiente todo el mundo estaba en la realidad; todo el mundo estaba en la discusion, y por consiguiente en la fuerza y en la gloria de la publicidad que es el fundamento de toda la historia. Poco importa pues la fecha de los Evangelios, porque la historia sostiene á los Evangelios. Si no han aparecido sino ciento veinte años despues de Jesucristo, vivian antes de nacer, vivian en la boca de los apóstoles, en la sangre de los

mártires, en el odio del mundo, en el pecho de millones de hombres que confesaban á Jesucristo muerto y resucitado. Que miseria, Señores, que debilidad! Comparar una religion cuyos principios son tan públicos y militantes, y cuya tradicion no habrá precedido á la escritura mas que ciento veinte años, con esos cultos sin historia sumergidos durante dos mil años en las aguas muertas de una tradicion que á nadie estaba confiada, y por la cual nadie ha dado jamas una gota de sangre.

Apenas tengo necesidad, Señores, de deciros, que aceptamos la fecha que se quiere asignar á la publicacion de los Evangelios. Los Evangelios son escrituras públicas, contienen hechos públicos, que entran en la trama pública de la historia; llevan el nombre de tres apóstoles y de un discípulo célebre que eran hombres públicos en una sociedad pública; es pues imposible que la narracion que ellos hacen, estando acompañada de tales circunstancias, sea contraria á la verdad; las leyes matemáticas de la publicidad no lo permiten. Los Evangelios son de los apóstoles; tienen el valor de su testimonio y la fecha de su vida, es decir la fecha de una vida contemporánea, y el valor de un testimonio contemporáneo. Estos por menores de autenticidad se ligan con la autenticidad general de los principios del cristianismo y no son separables de ella. Juzgad, repito, de la relacion que existe entre tales monumentos, y los mythos oscuros salidos del abismo sordo y sin luz de la remota antigüedad.

En vano, para hacer retroceder á Jesucristo mas allá del tiempo en que vivió, se apela á la idea del Mesias que habia preparado su venida. Primeramente, la idea del Mesias no era un mythos; ella pertenecia á un pueblo que poseia la escritura á un pueblo que escribia y cuyos hechos estaban escritos, y ella misma era parte de su escritura, era una idea fija y un hecho fijo. Pero aun cuando primitivamente la idea del Mesias hubiera sido un mythos, no puede ya conservar este carácter en su aplicacion á Jesucristo. Porque la aplicacion á Jesucristo era moderna; se hacia en una épo-

ea toda escriturística y pública, y por consiguiente, cualquier cosa que hubiera sido en lo pasado, el mythos desaparecía á la presencia luminosa de Jesucristo y de su siglo. La cuestion real ahogaba la cuestion quimérica.

Quedan, Señores, los signos mythicos que se pretende descubrir en la historia misma de Jesucristo. El primero de estos signos es lo maravilloso. Lo maravilloso, se dice, es el carácter mythico propiamente dicho; donde quiera que se deja ver, la historia desaparece; porque siendo imposible el milagro en sí mismo, toda narracion que lo contiene no puede ser historia evidentemente. Así, nos dice el doctor Strauss, yo echo por tierra todos vuestros dogmas con estas pocas palabras: El Evangelio es un tejido de milagros; el milagro es imposible: la historia pues del Evangelio es imposible tambien, y por consiguiente, esa historia no existe: no puede ser mas que un mythos.

Que el milagro sea imposible ó no, es una cuestion de metafísica que he tratado ya, y de la que no volveré á ocuparme. Pero á lo menos es una cuestion. Vosotros, racionalistas, no admitís la posibilidad de la accion soberana de Dios en este mundo, nosotros los cristianos la admitimos. Y bien, nosotros somos hombres como vosotros, inteligencias como vosotros; si vosotros sois numerosos, nosotros lo somos mucho mas; si vosotros sois sabios, nosotros lo somos al tanto. Y mientras que vosotros negais el milagro, nosotros lo pedimos á Dios todos los días, persuadidos de que así manifiesta su poder y su bondad hácia sus criaturas, aun en la actualidad. Nosotros vamos mas lejos: no concebimos la idea de Dios sin la idea de una soberanía que pueda manifestarse por la omnipotencia de su accion, de manera que para nosotros la negacion de la posibilidad del milagro es la negacion misma de la idea de Dios. Dios, segun nosotros, es maravilloso por su naturaleza, y si la historia cesa por el milagro, nosotros pensamos que Dios cesa negándole el poder de hacer milagros. Un abismo separa, lo veis, estas dos creen-

cias. Que se sigue de aquí? Se sigue que la posibilidad del milagro es una cuestion, y por consiguiente, que decidir de la realidad de la historia por la presencia ó la ausencia del milagro, es decidir una cuestion por otra cuestion, procedimiento contrario á las reglas de la lógica y del sentido comun. Qué! los monumentos son auténticos, se encadenan los unos con los otros en un orden visible y constante, se ligán á toda la série de la vida humana pública, son inespugnables, ciertos, consagrados, es locura tocar á ellos; mas el dedo de Dios se encuentra allí, ese dedo que ha criado el mundo, y esto basta, la historia ha desaparecido. Me dispensareis, Señores, aun suponiendo que el milagro sea problemático en sí mismo, de negar lo cierto á causa de lo incierto. Nosotros los cristianos admitimos lo incierto sobre la fé de lo cierto: cada uno tiene su lógica.

Se insiste haciendo notar que lo maravilloso es el único carácter que distingue la fábula de la historia. Esto no es cierto, Señores; la línea de demarcacion entre la historia y la fábula está en otra parte; está en la diferencia que hay entre cosas sin consecuencia y sin monumentos públicos, y cosas encadenadas y revestidas por todas partes, de publicidad. Lo he dicho y no juzgo necesario repetirlo.

¿Es mas feliz el doctor Strauss en lo que constituye el fondo de su obra, es decir en la censura de los innumerables yerros y contradicciones de nuestros evangelistas? No lo creo. He leído esa obra con atencion y trabajo, y ved aquí lo que yo hacia. Despues de haber estudiado un párrafo, siempre muy largo, (y tiene ciento cuarenta y nueve distribuidos en cuatro volúmenes,) cerraba el libro para restablecerme un poco de la fatiga y de una especie de sobresalto involuntario que me causaba la abundancia de erudicion. En seguida, abriendo el Evangelio, que besaba respetuosamente, leía los textos que habian sido objeto de la discusion, para ver si, por solo las luces de una literatura comun y sin el socorro de ningun comentador, lograba desatar el nudo de la dificultad. Pues

bien, exceptuando tres ó cuatro pasages, nunca he necesitado mas de diez minutos para disipar el hechizo de una ciencia vana, y sonreirme dentro de mí mismo, de la impotencia á que Dios condena al error. No puedo, Señores, presentar á vuestra vista toda esa multitud de textos estropeados por el racionalismo; me limitaré á dos ejemplos tomados á la ventura.

Teniendo que referir San Lucas el nacimiento de Jesucristo en Belen, fuera de su hogar doméstico, se espresa en estos términos: *Y acaeció en aquellos dias, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Cyrino, Gobernador de la Syria.* El doctor Strauss, despues de haber sentido, muy científicamente desde luego, que el empadronamiento no era posible, abre las antigüedades de Flavio Josefo, y hace ver con un texto formal que Cyrino no habia gobernado la Syria sino diez años despues del nacimiento de Jesucristo. Juzgad ahora del triunfo. Sabeis lo que se necesita para resolver la dificultad? Pensais acaso que será necesario modificar una palabra, una letra? no, nada menos que esto. Todos vosotros conocéis el valor de un acento en la lengua griega; cambiad pues un acento, y ved cual será el sentido del evangelista: *Y acaeció en aquellos dias, que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo. Este es el mismo primer empadronamiento que fué hecho por Cyrino, Gobernador de la Syria.* Es decir que habiendo sido dada la orden para el empadronamiento del imperio romano, y habiéndose comenzado á poner esta orden en ejecucion, no fué sin embargo realizada, sino diez años mas tarde, en tiempo del Gobernador Cyrino. Y si el historiador sagrado hace mención de Cyrino, es precisamente para imprimir un caracter auténtico á su declaración; porque si se hubiera contentado con decir: *Salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo,* se le habria podido objetar que el empadronamiento no se habia efectuado en el momento del nacimiento de Cris-

to. Previene pues la objecion diciendo: *Este es el mismo primer empadronamiento que fué hecho por Cyrino, Gobernador de la Syria.*

He aquí otro ejemplo. Se dice, hablando de la resurreccion de Nuestro Señor, que las santas mugeres fueron al sepulcro, segun San Marcos, despues de haber salido el Sol, y segun San Juan, cuando las tinieblas reinaban todavia. El doctor Strauss nota esta contradiccion entre otras muchas que pretende descubrir en lo relativo á la resurreccion, y no deja de sacar partido de ella. Pero que es lo que se necesita para resolver esta terrible dificultad? Basta comprender que cuando se comienza un viage muy de mañana, es posible partir con las tinieblas y llegar con luz.

Os aseguro, Señores, que con excepcion de un número muy corto de pasages, ninguno me ha causado un embarazo mas sério. De suerte, que despues de haberseme caído frecuentemente el libro de las manos por displicencia, las manos se me cayeron tambien al pensar lo que es esa ciencia, la ciencia alemana, esa ciencia á cuyo nombre se dirigen soberbios desafios á los predicadores y escritores católicos de Francia, diciéndoles: Vosotros hablais de Cristo y del Evangelio, vosotros los citais! mas á esta hora, necios, la Alemania ha destruido á Cristo y al Evangelio; ella los ha examinado atentamente á la luz de la crítica, y todo eso no es mas que una sombra, un sueño, un mythos.

Dejemos ese triunfo al orgullo, y nosotros, hijos del buen sentido, examinemos porqué la historia de Jesucristo se presta á ser atacada en los términos que acabo de indicar. Si la Providencia hubiera querido, Jesucristo no tendria mas que un solo historiador, que llevando de un extremo á otro el hilo de su vida con claridad cronológica, habria puesto cada parte en su verdadero lugar, y el todo al abrigo de la mas ligera discusion. Mas la Providencia no lo ha querido. Ella deseaba que el Evangelio fuera obra de muchos hombres diferentes en edad, en carácter, en estilo, en el modo de ver

las cosas, y que ninguno reuniese bajo su pluma todos los materiales de la vida de Cristo, sino solo simples fragmentos cuya eleccion misma fuese arbitraria. El pensamiento de Dios en esto, era hacer de la biografía de su hijo un milagro de verdad tan convincente, que el ojo mas vulgar puede discernir, y que no se encuentra en la vida de ningun otro hombre sea el que fuere. En efecto, desde la primera ojeada, la variedad de los evangelistas es sorprendente, no solo por el frontispicio que presenta nombres diversos, sino por el reflejo de su natuaaleza personal en cada uno de los Evangelios. Se ve, se siente que San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan, son almas diferentes, y que grava cada uno por su parte la figura de su maestro muy amado, sin inquietarse en lo mas mínimo por lo que hace su vecino, ni aun por lo que exige la serie de la cronología. De aquí una eleccion arbitraria de fragmentos, una falta de enlace, contradicciones aparentes, por menores omitidos en este y referidos en aquel, una multitud de variedades de que no se da razon alguna. Esto es verdad. Y no obstante, en los cuatro evangelistas es una misma la representacion de Cristo, en los cuatro hay la misma sublimidad, la misma ternura, la misma fuerza, la misma palabra, el mismo acento, la misma singularidad suprema de fisonomia. Abrid á San Mateo, el publicano, ó á San Juan, el jóven virgen y contemplativo: escoged la frase que os parezca en uno y en otro, tan diferente por la expresion como por la materia, y pronunciadla delante de diez mil hombres reunidos, todos levantarán la cabeza, ellos han reconocido á Jesucristo. Y cuanto mas se muestre el desacuerdo exterior de los evangelistas, tanto mas el acuerdo interior que hace resaltar la unidad moral de Cristo, será una prueba de su fidelidad. Si representan unánimemente tan bien la figura inimitable de Jesucristo, es porque está delante de ellos; lo ven tal como fué y tal que no han podido olvidarlo. Lo ven con sus sentidos, con su corazon, con la exactitud de un amor llevado hasta dar su sangre; son aun tiempo testigos,

pintores y mártires. Esta actitud de Dios delante del hombre no es vista mas que una vez, y por este motivo solo hay un Evangelio aunque haya cuatro evangelistas.

Ademas que alma es insensible al Evangelio? que alma no olvida un dia la ciencia á los piés de Jesucristo pintado por sus apóstoles? Escuchad, por último, las palabras de un escritor frances, que nos consolarán de la amargura causada por los furors de una ciencia que el Evangelio no ha desarmado. Ellas son de un hombre cuyo juicio sobre Jesucristo os he citado ya, y espresan en una lengua clara y fácil la impresion que deja, asi en el profano como en el creyente, la lectura del Evangelio. »Dirémos que la historia del Evangelio es inventada con desigño? Mi amigo, no se inventa de esa manera, y los hechos de Sócrates de que nadie duda, son ménos constantes que los de Jesucristo. Esto es en sustancia eludir la dificultad sin resolverla; es mas inconcebible que muchos hombres puestos de acuerdo hayan formado ese libro, que el que uno solo haya suministrado los materiales. Nunca autores judíos habrian encontrado ese tono ni esa moral; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan perfectamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe.»

He aquí la lengua francesa y el ingenio frances. Y por esto no debeis sorprenderos de volver á Jesucristo despues de haberlo dejado. La claridad de nuestra inteligencia nacional sostiene en vosotros la luz de la gracia, y os hace atravesar como gigantes esos abismos herizados de ciencia, pero de una ciencia que envilece á nuestra alma. Sed fieles á esos dones que os llevan hácia Dios; juzgad del poder de Jesucristo por los esfuerzos tan contradictorios y tan vanos de sus adversarios, y permitidme que os traiga á la memoria, al acabar, un rasgo célebre que pinta ese poder, y cuya elocuente profecía han confirmado quince siglos.

Cuando el emperadar Juliano luchaba con el cristianismo por esa guerra de astucia y de violencia que lleva su nombre, y que ausente del imperio habia ido á buscar en las batallas

la sancion de un poder y de una popularidad que debian, en su concepto, consumir la ruina de Jesucristo, uno de sus amigos, el retórico Libanio, encontrando á un cristiano, le pregunta por irrision y con todo el insulto de un éxito efectivo, lo que hacía el Galileo; el cristiano responde: Hace un ataud. Algun tiempo despues, Libanio pronunciaba la oracion fúnebre de Juliano delante de su cuerpo exánime y acardenalado. Lo que hacía entonces el Galileo, Señores, hace siempre, cualesquiera que sean las armas y el orgullo que se opongan á su cruz. Seria largo referir todos los famosos ejemplos que hay sobre esto; pero tenemos algunos que nos tocan de cerca, y por los cuales Jesucristo, en la estremidad de los tiempos, nos ha hecho ver la nada de sus enemigos. Así, cuando Voltaire se frotaba de gusto las manos, hácia el fin de su vida, diciendo á sus prosélitos: «Dentro de veinte años, Dios verá un buen juego;» el Galileo hacía un ataud: el ataud de la monarquía francesa. Asi tambien, cuando un poder de otro orden, aunque descendiente del de aquel en cierto grado, tenia al soberano Pontífice en un cautiverio que presagiaba la caída, á lo menos temporal, del Vicario de Jesucristo, el Galileo hacía un ataud: el ataud de Santa Elena. Y hoy dia, mirando la Alemania agitada por las convulsiones de una ciencia que ya no reconoce límites, y cuyo lamentable trabajo acabais de ver, podemos decir con tanta certidumbre como esperanza: El Galileo hace un ataud, y este es el ataud del racionalismo. Y vosotros todos, hijos de este siglo, mal instruidos por las miserias de los errores pasados y que buscáis fuera de Jesucristo el camino, la verdad y la vida, sabed que el Galileo hace un ataud para vosotros, y este es el ataud de todas vuestras mas queridas concepciones. Siempre será lo mismo, no haciendo nunca el Galileo mas que dos cosas: vivir con su propia personalidad, despues, sea con la sangre, sea con el olvido, sea con la afrenta, poner en la tumba todo lo que no es él.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA CUARTA. DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ESPLICAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Son vanos los esfuerzos que el racionalismo ha hecho para aniquilar y para desnaturalizar la vida de Jesucristo. Jesucristo está en pie, el poder de la historia lo protege y lo sostiene contra todos esos ataques. Por tanto ha sido necesario que el racionalismo intentase el supremo y último esfuerzo, á fin de esplicar á lo menos esa vida que no habia podido ni destruir ni desacreditar. Los católicos esplicamos la vida de Cristo, esplicamos el éxito que ha obtenido, el mas grande de todos, la formacion en los entendimientos de la certidumbre racional de la fé, la formacion en el alma de la santidad por la humildad, la castidad y la caridad, la formacion en el mundo de la Sociedad espiritual, única, universal y perpetua, esplicamos esto con una sola palabra: Jesucristo es hijo de Dios. Pero si no se explica asi, si se supone que Jesucristo es hombre puramente, es indispensable dar la razon de un triunfo tan maravilloso cual ha sido el suyo. Ahora bien, como fuera del poder de Dios no hay mas que el poder del hombre, si Jesucristo no ha obrado por el poder de Dios, resta que haya obrado por el poder del hombre. Mas siendo el poder del hombre manifiestamente inferior en sus resultados á lo que ha hecho Jesucristo, se sigue que es preciso buscar en el hombre cierto principio de poder que, en casos raros, puede mostrarse de una vez, y esplicar lo que ha sido y lo que ha hecho el Cristo.

la sancion de un poder y de una popularidad que debian, en su concepto, consumir la ruina de Jesucristo, uno de sus amigos, el retórico Libanio, encontrando á un cristiano, le pregunta por irrision y con todo el insulto de un éxito efectivo, lo que hacía el Galileo; el cristiano responde: Hace un ataud. Algun tiempo despues, Libanio pronunciaba la oracion fúnebre de Juliano delante de su cuerpo exánime y acardenalado. Lo que hacía entonces el Galileo, Señores, hace siempre, cualesquiera que sean las armas y el orgullo que se opongan á su cruz. Seria largo referir todos los famosos ejemplos que hay sobre esto; pero tenemos algunos que nos tocan de cerca, y por los cuales Jesucristo, en la estremidad de los tiempos, nos ha hecho ver la nada de sus enemigos. Así, cuando Voltaire se frotaba de gusto las manos, hácia el fin de su vida, diciendo á sus prosélitos: «Dentro de veinte años, Dios verá un buen juego;» el Galileo hacía un ataud: el ataud de la monarquía francesa. Asi tambien, cuando un poder de otro orden, aunque descendiente del de aquel en cierto grado, tenia al soberano Pontífice en un cautiverio que presagiaba la caída, á lo menos temporal, del Vicario de Jesucristo, el Galileo hacía un ataud: el ataud de Santa Elena. Y hoy dia, mirando la Alemania agitada por las convulsiones de una ciencia que ya no reconoce límites, y cuyo lamentable trabajo acabais de ver, podemos decir con tanta certidumbre como esperanza: El Galileo hace un ataud, y este es el ataud del racionalismo. Y vosotros todos, hijos de este siglo, mal instruidos por las miserias de los errores pasados y que buscáis fuera de Jesucristo el camino, la verdad y la vida, sabed que el Galileo hace un ataud para vosotros, y este es el ataud de todas vuestras mas queridas concepciones. Siempre será lo mismo, no haciendo nunca el Galileo mas que dos cosas: vivir con su propia personalidad, despues, sea con la sangre, sea con el olvido, sea con la afrenta, poner en la tumba todo lo que no es él.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA CUARTA. DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ESPLICAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Son vanos los esfuerzos que el racionalismo ha hecho para aniquilar y para desnaturalizar la vida de Jesucristo. Jesucristo está en pie, el poder de la historia lo protege y lo sostiene contra todos esos ataques. Por tanto ha sido necesario que el racionalismo intentase el supremo y último esfuerzo, á fin de esplicar á lo menos esa vida que no habia podido ni destruir ni desacreditar. Los católicos esplicamos la vida de Cristo, esplicamos el éxito que ha obtenido, el mas grande de todos, la formacion en los entendimientos de la certidumbre racional de la fé, la formacion en el alma de la santidad por la humildad, la castidad y la caridad, la formacion en el mundo de la Sociedad espiritual, única, universal y perpetua, esplicamos esto con una sola palabra: Jesucristo es hijo de Dios. Pero si no se explica asi, si se supone que Jesucristo es hombre puramente, es indispensable dar la razon de un triunfo tan maravilloso cual ha sido el suyo. Ahora bien, como fuera del poder de Dios no hay mas que el poder del hombre, si Jesucristo no ha obrado por el poder de Dios, resta que haya obrado por el poder del hombre. Mas siendo el poder del hombre manifiestamente inferior en sus resultados á lo que ha hecho Jesucristo, se sigue que es preciso buscar en el hombre cierto principio de poder que, en casos raros, puede mostrarse de una vez, y esplicar lo que ha sido y lo que ha hecho el Cristo.

Es decir que no siendo Jesucristo el hijo de Dios, no es tampoco, como él lo decía, el hijo del hombre; no es ni el hijo de Dios, ni el hijo del hombre; es el hijo de la humanidad, el producto ilustre de esa acción sorda y progresiva que es la vida de la humanidad, y que, en ciertos momentos solemnes, se descubre en alguna manera, se dilata, saca de su seno un ser extraordinario, y lo coloca en una gloria que confirma todo lo que viene despues, hasta que la humanidad engrosada siempre con el por venir, se encuentra mal representada por ese ser heroico y supremo que ha producido, y un dia, cumplimentándolo aun con el último respeto, lo echa por tierra y le dice: Adios.

A la refutación de este sistema voy á consagrar nuestra última conferencia del presente año. Hecho esto, habiendo ya manifestado en nuestras lecciones, todo lo que es propio de la constitución y del caracter, así de la Iglesia como de Jesucristo, no nos queda otra cosa sino entrar en la doctrina misma de la Iglesia y de Cristo, para esponerlos en la plenitud de su encadenamiento; despues de lo cual iremos á descansar, vosotros, Señores, de vuestra atención, y yo de la felicidad de haberos dirigido la palabra por tanto tiempo.

Tres cosas hay que explicar en la vida y en el resultado de la vida de Jesucristo; su doctrina, que excede á todas las demas, la fé que el mundo ha dado á esa doctrina, y en tercer lugar la reunion de esa doctrina y de esa fé en un cuerpo constituido en orden jerárgico, que es la Iglesia. Se dice pues; este triple fenómeno se explica facilmente por el estado general de las doctrinas, de los espíritus y de las naciones en el momento en que Jesucristo se ha dejado ver. Primero por el estado general de las doctrinas. La de Jesucristo se representa de ordinario como una doctrina nueva, desconocida, creadora, como una cosa que no tenia ni raíces, ni modelo en lo pasado; este es, segun el racionalismo, un error muy palpable. El género humano jamas ha estado sin doctrina, ella es una parte necesaria de su vida. Que un idiota cualquiera sa-

tisfecho con los desórdenes del orgullo y de los sentidos, pase la vida sin hacer caso de doctrinas, como un grano de polvo arrebatado por el viento pasa y se vá, nadie lo contradice. Pero la humanidad tiene otras miras y otros destinos. Es necesario que adquiera ideas, que haga investigaciones, que explique los fenómenos relativos á ella misma y al universo, que tenga una fé, y nunca, en la realidad, ha vivido sin ese elemento espiritual. Como cava la tierra que la sostiene, como escudriña el cielo que la cubre, así revuelve incesantemente el suelo fecundo de las doctrinas, para tomar en ellas un alimento que considera divino. Este trabajo no es menos vivo que el trabajo exterior y que el trabajo científico, y todos juntos forman el tejido de una acción que no se desalienta jamas. Pues bien, tres países principales habian sido su teatro antes de Jesucristo, el Oriente, el Occidente y la Judea, que era el punto de contacto de uno y otro.

El Oriente conservaba la doctrina bajo esta forma: que el hombre estaba decaído, y que tenia necesidad de una expiación para volver á un estado mejor, expiación que era favorecida por las encarnaciones misteriosas y periódicas que se suponian de la divinidad. La encarnación oriental, la expiación oriental, la metempsícosis ó la prueba oriental, nada es mas célebre en la historia de las doctrinas, y basta poner estos términos delante de vosotros, para que al instante mismo, yendo al fondo de la India, encontréis allí vivo todavía este orden de ideas. En cuanto al Occidente, un trabajo de otra naturaleza se habia realizado en su seno. Bajo el imperio de una libre discusión, cada dia se habia ido desembarazando mas de los mythos de la antigüedad; buscaba una sabiduría que estubiese fundada, menos sobre la tradición, que sobre los datos de la razón pura, y Platon habia sido el mas memorable instrumento de esas exploraciones del entendimiento humano. El habia comprendido que Dios estaba en comunicación con el hombre, no solo por tradiciones alteradas ó perdidas, sino por la efusión perpetua de su verbo en nosotros, el verbo divino,

el *logos* eterno, la razón absoluta, de la que son una imagen transparente nuestra razón y nuestro verbo, de suerte que mirando el hombre sus propias ideas, ve como en un espejo las ideas mismas que están en Dios y que forman en él, el verbo primero. Y esta teoría de la manifestación de Dios por su verbo, cuyo diminutivo y reflejo es el verbo del hombre, había llegado á ser el punto más elevado de las doctrinas de la Grecia y del Occidente. El pueblo judío por su parte, había conservado con una fidelidad particular el dogma de la unidad de Dios, el de la creación, y además cierta esperanza de que el género humano volvería alguna vez á la unidad fundamental del hombre tal como se hallaba en la familia original.

He aquí evidentemente el estado general de las doctrinas en la época de Jesucristo, y esas doctrinas, aisladas largo tiempo cada una en su lugar, se habían por fin encontrado con motivo de las conquistas de Alejandro y de las invasiones de Roma hasta el Asia. El Oriente, el Occidente, la Judea, y con ellos los brahmanes, los profetas, las sibilas, los sabios, todos los documentos y todos los esfuerzos de lo pasado se habían dado una cita, por decirlo así, al pie del trono de Augusto, el día en que este Soberano cerró para el mundo las puertas proféticas del templo de la guerra. En ese momento nacía Jesucristo. Dotado de un ingenio que correspondía á las admirables circunstancias de su siglo, ve con una mirada segura la confluencia de las doctrinas; discierne en su concurrencia algo más de un encuentro casual, descubre en ella los germenés de una profunda unidad, y se persuade que dándoles á todas satisfacción, que injertando el Oriente en el Occidente, el Occidente y el Oriente en el tronco hebraico, obtendría una doctrina que cuando menos sometería en las diversas partes del mundo un número muy grande de entendimientos. Pone por fundamento el dogma oriental de la caída del hombre, y declara que él, encarnación última, superior á todas las que habían precedido, venía para expiar definitivamente la culpa del género humano, y restituir á los hombres,

con su pureza nativa, todos sus derechos primordiales. Después, como la encarnación oriental estaba desacreditada por infinitos elementos fabulosos, apoya la idea de la suya sobre el verbo de Platon, que había desembarazado la comunicación de Dios con el hombre del *mythos* tradicional, para reducirla á una comunicación permanente de ideas en el fondo mismo del entendimiento. Declara que él era el verbo de Dios, la razón de Dios, el que, por su naturaleza, iluminaba á todo hombre que viene á este mundo, y que por la presencia efectiva de su personalidad, por la luz exterior de su palabra, proporcionaba á la inteligencia una visión más completa de la verdad. El verbo divino estaba en lo sucesivo delante del verbo humano; la imagen no tenía que hacer sino mirar el modelo, la consecuencia consultar al principio, y de esta confrontación del interior con el exterior, de la luz con la luz, nacería la iluminación suprema del género humano. De esta suerte se amalgamaba á Platon con los brahmanes de la India, al Occidente con el Oriente, y en fin para dar satisfacción á las ideas hebraicas, además de suponerse Jesucristo el Mesías, aceptaba también los dogmas de la unidad de Dios y de la creación escritos en la primera página de la Biblia, y que eran como el patrimonio particular del pueblo hebreo.

Tal fué, Señores, según el racionalismo, el tema de Jesucristo, el modo con que se formó su doctrina y la causa eficiente de su triunfo. No ha sido inventor, sino eclectico; el éxito que ha logrado no es un éxito de invención, sino de fusión.

Antes de investigar lo que hay en esto por la comparación de las doctrinas cristianas con las doctrinas de la antigüedad, sepamos primeramente como se ha considerado Jesucristo. Se ha supuesto acaso inventor? Ha dicho: Yo he inventado la verdad? No, Señores, él ha dicho: *Yo soy la verdad.* (1) Ha

(1) S. Juan, Cap. 14, ver. 6.

dicho: *No penseis que yo vine á destruir la Ley ó los Profetas: no vine á destruir, sino á cumplir.* (2) Lo que significa: yo soy la verdad de todos los tiempos y de todos los lugares; yo soy esa verdad que estaba en el seno del Padre, que se ha manifestado al primer hombre en los días de su inocencia en el paraíso terrenal, que han conocido los patriarcas sucesores de él, que Noé, al salir del arca recibió y publicó de nuevo, que Abraham oyó en los campos de la Caldea y de la Siria, que Moises en el Sinai recoge grabada por la mano de Dios; yo soy esa verdad que es la primera y la última, y sin la cual jamás ha podido el hombre estar totalmente. Esto es, Señores, lo que Jesucristo ha dicho de sí, y lo que la Iglesia dice de él todos los días. No ha intentado, ni nosotros intentamos tampoco, obtener el éxito de una invención; nunca hemos pretendido que el cristianismo haya comenzado con la aparición de Cristo en tiempo de Augusto: habría sido perderlo darle un carácter de novedad. Desde el primer día del mundo, desde la palabra primera de Dios, desde la primera luz de la divinidad que penetró en nuestra alma, era Jesucristo quien obraba, hablaba y se revelaba, y esa revelación se ha propagado por toda la tierra con la dispersión de las ramas primordiales del género humano.

Sin embargo, es fácil concebir que al mismo tiempo que tenía lugar el fenómeno de la propagación primitiva y universal del cristianismo, se verificaba otro de una naturaleza bien diferente, hablo de la alteración y corrupción progresivas del cristianismo por el olvido de sus principios elementales, por el abuso que se hacía del raciocinio y por la infidelidad. De modo que Jesucristo, aunque no era nuevo en el mundo, le traía alguna cosa que el mundo no conocía ya sino por esperanzas mal definidas y recuerdos desfigurados. El Oriente, es verdad, había conservado la idea del pecado original, de la expiación, de la intervención divina para reparar al hombre,

(2) S. Mateo, Cap. 5, ver. 17.

nadie lo negará; mas el Oriente había sofocado esta idea entre dos absurdos, el panteísmo y la metempsicosis; afirmando el uno y la otra que la purificación del hombre tenía por objeto y por término, la vuelta del hombre a la sustancia misma de la divinidad de donde había salido, y que después de periodos de pruebas mas ó menos prolongados, el estado final de la humanidad sería el reposo eterno y absoluto de una completa deificación. Y bien, ha admitido Jesucristo esta doctrina? ha transigido con el Oriente sobre la metempsicosis y el panteísmo? No, Señores, ha enseñado todo lo contrario, él nos ha dicho: vosotros que no sois mas que la nada, habeis respondido á la palabra creadora de Dios, y vuestro destino aunque sea grande, no es llegar á Dios por la confusión de vuestra sustancia con la suya, sino por la simple visión. Lo vereis algun día si habeis creído en él; lo poseereis presente si lo habeis amado ausente; pero vuestra naturaleza y vuestra personalidad subsistirán delante de él. El panteísmo os lleva á la vez demasiado alto y demasiado bajo; demasiado alto, prometiendooos ser una sustancia igual con Dios; demasiado bajo, arrebatandooos vuestra naturaleza propia y vuestro principio de distinción. No es ese vuestro lugar, ni tampoco es la verdad. Dios y el hombre son dos seres enteramente diversos, diversos por su esencia, diversos por su personalidad, diversos por su amor; porque Dios ha hecho al hombre por amor; y si el hombre corresponde á ese amor que lo ha buscado primero, ese mismo amor lo recompensará eternamente. Si, por el contrario, el hombre es ingrato é infiel, será eternamente rechazado por el amor.

Pregunto, Señores, en qué se parece esta doctrina al dogma oriental?

En cuanto al Occidente, se nos habla de Platon. Pero, en primer lugar, era Platon todo el Occidente? Resumia en sí el Occidente? No eran de la misma categoría que Platon, Aristóteles, Epicuro, Zenon, Pirro, y sus doctrinas no dividian así como las de la Academia, el imperio de las inteligencias?

Quereis que Platon haya sido la mas sublime espresion de la sabiduria occidental, ¿enhorabuena; veamos como pensaba y lo que le debe Jesucristo. En el orden metafísico, Platon creia en la eternidad de la materia y del caos, poniendo el mundo enfrente de Dios como una sustancia inferior, pero paralela é increada; en el orden moral, negaba la existencia del libre alvedrio, y afirmaba en términos claros que ninguno es voluntariamente malo, porque toda falta, segun él, tiene por principio un error indeliberado del entendimiento. Dualismo y fatalismo, ved al célebre Platon, á quien yo mismo he elogiado y elogiaré siempre, hombre admirable efectivamente, porque hallándose como todos sus contemporáneos sumergido en la luz casi apagada de la antigüedad, ha vislumbrado acá y acullá la sombra de la verdad, le ha lanzado de lejos gritos penetrantes, como si la hubiera reconocido, y sin poderla alcanzar, ha cubierto sus deseos y sus pesares con ese magnífico ropaje que constituye el encanto de sus pensamientos, la belleza de su lenguaje y la majestad de su nombrada. Ningun sabio lo ha igualado jamas en la invocacion de la verdad; ninguno ha presentado mejor el por venir; ninguno ha vestido el error con una purpura mas reluciente y mas propia para consolar el alma de no abrazar mas que un sueño. Pero hacer de Platon un antepasado de Jesucristo, y el vínculo que unia el Evangelio con el Occidente, es esperar demasiado de su gloria. Jesucristo negaba el dualismo y el fatalismo platónicos, como negaba el panteismo y la metempsícosis de la India, y si se ha llamado el Verbo, Hijo de Dios, esta espresion hacia referencia á un misterio que Platon no conocia, el de una triple personalidad en la sustancia única é indivisible de Dios.

Los judíos, á su vez, aunque poseedores del cristianismo primitivo y de la expectativa del Mesias, habian corrompido este depósito en su pensamiento, haciendo de la verdad cristiana, que es patrimonio de todos, su herencia particular, sustituyendo la idea de la ley á la idea de la fé, Moises al Cristo, lo personal á lo universal. Esto es lo que les echa en cara

San Pablo en la Epístola á los Romanos, donde se toma el trabajo de esplicarles la inferioridad de la ley á la fé, como el Cristo era el principio de salvacion desde el tiempo de Abraham, y como las obras de la ley entendidas y cumplidas fuera de Jesucristo, eran una causa de muerte. Los judíos se mostraban rebeldes á este lenguaje enérgico; ya cubiertos enteramente con la sangre libertadora y aun en comunion con ella, persistian en venerar el ídolo que elevaba su amor propio nacional al rango de un deber y de una virtud, y les persuadia que el judaismo iba á subyugar al universo. En el sentido cristiano esto era cierto; como ellos lo entendian era falso. Jesucristo tenia pues que combatir á la Judea tanto como al Oriente y al Occidente. Y si quereis ver todavia mejor que la doctrina cristiana no ha sido un resultado de fusion sino un suceso de contradiccion, contradiccion al Oriente, contradiccion al Occidente, contradiccion al pueblo hebreo, no teneis mas que considerar el panteismo tal como lo ha conservado el Oriente, el judaismo tal como lo entienden aun los restos de Israel, y el sistema filosófico de Platon tal como se le ha renovado en nuestros dias.

El panteismo vive en la India; la India es hoy como lo fué antiguamente, su tierra predilecta; allí vive bajo las mismas formas y con las mismas doctrinas que en tiempo de Jesucristo; pues ninguna otra comarca, ni ningun otro sistema han opuesto mas resistencia al apostolado cristiano. Hace tres siglos que la gran peninsula índica está en relacion con los pueblos cristianos; muchas naciones europeas la han dominado á un tiempo y sucesivamente; la Inglaterra tiene su imperio en la actualidad; nosotros ejercemos en ella una grande influencia por medio de nuestros misioneros y de nuestras armas, y en ninguna parte, ni aun en la China con quien tenemos tan pocas comunicaciones, ha logrado menos triunfos la accion de Jesucristo. El brahmanismo ha resistido tanto al ejemplo como á la discusion; ha sido de granito para la verdad, como si hubiera una incompatibilidad entre

ambos, y al modo que una cosa repele mas á otra cuanto mas se le aproxima. Muchas razones se han dado para explicar este fenómeno, tales como el sistema de castas establecido allí y la aversion que de él resulta hacia nuestros principios de igualdad. Puede ser tambien que el brahmanismo, á causa de las tradiciones mismas que ha conservado sobre el pecado y la reparacion, haya sido menos sensible al misterio de la Redencion por la sangre de Jesucristo, como se ven almas en quienes la posesion de algunas verdades sirve de obstáculo invencible para la adquisicion del resto. El hombre de bien, Señores, es frecuentemente victima de esta debilidad, cuando tiene la desgracia de no ser cristiano; su misma probidad le infunde confianza, al paso que el hombre malo contemplando el fondo de su alma, no encuentra cosa alguna que le cause ilusion. Por esto decia Jesucristo: *Esas mugeres que llamais perdidas, irán antes que vosotros al reino del cielo.* (1) Ellas están en efecto, cerca del bien, á fuerza de haber estado lejos de él antes de su arrepentimiento; ellas llegan por la humillacion á los pies de Jesucristo, y cuando el hombre está á los pies de Jesucristo, está muy cerca de su corazon. Asi quizá sucede con las naciones que han perdido enteramente la verdad; sienten la necesidad de reconquistarla, mientras que aquellas que han conservado algunas reliquias de esa misma verdad, se ensoberbecen con lo poco que tienen y se desentienden de buscar lo que no poseen. Como quiera que sea, el panteismo de la India en nada ha cambiado; es hoy dia lo que fue en el siglo de Augusto; y que su insensibilidad hacia Jesucristo provenga de una causa ó de otra, no por eso prueba menos cuan quimerica es la fusion de doctrinas por la que se pretende explicar la formación del dogma cristiano.

El espectáculo del hebraismo vivo nos conduce á la misma conclusion. Y por lo que hace al platonismo, Dios ha

(1) San Mateo, cap. 21, ver. 31.

permitido que reviviera en nuestros días, á fin de que viendolo en practica, pudiesemos juzgar de su simpatía doctrinal por Jesucristo. Vosotros todos comprendeis á que escuela hago alusion; sabeis cuanto ha trabajado esa escuela en favor del dualismo platónico, separando de su filosofia el dogma fundamental de la creacion del mundo por Dios, y sabeis tambien lo que es todo el resto del cristianismo entre sus manos. No tenemos en la literatura contemporanea enemigos mas declarados que los amigos de Platon. Sea pues que consideremos el panteismo, el hebraismo, ó el platonismo, subsistiendo los tres á nuestra vista como eran en tiempo de Jesucristo, nos es facil juzgar que el cristianismo no ha sido el resultado de una fusion entre las doctrinas del antiguo mundo, sino una obra de renovacion y de contradiccion. El Evangelio ha renovado todo, porque todo estaba olvidado; ha contradicho todo, porque todo habia sido negado ó desfigurado; ha tenido por adversarias todas las doctrinas, porque á todas las ha desconocido y rechazado. Y tal cual fue antiguamente, tal es aun en la actualidad bajo este respecto. La intolerancia dogmática de que se le hace cargo define su naturaleza y justifica su originalidad.

Mas el triunfo de Jesucristo no ha consistido solo en la formación vigorosa y original de su doctrina, ha sido tambien un triunfo de fé. Es nada una doctrina mientras no toma posesion de los espíritus por una fé que le da vida y accion. Como ha creído el antiguo mundo en Jesucristo? De que manera hombres del Oriente y del Occidente, asi sabios como ignorantes, y en fin naciones enteras, han abandonado las doctrinas que habian recibido de lo pasado, para hacerse discípulos de un judío crucificado en Jerusalem? El racionalismo lo explica asi: segun él, en la época de Augusto el entendimiento humano estaba cansado. Por una parte, no admitia ya la idolatría, que era la forma popular de las doctrinas antiguas, y por otra, no habiendo fundado cosa alguna la filosofia, se habia seguido un doble cansancio de la inteli-

gencia, cansancio de la religion pública, cansancio de los esfuerzos impotentes de la filosofía. Los hombres vagaban en el vacío y á la ventura, apelando á una nueva fé. Viene Jesucristo: anuncia ante ese mundo exausto y preparado á todo una doctrina que no hería sino á medias la opinion general; se le escucha, se tenia necesidad de creer y se le cree.

En cuanto á mí, Señores, estoy muy lejos de creer en este génesis de la fé cristiana. Cuando una época ha perdido la fé, no es tan facil volvérsela, y de esto tenemos una prueba en la actualidad. El racionalismo, en tiempos semejantes, invade todos los entendimientos, y no se convence jamas de su impotencia ni se cansa de sus fatigas. Si cuatro ó cinco siglos de esfuerzos inútiles antes de Jesucristo, lo hubieran desanimado, en el día que cuenta mil ochocientos años mas de vanas tentativas, debería estar en visperas de abandonar el campo. Y bien, se piensa en esto? No lo vemos mas decisivo, mas arrogante, mas confiado que nunca? Lo mismo será dentro de mil años. Al cabo de mil años, nuestra posteridad verá algunos maestros subir á las cátedras de aquel tiempo y decirle con un imperturbable aplomo: Señores, vamos á crear la filosofía, ó á lo menos, si no tenemos ese honor, estamos cerca del siglo afortunado que pondrá las últimas hiladas del edificio de la razon. Tal es el racionalismo. Ninguna esperiencia lo ha disgustado, ni lo disgustará jamas; renace de sus cenizas, ó mas bien, ni vive, ni muere, es un muchacho crédulo que aspira á la madurez sin salir de la cuna. No nos admiremos de esto; parte de un principio que escluye la vida, porque escluye la fé, y no obstante la fé es la causa de su ruina. No tiene otra cosa de que echar mano mas que la muerte, y naturalmente debe preferir que se le deje la apariencia de ser algo, aunque no sea mas que una duda ó una negacion. El racionalismo es incorregible, porque corregirse es para él dejar de existir.

Aun suponiendo, pues, que el estado general de los entendimientos, en el siglo de Augusto, hubiera sido el vacío

y la laxitud, no se esplicaria por esto la propagacion de la fé cristiana, que se realizó entonces con tanta fuerza como rapidéz. Mas no convengo en semejante suposicion. No hay duda en que la idolatría habia caido en el desprecio de un gran número de hombres ilustrados; pero el pueblo no la menospreciaba. El espíritu popular tenia simpatías con la idolatría, que contenia en esa época, mas que en ninguna otra, todas las ideas que adoraba la muchedumbre y todos los espectáculos que habia menester. El espíritu político favorecia esa tendencia; sostenia la idolatría como una necesidad de Estado. Y á la verdad, es facil conocer cual era el espíritu popular y el espíritu político con respecto á esto, cuando se exigió de Roma para Jesucristo el derecho de ciudad que no habia rehusado á ninguno de los dioses que ella habia vencido. Se ignora acaso cual fué la contestacion? No se sabe que respondia á los mártires de Jesucristo, en los anfiteatros, con insultos y gritos de muerte? Mientras que los emperadores y los proconsules daban sentencias contra ellos á nombre del espíritu político, el pueblo daba tambien las suyas en la forma y con la eficacia que le son peculiares. El imperio vertia la sangre, el pueblo la pedia, y despues de haberla obtenido, la arrojaba sobre la imágen de Jesucristo. Y á la espalda del imperio y del pueblo, el racionalismo, formando la retaguardia de la idolatría, mojaba ardientemente su pluma en las fuentes del error. Se veian esos platónicos tan ponderados por su espiritualismo, despedazar el Evangelio frase á frase, alterarlo, maldecirlo; se les veia llenarse de entusiasmo por Júpiter y todos los antiguos dioses, hacerles genealogías, consagrarles toda una filosofía nueva, presentarles ofrendas, y no omitir nada, ni ciencia, ni sarcasmos, ni intrigas, nada que pudiera ser contra el cristianismo un ultraje ó un argumento. Esto es lo que se llama laxitud de espíritus? Esta es conjuracion tacita de los tiempos en favor de Jesucristo? Ah! cuando por fin hubo conquistado la fé del mundo, y cuando los sucesores de sus apóstoles comparecieron en Nicea, se pudo ver sobre sus sem-

blantes mutilados si habian gozado de paz ó si se habian llamado en guerra, si eran hijos del favor ó de la persecucion, si el espíritu popular, el espíritu político, el espíritu racionalista habian sido sus servidores, y lo que valen esos sistemas inventados despues del suceso, en los que se explica la vida del paciente por la buena voluntad del verdugo que ha hecho todo lo posible por matarlo. Juliano, á lo menos, ha dicho la verdad: "Galileo tú has vencido."

Aquí volvemos á encontrar en la formacion del dogma cristianismo, no el principio de fusion, sino el principio de contradiccion. Jesucristo ha contradicho á todos los espíritus como habia contradicho á todas las doctrinas; ha vencido á todos los espíritus y á todas las doctrinas: esta es la verdad.

Pero no bastaba á Jesucristo el fundar una doctrina y obtener la fé; no le bastaba fundar una doctrina que contradecía todas las doctrinas, ni un espíritu de fé que contradecía todos los espíritus. Necesitaba ademas fundar la Iglesia, es decir una sociedad de hombres que vive con esa doctrina y con esa fé. Aquí el racionalismo, para explicar el éxito, invoca el estado general de las naciones. Manifiesta que en tiempo de Augusto atormentaban á los pueblos dos necesidades, á saber: la de eximirse de las cargas que pesaban sobre ellos, y la de la unidad. Los pueblos habian sufrido uno despues de otro el yugo de los Romanos, y despojados de su independencia, victimas de la rapacidad creciente de los proconsules, espianaban con el mayor cuidado el progreso de la corrupcion romana, aguardando como todos los esclavos la hora de debilidad que sobreviene infaliblemente despues de una prosperidad sin límites y sin contrapeso. Ella venia á grandes pasos. Jesucristo, por su parte, se presentaba á la misma hora, á la hora precisa. Y que era lo que traía? Elevacion á los desvalidos, en la idea de un origen comun y de una santa fraternidad; fuerza á los débiles, á las mugeres, á los niños, en la idea de un derecho doméstico nuevo; socorro á los pueblos oprimidos, en la idea de una república univer-

sal fundada por Dios mismo y gobernada por él. Que cosa mas seductora, ni mas segura de producir su efecto? Cuando pues apareció Jesucristo, y cuando del fondo de la Judea, el aire mismo llevó hasta las estremidades del mundo su palabra libertadora, con que santa esperanza no debió conmoverse el género humano, levantarse y contemplar á su bienhechor? Que tiene de admirable el que mugeres, muchachos, operarios, esclavos, pobres, gentes despreciables de todo genero y de todo pais le hicieran la corte, echando sus vestidos bajo de sus pies, agitando ramos al verlo pasar, no solo una vez, cuando hacia su entrada en Jerusalem en vísperas de su muerte, sino aun despues de su muerte misma, no queriendo que estubiese muerto, y gritando tanto á sus discípulos como á él: *Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor!* (1) Este hosanna era el grito de restauracion, la respuesta que se daba al que habia escuchado los gemidos de la humanidad, y de cualquiera parte que viniera, cualquiera que fuese el nombre que tomara, cualesquiera que fuesen su linage y sus designios, hombre ó Dios, no podia dejar de ser aceptado tal como se anunciaba. Que importa al prisionero que se liberta, saber de donde le viene la libertad? Al desgraciado, al oprimido, que le importa saber quien es su salvador?

Qui sauve son pays est inspiré des cieux!

Convengo, Señores, en que estas ideas son seductoras, pues es muy natural que nos inclinemos á creer, que cuando los pueblos son esclavos y están corrompidos, aspiran á su emancipacion. Mas la historia falla de otra manera que el corazon del hombre. Ella nos enseña, que las naciones que han caído en la esclavitud no desean la libertad. Como el apóstata de la verdad maldice la verdad, lo mismo hace el apóstata de la libertad: el pueblo que la ha perdido por su culpa,

(1) San Mateo, cap. 21, ver. 9.

(y siempre la pierde por su culpa) tomando un corazón de esclavo, no aspira á recobrarla. Sufre y se envilece; mas para sentir su desgracia y reconquistar el bien que ha perdido, necesitaria el corazón de los hombres libres, y esto es precisamente lo que le hace falta. Ama los beneficios de la servidumbre y teme los gravámenes de la libertad, sobre todo, teme las molestias de la que ya no posee y que se compra tan caro. Seria necesario despreciar hasta la vida misma y estar preparado á sacrificarla, con tal que de la muerte resultara alguna leccion útil, y que el último aliento auxiliase, aunque fuera de lejos, la causa popular. El pueblo esclavo no conoce ese heroismo y acaso lo desprecia. Vosotros, Señores, tenéis pruebas de esto, aun fuera de la historia, y sin necesidad de fijar vuestra vista sobre el continente europeo, bastará que os trasladéis con la imaginacion á las costas de Africa y contempleis allí la suerte de los negros. Enviais escuadras para proteger su libertad contra la conjuracion de los negociantes; haceis bien, sin duda, este es un deber y un honor ciertamente. Pero tenéis por ventura el candor de creer que lograréis impedir el tráfico? En cualquier parte que el hombre quiere venderse encuentra compradores: en cualquier parte donde se encuentran corazones de esclavos, ellos mismos forman amos, si no es que están formados ya. Mientras el negro venda la carne de su compatriota, no lo libertarán todas las escuadras del mundo civilizado, de las consecuencias de esa atroz bajeza de alma, y lo mismo sucede, mas ó menos, con todos los pueblos ajados por la servidumbre y por la corrupcion. No buscan ya la independencia, sino el precio de su alma y de su cuerpo, considerándose bastante recompensados de la abyeccion de la esclavitud con la abyeccion del vicio. Tal era el estado del mundo romano. Jesucristo, es verdad, le traia la libertad, pero con la virtud y por la virtud. El ajuste era demasiado pesado para él y no lo aceptó. Aun despues de fundada la Iglesia, el imperio continuó en la decadencia; pasó de Diocleciano á los eunucos de Constantinopla,

y cuando el Occidente, renovado por los Bárbaros quiso auxiliarlo en el fondo del Oriente, cuando armó en su favor á todos sus caballeros, el desgraciado no tendió á la mano latina mas que una mano incapaz de sinceridad. Rechazó por la traicion la sangre que se le consagraba, por temor de ver demasiado cerca de sí, hombres que sabian portar la espada y sacrificarse.

Jesucristo fundó una Iglesia, mas no se ocupó en regenerar el imperio. Formó almas libres formando almas santas que atraía á sí del centro de la corrupcion general; pero los pueblos, no respondieron á su llamamiento considerados como pueblos, á fin de que fuese manifiesto, que su obra no era resultado de circunstancias políticas al que, el curso de las cosas habia llevado al género humano. Tuvo en su contra la pasion de la esclavitud, en lugar de tener en su favor la necesidad de las franquicias populares. Y tal es aun la situacion de su Iglesia en este mundo. Aunque favorable á todos los derechos legítimos que componen juntos el honor y la libertad de las naciones, exita incesantemente contra sí, bajo el nombre mismo de libertad, los instintos de la servidumbre. Se le exige el desenfreno y se le propone la opresion: este es el grito de la naturaleza en todos tiempos. Rehusando el uno y la otra, el dia de hoy como lo hacia antiguamente, satisface sin duda las verdaderas necesidades del hombre; mas las satisface á manera de Dios, por una fuerza que inspira respeto, y por un beneficio cuya gloria solo el bienhechor puede reclamar.

Lo mismo puede decirse de la unidad. No negaré que el imperio romano haya infundido en los entendimientos, por consecuencia de una administracion comun á una multitud de pueblos diversos, la idea de una vasta organizacion social. Mas esta idea, en el grado en que existia, no salia del círculo muy estrecho de una dominacion puramente política. Ni siquiera se vislumbraba en el fondo de esa unidad, la idea de que el género humano fuese un solo ser ó un solo cuerpo. Se entendia por unidad que una sola nacion fuera la domina-

dora de las otras, que un César fuera el César de todo el mundo; pero no se tenía ni aun el presentimiento mas confuso de la unidad espiritual de las almas por la fé, la esperanza y la caridad, bajo la autoridad de un solo jefe visible, representante y vicario de Dios. Luego que la Iglesia universal dió un paso en el mundo y reveló de esta suerte el secreto de su destino, dió motivo á un temor inmenso, cuya reaccion sufre todavia en la actualidad. La pasion de la nacionalidad es ahora tan impetuosa contra la Iglesia como lo era hace diez y ocho siglos, y aun los que aspiran á la unidad social del género humano, no pueden soportar la idea de la república cristiana, sino como un ejemplo ó una imagen de que se sirven para representar su propia concepcion. Que filósofo ó que hombre de Estado piensa en la unidad en el sentido cristiano, sino es para temerla ó aborrecerla? Ya lo veis, Señores, nos encontramos siempre, por el examen de los hechos así antiguos como contemporáneos, con la misma conclusion, á saber: que el principio del éxito de Jesucristo, ya sea que se trate de la formacion de su doctrina, ya de la propagacion de su fé ó del establecimiento de su Iglesia, no ha sido un principio de fusion, sino un principio de contradiccion. Así como habia contradicho á todas las doctrinas por medio de la suya, á todos los espíritus por medio de su espíritu, ha contradicho por su Iglesia á todas las naciones, es decir que ha atacado y ataca todavia en la perpetuidad de su obra, á todas las fuerzas conjuradas del género humano.

Vamos mas lejos, Señores, y busquemos la causa suprema de esta contradiccion. Examinemos porqué Jesucristo contradice todo y es contradicho en todo y por todos, demasiado frecuentemente aun por los que tienen su fé, que pertenecen á su Iglesia, que comen su carne y beben su sangre. La causa de esto no está en la region del entendimiento; el racionalismo se engaña buscando allí la explicacion del misterio cristiano. Jesucristo va mas lejos que la inteligencia; va hasta el alma

que es el centro de todo, para exigirle el sacrificio de sus mas queridas inclinaciones, para convertirla del mal al bien, del orgullo á la humildad, de la concupiscencia á la castidad, de los goces á la mortificacion, del egoismo á la caridad, de la corrupcion á la santidad. Y el hombre opone á esta empresa una resistencia desesperada; arma contra Jesucristo á su razon, á su corazon, al mundo, al género humano, al cielo y la tierra, y aun vencido por el sentimiento de su miseria y por la dulzura experimentada del yugo del Evangelio, no deja de sentir en su interior hasta el último momento una posibilidad y un deseo de rebelarse. Aquí está todo el secreto. Y si quereis comprender la dificultad del triunfo de Jesucristo, no os propondré que hagais la conversion del mundo, sino la de un solo hombre. A vosotros, príncipes y naciones, á vosotros que gobernais por la inteligencia, la riqueza ó el poder, os pido que hagais un hombre humilde y casto, un penitente, un alma que juzgue á su orgullo y á sus sentidos, que se desprecie, que se aborrezca, se combata, y que, ya sea como prueba, ya como medio de su conversion, confiese á vuestros piés los errores de su vida. No os pido mas que esto. Lo conseguireis? Lo habeis hecho jamas? Ah! que un monarca rodeado del brillo de la majestad y del trono os llame á su gabinete, y os estreche á que confeseis á sus piés vuestras faltas; le direis: Señor mas bien querria confesarle con el zapatero que me calza. Que el filósofo mas célebre de su siglo emplee toda su elocuencia en persuadiros que os arrodilleis ante él, y seais su penitente, no os tomareis ni aun el trabajo de voltearos para reirse en su cara de semejante propuesta. Perdonadme, Señores, estas espresiones, en otra ocasion serian inoportunas, aquí son adecuadas y graves. Y no obstante, lo que los reyes, los filósofos y las naciones no podrian obtener, lo ejecuta todos los dias un pobre sacerdote, un hombre desconocido, el mas oscuro de los hombres, á nombre de Jesucristo. Ve almas conmovidas por su miseria venirlo á buscar, á él que no las conoce, y confesarle ingenuamente la

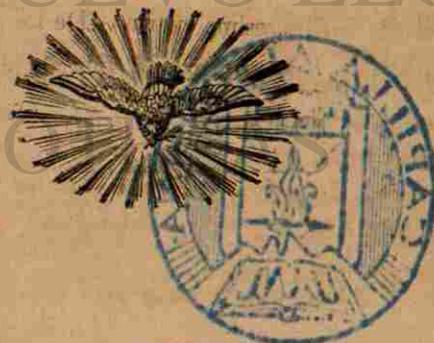
vergüenzas de sus pasiones. Esta es la puerta por donde se entra en el reino de Jesucristo, el único medio de permanecer en él, y aun es la puerta por donde entra la Iglesia misma; porque la Iglesia no es otra cosa mas que el mundo penitente, y esta sola palabra os descubre todo el milagro de su fundacion y de su perpetuidad, asi como os esplica la fuerza de contradiccion activa y pasiva que hay en Jesucristo. Jesucristo contradice todas las doctrinas, porque su doctrina es santa y el mundo es corrompido; contradice todos los espíritus, porque su espíritu es santo y el mundo es corrompido; contradice todas las naciones, porque su Iglesia es santa y el mundo es corrompido, y por la misma razon el mundo contradice las doctrinas, el espíritu y la Iglesia de Jesucristo.

Con alguna apariencia de justicia, pues, y en cierto sentido, fueron convencidos los cristianos, segun la relacion da Tácito, de *odio contra el género humano*, en el primer proceso que se intentó contra ellos por orden de Neron. Aborrecian, en efecto, todo lo que el mundo estima; hacian la guerra á todos los designios y á todas las afecciones mundanas para arruinarlas enteramente, y aunque lo hacian por amor de la humanidad, el mundo no los comprendia, ni les agradecia estos beneficios. La caridad misma, (tan nueva era en el mundo) era revestida de un colorido hostil, y la muerte de Jesucristo sobre la cruz, esa obra clasica de amor, parecia un insulto mas bien que un sacrificio. Todo era contradiccion, porque todo era Dios; y á fin de probar que efectivamente nada era del hombre, se debia para siempre reconocer á Jesucristo por ese signo, segun lo que de él mismo se habia dicho cuando fué su primera aparicion entre los hombres: *Está puesto por señal de contradiccion*. (1) Y él mismo recordando á los profetas, habia dicho á sus enemigos: *Nunca leisteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que fabricaban, esta ha llegado á ser la principal del ángulo? Por el Señor fué es-*

(1) S. Lucas, Cap. 2. verso 44.

to hecho, y es cosa maravillosa á nuestros ojos. (2) La profecía se realiza aun todos los dias; los príncipes, las naciones, los sabios, los literatos, los inteligentes, los arquitectos, en fin, rechazan la piedra; la califican de incómoda ó gastada por el tiempo; no la quieren ya; y con todo ella es todavia *la piedra del ángulo y la maravilla está á nuestros ojos*. Ella sostiene todo, aunque todo la repela; tiene el doble caracter de la necesidad y de la imposibilidad. Ved, Señores, una lucha entre dos voluntades que no son iguales, la voluntad del hombre que se subleva, y la voluntad de Dios que se hace obedecer del hombre, en el hombre y á pesar del hombre. Y vosotros cristianos, hijos de esa obra en la que os ha dado Dios un puesto tan feliz, comprended la necesidad en que estáis de sufrir siempre, de no triunfar por la victoria, por temor de que se crea que Jesucristo debe alguna cosa al hombre, sino de triunfar sobre la cruz, á fin de que vuestra victoria sea la de Dios, y que podáis repetir hoy, mañana y siempre, la palabra que es el signo mas eminente de la divinidad de Jesucristo, despues de otras muchas señales que habeis visto: *La piedra que los arquitectos han rechazado, ha llegado á ser la piedra del ángulo; el Señor ha hecho esto, y la maravilla está á vuestros ojos.*

(2) S. Mateo, Cap. 21, verso 42.



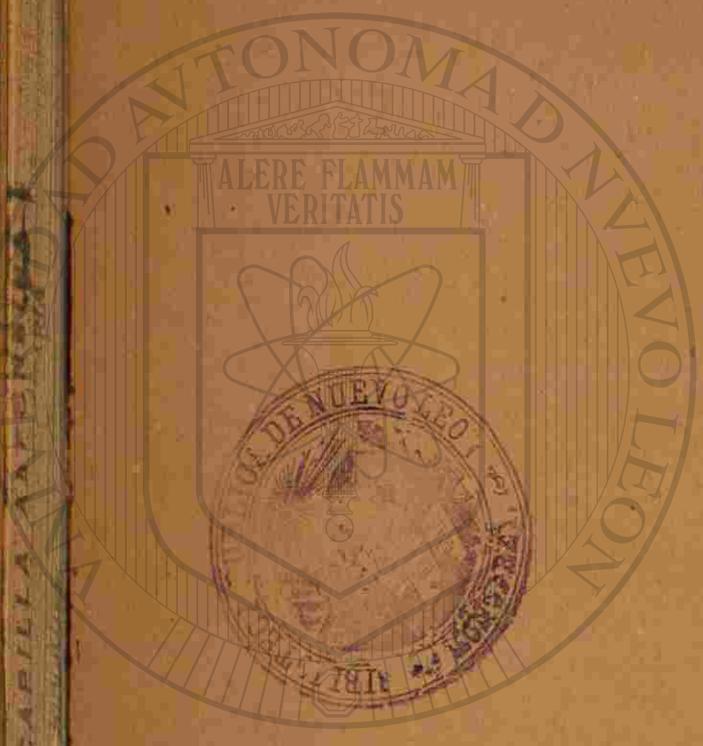
BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

INDICE.

Biografía del R. P. Lacordaire.....	3
Conferencia trigésima séptima.—De la vida interior de Jesucristo.....	9
Conferencia trigésima octava.—Del poder público de Jesucristo.....	34
Conferencia trigésima nona.—Del establecimiento del reinado de Jesucristo.....	53
Conferencia cuadragésima.—De la perpetuidad y del progreso del reinado de Jesucristo.....	75
Conferencia cuadragésima primera.—De la preexistencia de Jesucristo.....	96
Conferencia cuadragésima segunda.—De los esfuerzos del racionalismo para aniquilar la vida de Jesucristo.....	120
Conferencia cuadragésima tercera.—De los esfuerzos del racionalismo para desnaturalizar la vida de Jesucristo.....	144
Conferencia cuadragésima cuarta.—De los esfuerzos del racionalismo para explicar la vida de Jesucristo...	167



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

